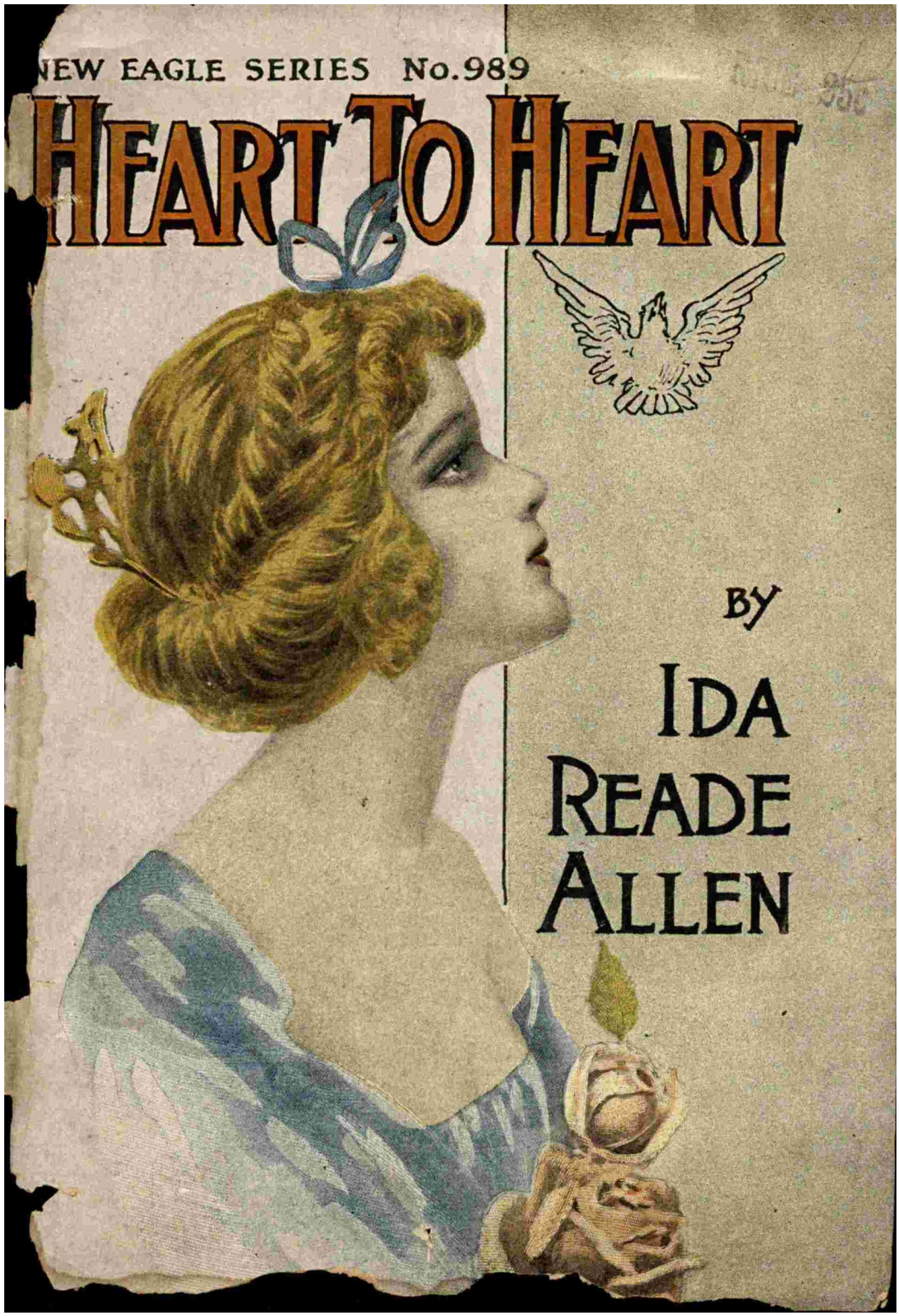
De corazón a corazón

Ida Reade Allen

Sobre esta edición

Obra original: *Heart to heart or, A race for love* –Ida Reade Allen, 1896.
Edición: Traducción y prefacio por Fernando Guzmán, 2026.
Nota legal: La obra original en inglés está en dominio público e todo el mundo.
Texto en inglés tomado de Project Gutemberg.
Esta obra derivada se distribuye bajo licencia Creative Commons Attribution 4.0 International (CC BY 4.0).
Para consultar los términos de esta licencia visite
http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/
Se autoriza su libre impresión, difusión y/o comercialización, así como la realización de obras derivadas, siempre que se otorgue adecuada referencia a esta traducción al español.
Portada realizada con Copilot, Gemini y iLoveIMG. (CC BY4.0).

ARCHIVO
HISPÁNICO


NEW EAGLE SERIES No. 989
HEART TO HEART
BY
IDA READE ALLEN

Prefacio

De corazón a corazón, o La carrera por amor (1896) es una novela que entrelaza el drama judicial con el romance más profundo, escrita por Ida Reade Allen en el apogeo de las dime novels norteamericanas. Ambientada en una sociedad marcada por las apariencias, la historia nos conduce desde una boda interrumpida por un asesinato hasta una confesión final que redime al inocente y revela los secretos más oscuros del alma humana.

A través de personajes como Maud Willowby, Henry Cross y Violet Harding, Allen explora el amor que persiste incluso en medio del escándalo, la traición y la muerte. Esta obra no solo ofrece giros inesperados y tensión narrativa, sino también una reflexión sobre la justicia, el perdón y la fuerza del corazón frente a la adversidad.

Es una historia de redención y afecto que, más allá de su época, sigue resonando por su intensidad emocional y su retrato de los vínculos humanos cuando todo parece perdido.

La novela Heart to Heart; or, A Race for Love de Ida Reade Allen (1896) pertenece a la New Eagle Series, una colección de dime novels que se distribuían de manera periódica en Estados Unidos a finales del siglo XIX. Estas publicaciones eran parte de un fenómeno editorial muy popular: novelas cortas, impresas en formato económico, que se vendían en quioscos, librerías y por suscripción semanal o quincenal.

La serie funcionaba como una colección seriada, en la que cada número presentaba una historia independiente, generalmente de aventuras, misterio, romance o crimen, firmada por distintos autores. El público lector esperaba cada entrega como si fuera un capítulo de un folletín, y las editoriales mantenían el interés con títulos llamativos y portadas ilustradas.

CAPÍTULO 1

Un anuncio sorprendente

Nada en la apariencia de aquel día de boda indicaba que la tragedia estaría tan cerca.

Era el comienzo de la primavera; el sol llenaba el aire de alegría, soplaba una brisa tibia, el cielo estaba despejado y los pájaros cantaban animados mientras revoloteaban entre los árboles, frente a la vieja iglesia cubierta de hiedra. En resumen: un día perfecto, ideal para abrir el corazón al buen ánimo y la esperanza.

Todo Lakeview estaba alborotado, especialmente el círculo social más selecto, pues a las diez en punto la iglesia sería el escenario de la boda más grandiosa que el vecindario hubiera presenciado —al menos así lo aseguraban quienes estaban a cargo del evento—. Para las nueve y media, el camino alrededor de la iglesia, situada en una pequeña colina, se llenó de gente; sobre todo de jóvenes ansiosas por observar la llegada de los invitados, sus atuendos, sus gestos y, en realidad, cada detalle del gran acontecimiento.

En rápida sucesión, cuatro automóviles se detuvieron en la entrada y dejaron a seis jóvenes en la puerta. Eran los edecanes: Ned Degroot, Ralph Gramercy y cuatro más, todos ampliamente conocidos. No perdieron tiempo y entraron al edificio, pues ya era hora de recibir a los primeros invitados.

—Por Dios, Allen Chesterbrook es un hombre afortunado —comentó Degroot a Gramercy—. No me importaría estar en su lugar.
—Ya había oído que estabas algo enamorado de la reina del grupo —rio Gramercy—. Bueno, ciertamente Maud Willowby es una gran mujer —añadió pensativo—. Una belleza entre mil, como dirían los novelistas. Sin embargo, no sería para mí.
—¿Y por qué? —preguntó Degroot con brusquedad. No le agradó ese comentario, sumado al primero de su amigo.

—Ah, es difícil de explicar, Ned. En pocas palabras, diré que su calidez me parece algo artificial y su aparente interés en lo que ocurre, poco real. Para mí, parece llevar una doble vida: su verdadero ser y el que adopta para la ocasión.
—¡Bah! —replicó Degroot—. Ralph, realmente te estás volviendo demasiado cínico últimamente.
—Tal vez —respondió Gramercy sin perder la calma—. Pero pediste una explicación, y es la mejor que puedo darte.
—Bueno, si lo que dices tiene algo de verdad —continuó Degroot, queriendo cambiar de tema—, ciertamente el hombre con quien está a punto de casarse tampoco está libre de defectos… en cierto modo.
—Haces bien en decir "en cierto modo", Ned. En general, no hay un hombre más bondadoso y generoso que Allen Chesterbrook en todo este sector. Pero tampoco hay quien sea tan cambiante, que modifique su opinión tan seguido, que se mueva en tantos círculos sociales a la vez, que sea tan espontáneo en sus actos o, mejor dicho, tan indiferente a lo que la gente pueda decir o pensar de él.
—Yo entiendo que vive bajo el principio de que, mientras haga lo correcto, puede hacer lo que le plazca. Prefiero su franqueza al estilo de Maud, del que acabas de hablar.
—Yo difiero de ti; y, en privado, añadiré que no entiendo cómo Maud lo aceptó.
—¡Hum! Pues yo creo, también en privado, Ned, que Maud es la responsable de la situación actual. Ella lo buscó más de lo que él la buscó a ella —o a cualquiera—. Allen Chesterbrook no es el tipo de hombre que se casa y sienta cabeza.
—¡Tonterías! ¿Por qué habría de perseguirlo ella, si podía elegir entre tantos? Están Langdon, Sivater, Henry Cross y…
—Tú mismo —concluyó Gramercy, dándole una palmada en el hombro —. Pero no eres Allen Chesterbrook, con sus cientos de miles y sus brillantes perspectivas.
—¡No creo que se case por dinero! —y ahora Degroot estaba más que molesto—. El coronel Willowby tiene una buena posición.
—En apariencia —respondió Gramercy, con un tono que sugería que podría decir mucho más si quisiera.
—Tiene una buena posición; lo comprobé hace más de un año — insistió Degroot—. Y puede colocar a Maud tan alto como quiera, y a sí mismo también, con lo orgulloso que es.

No hubo tiempo para más. Varios automóviles habían llegado

segundos antes y ahora aparecían una docena de personas; todos los edecanes se apresuraron a acompañar a las damas a sus asientos. Poco a poco, la iglesia comenzó a llenarse.

El sol, filtrándose por los altos vitrales de colores, nunca iluminó una escena más brillante. Lo más selecto de la sociedad de Lakeview, con invitados de Nueva York, Filadelfia y Boston, estaba allí. Vestidos lujosos de seda, terciopelo y satén crujían por todas partes, y los diamantes y otras piedras preciosas centelleaban. Nunca el viejo templo había contemplado un cuadro más grandioso; nunca la naturaleza y el arte se habían disfrazado tanto de alegría, una alegría destinada a ser arrancada para revelar una tragedia burlona, llena de amargura y dolor duradero.

De pronto, un movimiento en la puerta de la sacristía anunció la llegada de Stella Barry, la dama de honor, y Walter Gardener, el padrino. Entraron apresurados y en un instante estuvieron listos para su tarea trascendental: encabezar la procesión por el pasillo principal.

—Cinco minutos para las diez —comentó Gardener—. Me pregunto si Allen ya llegó.
—Pregúntale a Ned Degroot o a Harry Longley —pidió Stella, más nerviosa de lo que quería admitir—. Ya debería estar aquí.

El hijo del sacristán llevó el recado. No, Allen Chesterbrook no había llegado, pero estaría a tiempo, sin duda.
Los dos en la sacristía miraron de reojo a la gran concurrencia en la iglesia. Stella hizo varios comentarios sobre tal o cual persona, y entonces otro automóvil se detuvo, del cual bajaron primero el coronel Willowby y luego su única hija, Maud.

Fiel a su disciplina militar, el coronel llegó exactamente a tiempo —ni un minuto antes ni un minuto después—. Era alto, delgado, imponente; evidentemente un caballero de la vieja escuela. Su cabello era blanco, al igual que su barba, pero se mantenía erguido como si tuviera treinta años en vez de sesenta y cinco.

La hija, también alta y esbelta, se parecía mucho a su padre. Pero mientras los ojos de él eran grises, los de ella eran de un azul profundo, y su cabello de un dorado suave. Su mentón era más

redondeado que el de él, y sus labios más llenos y atractivos, aunque en ese momento estaban más tensos que de costumbre.

—¡Qué multitud, papá! —susurró, como si recién lo notara, aunque llevaban ya un minuto recorriendo un mar de rostros.
—Sí, Maud, todos reunidos para honrarnos —sonrió el orgulloso padre —. Sujétate de mi brazo, querida. —Y, apoyándose en él, subió los escalones.

Fue Harry Longley quien los condujo a la sacristía.
—Debemos esperar un momento; el ministro aún no ha llegado — susurró—. Fue a visitar a la señora Bidwell, que está muy grave.
—¿Y Allen? ¿Ya está aquí? —preguntó el coronel, saludando cordialmente a Stella Barry y Walter Gardener.
—Allen llegará a tiempo —respondió Longley.
—Ya es la hora —replicó el coronel con sequedad. Nada lo irritaba tanto como una demora.

Maud escuchó la breve conversación, pero no dijo palabra. De hecho, cuando Longley intentó decirle unas palabras de aliento, ella se dio la vuelta y miró por la ventana. El gran reloj de la pared marcó la hora en tonos lentos y solemnes; la marcó con tal gravedad que ella se estremeció y apretó los labios aún más para contener sus emociones.

Las diez en punto —la hora fijada para la ceremonia— y ni el ministro ni el novio estaban presentes. Seguramente algo había salido mal. Pero entonces un caballero, vestido de negro clerical con un abrigo ligero, entró apresurado y sin aliento. Era el doctor Parlington, el ministro.

—¡Lamento mucho la demora, pero realmente no podía dejar a la pobre señora Bidwell! ¡Me temo que está muriendo! —exclamó, estrechando la mano del coronel—. Buenos días, damas y caballeros. ¡Qué día tan encantador para la boda! Estaré listo en medio minuto. — Y se dirigió a su oficina privada.
—No hay necesidad de apresurarse, doctor —respondió el coronel con cierta aspereza—. El señor Chesterbrook aún no ha llegado.
—¡Ah! —El doctor Parlington iba a decir algo más, pero se detuvo de pronto—. Sin duda estará aquí para cuando yo esté listo —añadió tras una pausa incómoda.

Desapareció cerrando tras de sí una pequeña puerta. Apenas lo había hecho cuando Ned Degroot entró apresurado desde la nave principal hacia la sacristía. Su rostro estaba lívido y apenas podía articular palabra.

—Maud… Coronel… Allen ha sido… es decir… —Se detuvo en seco y miró, impotente, a la multitud frente a él; luego tomó del brazo a Walter Gardener—. Díselo tú, Walter; yo no puedo —susurró con voz ronca—. Diles que Allen no vendrá… que… ¡lo han asesinado!
—¡¿Asesinado?!

Nadie pudo decir después quién lanzó aquel grito. En un instante estalló una agitación intensa, mientras la noticia se propagaba como fuego por toda la congregación. Hombres y mujeres se levantaban de sus asientos y corrían de un lado a otro intentando confirmar si semejante tragedia podía ser cierta.

Y en la sacristía, como una estatua de mármol, rígido y sombrío, permanecía el coronel Willowby con Maud estrechada contra su pecho. Ni un sonido escapó de los labios de la joven; no movió ni un dedo. Para quienes estaban cerca, era como si el sello de la muerte se hubiera posado sobre su corazón.

CAPÍTULO 2

Una herida de daga

En el pasillo inferior del Rosemore —el edificio donde Allen Chesterbrook tenía su departamento de soltero— se encontraba Jimmie Neirney, su fiel ayudante, apenas media hora antes. Jimmie acababa de regresar de la oficina de correos, donde había dejado varias cartas; todas para su patrón, salvo una escrita por él mismo a su novia en Saratoga Springs.

El rostro de Jimmie no mostraba mucha alegría, a pesar de que su jefe le había concedido dos semanas de vacaciones con sueldo pagado, que empezarían mientras Allen y su esposa estuvieran en su luna de miel.

—¡Me dejó fuera de su cuarto por primera vez en mi vida! —murmuró para sí—. Y yo con tantas ganas de ayudarlo, limpiándole las botas y cepillándole la ropa. Bueno, si hoy no luce impecable en su boda, no será culpa mía. Me dijo: "Jimmie, quiero estar completamente solo esta mañana; no me molestes a menos que sea algo muy importante". Y cuando le pregunté por los preparativos, me dijo que se encargaría él mismo. Entonces, ¿para qué me quiere si no es para hacer el trabajo?

No servía de nada quedarse en el amplio y vacío vestíbulo sin nadie con quien hablar, así que, con un suspiro pesado, Jimmie se dirigió a la escalera de servicio para bajar a la conserjería y conversar con Jackson. Apenas había llegado a los escalones cuando un leve ruido a su lado lo hizo voltear, y alcanzó a ver fugazmente a una dama velada que salía apresurada por la puerta trasera y se internaba en el patio, entre la ropa tendida.

Absorbido en sus quejas, Jimmie no le dio importancia a la mujer; de hecho, casi la había olvidado al llegar abajo. Allí encontró a Jackson revisando varias cuentas que debían enviarse al propietario para su pago.

—¡Hola, Jimmie! ¿Por qué no estás arriba ayudando al señor Chesterbrook? —exclamó Jackson alegremente. Jimmie comenzó su relato de desgracias, interrumpido de pronto por el sonido de un motor: el mejor automóvil de Lakeview se acababa de detener frente a la acera.

—¡Hum! Solo faltan veinte minutos para las diez —resopló Jimmie, consultando su gran reloj de plata—. Larkins tendrá que esperar diez minutos. El señor Chesterbrook dijo que no saldría sino hasta diez minutos antes de la hora, y hoy está especialmente exigente. —Y suspiró de nuevo.

El ayudante salió a la calle y conversó brevemente con el chofer. Luego volvió a entrar y subió lentamente las escaleras, mirando otra vez su reloj. Eran las diez menos diez.

Allen Chesterbrook ocupaba dos habitaciones en el segundo piso:

una al frente y otra atrás. La segunda era su dormitorio, y fue a esa puerta donde Jimmie llamó. Esperó una respuesta, pero no llegó. Volvió a tocar. El silencio persistía. Pensando que su patrón podría estar en la otra pieza, fue hasta la puerta del frente y llamó. Nada. Alarmado, gritó:

—¡Señor Chesterbrook, el coche lo está esperando!

No hubo respuesta. Ahora golpeaba con fuerza, usando sus grandes nudillos. Mientras lo hacía, un caballero bajó del piso superior; era un joven de aspecto impecable, con un brillante ramillete de flores en el ojal.

—¿Te quedaste afuera, Jimmie? —preguntó con una sonrisa.
—No consigo que el señor Chesterbrook responda, señor. Llevo minutos golpeando como un loco.
—Te escuché. Supongo que ya se fue. Es la hora. Yo también voy tarde.
—¿Irse, señor? ¡Si su automóvil lo espera abajo desde hace diez minutos!
—¿Y estás seguro de que no ha salido?
—Seguro, señor. ¿No está Jackson abajo esperando para darle sus mejores deseos?
—Entonces algo anda mal. ¿Tienes llave de alguna de las puertas?
—Sí, señor; aquí está.

Pero no pudo usarla, pues ambas cerraduras tenían la llave puesta por dentro.

—No podemos entrar, señor Cross.
—Tal vez debamos forzar una de las puertas —respondió Henry Cross con decisión—. Debe estar adentro; de otro modo, las puertas no estarían cerradas así.

Guardó los guantes que estaba por ponerse y empujó con el hombro la puerta trasera. La madera crujió varias veces y luego se abrió de golpe con un estrépito que atrajo a Jackson y a varios más. El pequeño grupo se detuvo en el umbral. A la luz que entraba desde la habitación delantera, vieron todo en desorden: sillas volcadas, cajones abiertos con su contenido esparcido y numerosos adornos caídos y

aplastados.

—¡Ahí está! ¡Dios mío, protéjanos!

Fue Jimmie quien lanzó el grito agudo de horror, señalando con dedo tembloroso un espacio entre la cama y el armario. Todas las miradas siguieron la dirección indicada y contemplaron una visión capaz de helar la sangre. Allen Chesterbrook yacía allí, de espaldas, con una daga clavada en el corazón.

El rostro del apuesto joven estaba contraído por el dolor, y sus manos tan fuertemente cerradas que las uñas se le clavaban en la carne. Vestía su traje de mañana favorito, de un tono marrón jaspeado, ahora empapado en la sangre que se había filtrado en la alfombra blanca de lana bajo su espalda.

Nunca más sus amigos escucharían su voz alegre; nunca más quienes dependían de él recibirían su apoyo. Allí estaba, muerto, en el momento exacto en que debía dirigirse a su boda. Henry Cross fue el primero en adelantarse y tomar aquella mano fría y rígida. Un solo toque bastó.

—Está muerto —fue todo lo que dijo, con voz extrañamente apagada.
—¡Muerto, muerto! —clamó Jimmie Neirney—. ¡Apuñalado! ¡Oh, quién pudo cometer semejante atrocidad! ¿Quién cree usted que lo hizo, señor Cross?
—No puedo decirlo. Estoy demasiado aturdido para pensar. Corre por un médico… no, es inútil. Lo que se necesita aquí es al médico forense.
—¡Y la boda a punto de empezar! —gritó Jackson—. ¿Qué dirá Maud Willowby de esto?

Henry Cross se estremeció al escuchar ese nombre. Su rostro palideció y retrocedió tambaleante.

—Alguien debe correr a la iglesia con la noticia —balbuceó—. Yo… yo no puedo ir. ¡Rápido! Me quedaré aquí hasta que lleguen el forense o la policía.
—¡Yo iré! —dijo un hombre del grupo y salió corriendo. Difundió la noticia mientras avanzaba, y pronto todos en Lakeview supieron de la

misteriosa tragedia.

—Abre todas las ventanas, Jimmie —ordenó Henry Cross un instante después—. Y tú, Jackson, mantén afuera a la gente; el forense y los detectives deben tener el control total de la escena primero. Esto parece tanto un robo como un asesinato.

Fuera de sí por el dolor y el terror, Jimmie tropezó hacia la habitación delantera para cumplir la orden. Jackson, que había puesto la mano sobre el pecho del muerto solo para retirarla al sentir la sangre, se dirigió a la puerta y la cerró en la cara de la multitud que ya se agolpaba.

—¡Las autoridades deben entrar primero! —exclamó con un repentino aire de mando, pues la situación lo hacía sentir importante incluso en aquel momento aterrador.

Mientras Henry Cross se arrodillaba junto al cadáver, sus ojos se posaron en las flores de su ojal. Una súbita sensación de incomodidad lo invadió y, arrancando el ramillete, lo arrojó al suelo. Cayó justo en un charco de sangre, y los claveles blancos se tornaron rojos.
Horrorizado por la visión, se levantó de golpe y pasó a la habitación delantera, donde Jimmie seguía en la ventana, apartando las cortinas y abriendo las persianas.
A un lado de la sala delantera se encontraba un escritorio de superficie plana donde Allen Chesterbrook solía escribir sus cartas y, en ocasiones, atender asuntos de negocios; pues era errático en sus hábitos y rara vez pasaba un día entero en su oficina.

Sobre el escritorio había varias hojas de papel en blanco. Pero en el asiento de cuero de la silla descansaba media hoja escrita. Casi mecánicamente, Henry Cross tomó el fragmento y comenzó a leerlo. Apenas había leído tres líneas cuando se sintió profundamente interesado. Siguió hasta el final y luego buscó el resto de la hoja, pero no pudo hallarla. Guardó el papel en su bolsillo y volvió hacia el cuerpo, con el rostro marcado ahora por una mezcla de tristeza y desprecio.

—¡Cobarde! —susurró para sí—. ¡Y pensar que ella lo amaba!

Durante diez segundos permaneció mirando el cadáver. Luego se llevó la mano a la frente y una expresión de profunda perplejidad se dibujó en sus facciones. Caminó de nuevo hacia el escritorio, sacó del bolsillo el papel que había recogido y lo colocó bajo las hojas sueltas.

—El mundo debería conocer la verdad. De lo contrario, algún inocente podría sufrir —murmuró casi imperceptiblemente.
—¿Dijo algo, señor Cross? —preguntó Jimmie, y Henry Cross se sobresaltó como si un disparo hubiera estallado junto a su oído.
—¿Yo? №.. claro que no, Jimmie —balbuceó—. Mira por una de las ventanas y dime si ya viene el médico forense.
—Aquí llega el señor Granby, señor, con un policía.
—El señor Granby es el forense.
—¿Y qué hará con el pobre señor Chesterbrook?
—No lo sé… nunca vi nada semejante —respondió Henry Cross—. ¡Pobre Maud! —murmuró, apartándose.

CAPÍTULO 3

El juicio del forense

Un momento después entró el médico forense, acompañado por el oficial de policía y otro caballero que resultó ser detective. El forense estaba a punto de dejar pasar a varios amigos a la habitación, pero el detective lo detuvo.

—Ya hay demasiada gente aquí —susurró—. Primero examinemos el lugar; de lo contrario, podrían destruirse pistas valiosas.
—Como usted diga, señor Hull —respondió Granby—. Usted tiene gran experiencia en esto, mientras que para mí es apenas el segundo caso de asesinato, aunque llevo ocho años como forense.
—Le mostraré cómo proceder, señor Granby —replicó Jack Hull—. Puede dejar prácticamente todo en mis manos.

James Granby asintió aliviado. Era un hombre bajo y robusto, acostumbrado a tomarse la vida con calma, y sentía un horror absoluto por la tarea que tenía por delante.

—El hombre está muerto, no hay duda —continuó Jack Hull—. ¿Quién

lo encontró? —preguntó, dirigiéndose a los presentes.
—Yo lo vi primero —respondió Jimmie—. El señor Cross derribó la puerta y entramos —él, Jackson y yo— y lo vi justo donde está ahora.
—¿Y ya estaba muerto?
—Completamente muerto —contestó Henry Cross con calma.
—¿Le tomó el pulso?
—Sí, hice un examen cuidadoso. Pero el cuerpo aún no está frío. No creo que lleve mucho tiempo muerto.

Jack Hull avanzó de inmediato y realizó una inspección. Luego le susurró algo al forense y extrajo la daga del pecho de la víctima, colocándola sobre un periódico para no manchar nada más.

—Parece un robo seguido de homicidio —observó el forense, sintiendo que debía aportar algo.

Jack Hull asintió. Recorrió la habitación con la mirada, observando cada detalle con ojo profesional. Henry Cross lo miraba con curiosidad, mientras Jimmie y Jackson lo observaban boquiabiertos, como si esperaran que resolviera el misterio en ese mismo instante.

—Si tuviéramos a alguien que conociera las pertenencias del difunto, podríamos determinar si realmente hubo un robo —dijo Hull tras varios minutos de un silencio opresivo.
—Jimmie es el indicado, señor —dijo Jackson, ansioso por intervenir —. Él debería saberlo.

El detective clavó sus ojos negros en el ayudante. La mirada fue tan aguda y agresiva que Jimmie tembló; por un instante estuvo a punto de derrumbarse, temiendo que lo consideraran el asesino.

—¿Usted es el ayudante del señor Chesterbrook?
—Sí, señor.
—Entonces conoce sus objetos personales: joyas y demás.
—Claro, señor, sé todo lo que tenía. Muchas veces me tocó guardar sus cosas porque él era tan descuidado que las dejaba tiradas.
—¿Era descuidado, entonces? ¿Dejaba sus objetos de valor a la vista de cualquiera?
—A menudo, señor. Más de una vez dejó la puerta abierta con sus mancuernillas de diamante y otras cosas sobre la mesa o el tocador.

—¡Ah! —Jack Hull pareció comprender algo de golpe.
—Entonces alguien debió entrar a robar, lo descubrieron, y el ladrón lo mató para evitar que lo atraparan —interrumpió James Granby, con la expresión de quien cree haber resuelto el caso.
—No tan rápido, estimado señor —replicó Jack Hull—. No debemos apresurarnos. Primero hagamos un inventario de sus pertenencias y veamos si falta algo. ¿Podría nombrar los objetos principales? —añadió, volviéndose hacia Jimmie.

El ayudante se pasó la mano por su espeso cabello rojo y su rostro bien afeitado, mientras fruncía el labio inferior.

—Tenía dos relojes de oro, señor, y uno de plata; antiguo, de su abuelo. También tres pares de mancuernillas de diamante, un anillo de rubí y otro de diamante, tres insignias, cuatro cadenas de oro para reloj y una de plata, una pluma de oro, un tintero de plata, un estuche de puros de plata que la señorita Willowby —pobre alma— le regaló, y… y…
—Eso basta por ahora. Revise y dígame si todos esos objetos siguen aquí —dijo Hull.

Con un largo suspiro, Jimmie se acercó al tocador y abrió un estuche que estaba detrás de un gran alfiletero. El rostro del detective se ensombreció al ver que la mayoría de los objetos mencionados estaban allí. Un reloj, una cadena y un anillo faltaban, pero estaban puestos en el cadáver. El tintero de plata y el estuche de puros estaban en el escritorio de la sala delantera, junto con la pluma de oro.

—Hum —fue lo único que dijo Hull. Luego se volvió hacia el forense y conversó con él brevemente en voz baja.

Mientras tanto, Henry Cross caminó lentamente hacia la sala delantera y se quedó mirando por la ventana, evidentemente deliberando sobre algo serio. Dos veces intentó regresar y en ambas vaciló. Al final, se dirigió al escritorio. Allí se detuvo otra vez. Luego, lanzando una mirada rápida sobre el hombro para asegurarse de que no lo observaban, deslizó la mano bajo las hojas sueltas. Sus dedos tocaron el papel que había llamado su atención. Lo apretó en su mano, retiró el brazo y guardó el puño cerrado en el bolsillo lateral.

—Daré otro vistazo alrededor —le dijo Hull al forense. Cross soltó un largo suspiro, aunque sería difícil decir si era de alivio o no.

El detective comenzó a registrarlo todo: el dormitorio, la sala, el armario, la alcoba. Revisó los cajones del escritorio, debajo de las alfombras lujosas y sacudió las cortinas que separaban las habitaciones. Luego se concentró en el cadáver: examinó la posición del cuerpo y calculó cómo debió estar Chesterbrook cuando la daga le atravesó el corazón. Después lo giró de lado para ver si había algo debajo.

—¡Ah! —murmuró, cerrando la mano sobre un pequeño objeto antes de que alguien más lo viera. Buscó más, pero no apareció nada.

El hallazgo pareció llevar a Jack Hull a una nueva línea de razonamiento. Dejó el cuerpo y, cayendo de rodillas, comenzó a buscar sobre la alfombra.

—¿Busca huellas? —preguntó el forense.
—Sí —respondió el detective sin vacilar. Buscó un momento más y luego se puso de pie.
—¿Cómo fue que derribaron la puerta? —preguntó de pronto, dirigiéndose a Henry Cross.
—Jimmie estaba alarmado porque las puertas estaban cerradas por dentro y no podía despertar a Chesterbrook.
—¿Y lo llamó a usted?
—No, yo bajaba por las escaleras. Vivo justo arriba. Iba camino a la boda del pobre Allen.
—¿Y sus habitaciones están justo arriba?
—Sí.
—¿Había estado allí la mayor parte de la mañana?
—№ Fui a mi oficina temprano y no regresé a vestirme sino hasta alrededor de las nueve.
—Mientras se vestía, ¿oyó algo extraño aquí abajo?
—He estado pensando en eso. Creo que sí escuché un murmullo de voces y un golpe, pero no estoy seguro; no le presté mucha atención.
—¿El golpe fue como la caída de un cuerpo?
—Podría haberlo sido. Por más que trato, realmente no puedo recordarlo.

Jack Hull iba a hacer más preguntas, pero se detuvo y se volvió hacia el forense.

—Señor Granby, estoy listo para iniciar la diligencia, si usted lo está.
—Bueno… está bien —respondió el funcionario, algo vacilante—. Supongo que podemos realizar la diligencia aquí mismo, en la sala delantera.

Jack Hull asintió y sonrió para sus adentros. Era amigo personal de Granby y se preguntaba por qué demonios el hombre insistía en seguir siendo forense, cuando no era más que una figura decorativa.

El detective abrió la puerta de la sala y dejó pasar a una veintena de hombres respetables, entre ellos el secretario del forense, otro detective y un médico. El doctor, tras consultar con Granby, procedió de inmediato a examinar el cadáver; el secretario se preparó para tomar notas en el escritorio y, en un instante, la amplia estancia adquirió el aspecto de un tribunal.

El ayudante fue el primer testigo en ser interrogado. Dio su nombre completo sin dificultad y declaró que había estado al servicio de Allen Chesterbrook por casi seis años.

—Usted es su asistente personal —dijo el forense—. ¿Se encargaba de su ropa?
—Claro que sí, señor. ¡Nadie la cuidaría si no fuera por mí!
—¿Lo ayudaba ocasionalmente a vestirse?
—Casi siempre, señor.
—¿Por qué no estuvo presente esta mañana para ayudarlo, siendo el día de su boda?
—Él dijo que no quería ayuda, señor. Quería estar solo hasta diez minutos antes de las diez. A esa hora debía llamarlo, si el coche ya estaba afuera. Me envió a la oficina de correos.
—¿A dejar algunas cartas?
—Sí, señor.
—¿A quién iban dirigidas esas cartas? —intervino Jack Hull, tomando del brazo al forense.
—No me fijé, señor —respondió Jimmie, irguiéndose con orgullo—. No es asunto mío.
—Y cuando regresó de la oficina de correos, ¿qué hizo? —prosiguió

Granby.
—Bajé y hablé con Jackson, el portero, hasta que llegó el coche. Luego subí para llamar al señor Chesterbrook. Golpeé la puerta, pero no obtuve respuesta. Entonces el señor Cross bajó, sugirió que la derribáramos y así lo hicimos.
—¿Y qué encontraron?
—Pues encontramos las habitaciones más o menos como están ahora, señor, y al pobre señor Chesterbrook tendido allí, muerto, sobre su propia sangre. —Y Jimmie comenzó a sollozar, mientras dos grandes lágrimas corrían por su rostro honesto.
—¿No pudieron entrar porque ambas puertas estaban cerradas por dentro?
—Así es, señor —dijo Jimmie, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.
—Las ventanas —susurró Jack Hull al oído del forense.
—Sí. ¿Cómo encontró las ventanas al entrar? —preguntó Granby.
—¿A qué se refiere, señor?
—¿Estaban cerradas?
—No, señor; una de ellas, esa de allá, estaba un poco abierta. Yo mismo la abrí temprano esta mañana. Al señor Chesterbrook siempre le gustaba el aire fresco, aunque hiciera frío.
—¿Y la otra estaba cerrada con seguro?
—Estaba cerrada, y creo que con llave.

Jack Hull se acercó a la ventana señalada por Jimmie. Daba al techo de una amplia galería que se extendía por el frente de la casa y hacia un anexo lateral.
—Hum —murmuró para sí—. Cualquiera podría salir fácilmente por esta ventana y entrar por otra… incluso una mujer.

El forense estaba por despedir al ayudante cuando Hull volvió a susurrarle algo.
—Ah, sí. Según usted, Neirney, ¿esperaba el señor Chesterbrook a alguien esta mañana?
—No, señor. Iba a encontrarse con todos sus amigos y con quienes participarían en la boda directamente en la iglesia.
—¿Recibió visitas anoche?
—Sí, señor. Estuvieron el señor Longley y el señor Gardener. Vinieron a hablar de algunos detalles de la ceremonia.
—¿Ningún otro caballero… o dama?

—Ningún otro caballero, señor; y en cuanto a damas, ninguna se acercó jamás a sus habitaciones.
—Excepto la mujer de la limpieza —rio Hull brevemente.
—No, señor; no hay mujeres en la casa. Son hombres quienes hacen todo el trabajo. Es un lugar de solteros, de principio a fin.

—Ah —dijo Jack Hull, pero no añadió nada más. Le hizo una señal a Granby y autorizaron a Jimmie a retirarse.

Luego llamaron a Jackson. Declaró que había sido portero del edificio desde que Chesterbrook ocupaba esas habitaciones.
—¿Vio a alguien visitarlo esta mañana?
—No, señor.
—¿Vio a algún extraño en el edificio?
El portero pensó un momento y respondió que no.
—¿Quién ocupa la habitación contigua a esta, junto a esa ventana?
—Nadie, señor. Está vacía desde hace dos meses.

Mientras el forense hacía la pregunta, Jack Hull había salido de la sala. Ahora regresaba sonriendo para sus adentros. Había encontrado la puerta de la habitación de al lado abierta y la ventana entreabierta. Le susurró el hallazgo al forense y, tras algunas preguntas más que no aportaron nada de valor, Jackson fue despedido.

—Henry Cross.
—Presente, señor.
—Creo que me dijo que ocupa las habitaciones que están justo arriba de estas.
—Así es.
—¿Ha vivido allí por mucho tiempo?
—Ocho meses.
—Entonces debe saber algo del señor Chesterbrook. ¿Eran amigos?
El rostro de Henry Cross palideció un poco y luego se sonrojó.
—Éramos conocidos —dijo con calma.
—Ya me dijo que volvió a casa alrededor de las nueve para vestirse para la boda. ¿Vio a algún extraño en el edificio en ese momento?
—No que recuerde.
—¿Regresó y fue directamente a sus habitaciones?
—Así fue.
—¿Sus habitaciones se extienden sobre estas dos?

—Creo que sí. Son exactamente iguales a estas.
—¿Podría indicar qué escuchó en este piso entre las nueve y el momento en que derribaron la puerta?
—Como dije antes, creo que escuché un murmullo de voces y un golpe, algo parecido a la caída de un libro pesado.
—¿Iba camino a la iglesia cuando bajó?
—Sí.
—Este asesinato no parece haber sido cometido por robo. ¿Tiene alguna sugerencia al respecto?

Henry Cross vaciló antes de responder. Había un leve temblor en su voz, un detalle que Jack Hull no pasó por alto.
—No, ninguna.
—Dice que conocía bien al señor Chesterbrook. ¿Puede pensar en algún motivo personal…?
—No, señor.
—¿Pero no debía usted saber algo de sus asuntos personales?
—No les prestaba atención —respondió el joven con tal brusquedad que el forense se sobresaltó, y Jack Hull se inclinó hacia adelante con renovado interés.
—¿Quiere decir con eso que no eran muy amigos?
—No éramos amigos en absoluto, señor.

Fue una sorpresa para todos la calma y la determinación con que Henry Cross pronunció aquellas palabras. Se mantuvo erguido, con los brazos cruzados, mirando fijamente un papel en las manos del forense.

—Y, sin embargo, usted iba a la boda —prosiguió Granby, después de que Jack Hull le susurrara algo al oído.
—Así es. Había recibido una invitación del coronel Willowby y le había prometido a su hija que estaría presente.
—Entonces, ¿mantiene usted una relación amistosa con los Willowby?
—Sí. Hemos sido buenos amigos por años.
—Pero no… digamos… apreciaba usted a Chesterbrook, y por eso prestaba poca atención a sus movimientos —continuó Granby, tras vacilar un poco.
—No éramos amigos. No era una persona afín a mí, según mi forma de pensar. Él iba por su camino y yo por el mío; eso era todo. Lamento hablar así de alguien que ahora está muerto, pero me siento obligado

a decir la verdad.

Henry Cross bajó la mirada. Pero incluso al hacerlo, sintió que los ojos penetrantes de Jack Hull estaban sobre él; esos ojos capaces de intimidar a los criminales hasta arrancarles una confesión. El detective garabateó unas palabras en un bloc y se las mostró al forense.

—¿Nunca discutió con él? ¿Nunca tuvieron un altercado?
Henry Cross se irguió.
—Tuvimos un roce una vez, en un baile el invierno pasado. Pero ese asunto se resolvió poco después.
—¿Cuál fue el motivo de la disputa?

Por un breve instante, los ojos del joven destellaron furia. Luego se suavizaron y, al levantarlos de nuevo, parecían tan serenos como antes.
—Debo negarme a responder esa pregunta. No tiene relación alguna con el asunto que nos ocupa —sentenció.

CAPÍTULO 4

"V. H."

Cualquiera que fuera la impresión causada por la negativa de Henry Cross a dar detalles sobre su disputa con Allen Chesterbrook, quedó interrumpida por la entrada del coronel Willowby, quien irrumpió tambaleante en la sala, luciendo mucho mayor que esa misma mañana.

—¡Es cierto, entonces! —exclamó, mirando a los presentes—. Allen está muerto de verdad.

Antes de que pudiera decir más, Henry Cross se adelantó y lo tomó del brazo, olvidando por completo lo que acababa de ocupar su mente.

—Cálmese, coronel —dijo con profunda simpatía—. Sí, es cierto.
—¿Dónde está? ¿Dónde le quitaron la vida? ¡Los canallas!
—Está en la habitación de atrás. Pero será mejor que no lo vea, señor.

Es una imagen terrible y el médico lo está examinando justo ahora.
—¡Debo verlo! Me dicen que lo apuñalaron en el corazón. ¿Quién cometió semejante atrocidad?
—Están tratando de descubrir al asesino —respondió Henry Cross, desviando la mirada—. El forense está realizando la diligencia.
—¿Una diligencia? ¿No hay pistas? ¿No han puesto a la policía sobre el rastro?
—No hay pistas que la policía pueda seguir —contestó el joven, aún sin mirarlo.

Pero el coronel ya se había soltado y avanzaba hacia la habitación trasera, donde el doctor Rathmore terminaba de rodillas la revisión.

—¡Allen, pobre Allen! —El coronel se inclinó junto al cadáver y apretó la mano yerta entre las suyas—. ¡Pobre muchacho, y en el día de su boda! ¡Mi maldición eterna sobre quien cometió este acto vil!

La mano libre del coronel se alzó al pronunciar la maldición, y todos los presentes se estremecieron ante su intensidad. Henry Cross contuvo el aliento; luego, sus ojos se llenaron de compasión por aquel hombre noble que parecía completamente abatido.

—Será mejor que se retire —susurró—. Aquí no puede hacer nada y... quizá Maud lo necesite.
—¡Sí, sí! ¡Pobre Maud! La llevé a casa y se encerró en su cuarto, rechazando a todo el mundo. Debo conseguir un médico para ella, o la tensión puede terminar en una crisis nerviosa o algo peor.
—Sí, busque a un médico. Debe darle un calmante, algo para tranquilizar sus nervios. Puedo imaginar el impacto tan terrible que sufrió.
—Ella no pareció darse cuenta de nada; eso es lo peor —respondió el coronel, quebrado—. Sí, iré por el médico ahora que sé que su prometido está muerto. Tenía la débil esperanza de que no fuera así, de que solo estuviera herido.

Con el rostro demacrado y la figura encorvada, el coronel salió de la sala con paso incierto; Jackson lo ayudó a bajar las escaleras para evitar que cayera y se sumara otra tragedia. Tan pronto como el coronel desapareció, el forense Granby llamó al doctor.

—¿Ha examinado el cuerpo?
—He hecho una revisión completa y la causa de la muerte es evidente.
—¿Cuál es su conclusión?
—El señor Chesterbrook fue apuñalado en el corazón con un objeto punzante que penetró en el ventrículo izquierdo, cerca de la aorta. Por eso la hemorragia fue tan abundante.

—¿La muerte fue instantánea?
—Prácticamente sí. También encontré una fuerte contusión en la parte posterior de la cabeza, lo que indica que, al ser apuñalado, cayó de espaldas.
—¿El golpe fue directo?
—No, fue inclinado, y el arma —esa daga que está junto a usted— resbaló ligeramente sobre la estructura ósea.
—¿Cómo cree que fue el ataque?
—A mi juicio, el agresor debió estar un poco a la izquierda de la víctima y hundir la daga por encima o por debajo del brazo izquierdo del señor Chesterbrook.
—¿Hay otras marcas en el cuerpo?
—Ninguna.
—¿Diría que el señor Chesterbrook estaba sano al momento de morir?
—Sí. No hay el menor rastro de enfermedad en el cadáver.
—Eso es todo por ahora.

El forense Granby levantó la vista hacia la multitud que llenaba tanto la sala como el pasillo.
—¿Hay alguien más presente que desee testificar? —preguntó en voz alta.

Siguió un silencio sepulcral. Muchos conocían a Chesterbrook, algunos eran sus amigos personales; sin embargo, nadie dijo una palabra que ayudara a esclarecer el misterio.
—Diligencia cerrada por el momento —anunció el secretario instantes después, y un murmullo recorrió la sala.

Cuando terminó el anuncio, Henry Cross se abrió paso entre la multitud y subió a su departamento. Muchos lo miraron con curiosidad y más de uno comentó la forma en que había concluido su testimonio. Las puertas de sus habitaciones estaban cerradas, pero las abrió rápidamente y entró. Suspiró hondo y se dejó caer, agotado,

en un sillón.

Abajo escuchaba el movimiento de la gente. Sabía que los parientes de Chesterbrook ya estarían actuando junto al forense para hacerse cargo del cuerpo y sus pertenencias. Durante un largo rato, Henry Cross permaneció inmóvil, con la mirada fija en la pared opuesta. ¿Había hecho bien o mal al apropiarse de aquel papel que revelaba la horrible verdad?

—¿Cómo podrían soportarlo —murmuró al fin— ella y su orgulloso padre, si el mundo supiera la verdad… su falta de integridad, su cobardía?

Se levantó de golpe. La imagen mental de lo que yacía abajo lo oprimía; no podía quedarse allí. Se quitó el traje de boda, se puso ropa más adecuada y salió a caminar sin rumbo. Se cruzó con Jack Hull en el pasillo inferior, pero ninguno habló. Sin embargo, Hull no lo dejó pasar sin notar su estado.

—Sabe más de lo que quiere decir —murmuró—. Pero, después de todo, él no es mi objetivo.

En un bolsillo interior de su saco, envuelta en papel periódico, Jack Hull llevaba la daga afilada que había terminado con la vida de Allen Chesterbrook. El forense le había permitido llevársela para examinarla.

—¡Una daga y una horquilla! —murmuró Jack Hull mientras caminaba pensativo hacia el hotel donde se hospedaba—. Una daga y una horquilla, y un caso que me cae encima justo cuando esperaba vacaciones. Me pregunto qué podré sacar de esto.

Al llegar al hotel, el detective —que en su carrera había resuelto tantos misterios en las grandes ciudades— fue directo a su habitación. Cerró la puerta, se quitó el saco —pues ya eran las dos de la tarde y hacía calor— y encendió uno de sus puros favoritos. Comenzó a caminar de un extremo a otro mientras el humo llenaba la habitación. Cuanto más denso era el humo, más claros se volvían sus pensamientos.

—Una mujer… una mujer de cabello rubio rojizo, por las hebras que

recogí de la alfombra —murmuró—; una mujer rubia que usa horquillas onduladas. Ahora, ¿quién será ella?
Se detuvo de golpe y se llevó la mano al bolsillo del chaleco. Allí seguían: la media docena de cabellos largos y la horquilla que había recogido justo debajo del cuerpo. Los llevó hacia la luz, los giró, los olió y finalmente los sometió a un examen minucioso. Se mostró un poco decepcionado.

—Hum… Nada inusual en ellos, salvo que ambos tienen un perfume dulce. Quizá un farmacéutico podría identificarlo, pero lo dudo. Ahora, la daga.

Guardó los cabellos y la horquilla, y desenrolló el periódico manchado con la sangre de Allen Chesterbrook. Limpió cuidadosamente la brillante hoja, pero no la lavó; el agua podría borrar una pista de valor incalculable.

Durante la diligencia, el forense había examinado el arma con cierta atención, pero no encontró nada que permitiera identificar al dueño. La hoja era larga, afilada y de acero pulido; el mango, algo más grueso, estaba cubierto con un curioso entramado de plata y bronce.

Hull examinó la daga minuciosamente de un extremo a otro, repasando cada centímetro de la superficie como un grabador que da los últimos toques a una plancha de acero. La hoja no reveló nada, salvo una leve muesca y algunos rasguños. Luego se concentró en la empuñadura.

Segundos después, los ojos de Jack Hull se iluminaron y esbozó una sonrisa. Frotó una parte del grabado con la palma de la mano y volvió a mirar. No había error: allí estaban las iniciales “V. H.”.

—“V. H.” —anotó las letras en su cuaderno. Luego continuó su examen, pero no halló nada más.

—Si estoy en lo cierto, esto debería ser sencillo —se dijo—. Una mujer de cabello rubio, que usa horquillas onduladas y cuyas iniciales son V. H. Si existe tal persona, no debería ser difícil descubrirla ni averiguar su relación con Allen Chesterbrook. Daré un paseo y haré algunas preguntas.

Jack Hull nunca perdía el tiempo. Era famoso por haber trabajado una vez sesenta y ocho horas seguidas en un caso de asesinato en Nueva York; al concluir, él mismo llevó al criminal a la comisaría, durmió dieciséis horas y despertó convertido en una celebridad.

Guardó la daga, se puso otro traje y otro sombrero, y salió. Solo quienes lo habían observado con atención lo recordaban como el hombre que estuvo junto al forense Granby durante la audiencia. A excepción de sus penetrantes ojos negros, era un individuo cuya apariencia general pasaba inadvertida.

En el bar del hotel, Hull pensó que podría obtener lo que él llamaba una pista. Entró, pidió un brandy y se quedó al final de la barra, observando su bebida antes de bebérsela de un trago y encender otro puro.

Además del barman, había cuatro hombres presentes. Uno, bajo y robusto, hablaba sobre caballos de carrera. Los otros tres estaban en una mesa del rincón discutiendo el asesinato: eran Ned Degroot, Ralph Gramercy y Harry Longley. Habían salido de la iglesia a tiempo para escuchar la conclusión de la diligencia y, tras ver el cuerpo, se dirigieron al hotel para beber algo y comentar el suceso.

—Sí, me dejó atónito —decía Longley—. La iglesia llena de gente y que anunciaran semejante noticia en la puerta… Fue más impactante que cualquier obra de teatro.
—Es terriblemente duro para la pobre Maud —observó Degroot—. Dicen que se quedó sin habla. Quise ir con ella, pero tuve que atender a otras mujeres que se pusieron histéricas.
—Fue admirable cómo el coronel Willowby lo soportó —intervino Gramercy—. De algún modo, creo que él lo sintió más que ella.
—¡Tonterías! Maud no es de las que demuestra lo que siente, eso es todo —replicó Degroot, defendiéndola—. Pero puedes estar seguro de que le dolió igual; a menos que el impacto fuera tan grande que la dejara bloqueada.
—Me pregunto qué harán ahora —dijo Longley—. Hasta ahora las autoridades no han podido arrojar ni un poco de luz sobre el misterio.
—El forense Granby suspendió la sesión para que los detectives investiguen —dijo Degroot—, pero dudo que puedan resolverlo. En mi

opinión, este asesinato fue obra de alguien muy astuto. Piénsenlo: no tienen ni una pista.
—Tienen una daga.
—Es un arma común; debe haber mil iguales en el mundo.

Hubo un breve silencio. Longley estaba por aceptar fuego de Degroot cuando se detuvo y señaló hacia afuera a través de las persianas.

—¿Quién es esa muchacha, Ned? La veo seguido en la calle.
—¿Te fascinó el cabello rubio? —rio Degroot—. Es la secretaria de la oficina de Bienes Raíces.
—Es encantadora, ¿no? ¿Sabes su nombre?
—No, pero puedes averiguarlo fácilmente si te interesa —añadió Degroot con un guiño.
—Su nombre es Violet Harding —respondió Gramercy, mientras se acercaba a la ventana para verla mejor al pasar—. Tiene una figura muy elegante, debo decir. Me pregunto cómo tomará la noticia.
—¿Por qué? ¿Acaso conocía a Chesterbrook? —preguntó Longley, sorprendido.
—De algún modo, creo que sí. Fue Chesterbrook quien le consiguió el puesto en la oficina de Land Improvement cuando ella llegó a Lakeview hace un par de meses.
El detective había desaparecido. Había salido del bar y seguía con cautela a la joven de cabellos dorados.

CAPÍTULO 5

La confesión del coronel

Henry Cross caminó hasta llegar a la orilla del lago, dejando atrás la mayoría de las residencias y hoteles. Se encontraba en un torbellino de emociones contradictorias y parecía aliviarlo un poco el moverse con rapidez al aire libre. Recorrió un largo tramo de playa arenosa, mirando con la mente en blanco las aguas claras que centelleaban bajo el sol, y de pronto se sentó sobre una roca plana.
—No lo haría por él —murmuró—. ¿Por qué habría de hacerlo? No era mi amigo; creo que, en realidad, me odiaba tanto como un hombre de su carácter indolente puede odiar a alguien. Pero por Maud, pobre muchacha… ¡Es una infamia!

Se levantó, incapaz de soportar sus pensamientos, y siguió su camino. Cien pasos más adelante llegó a una hondonada profunda, donde un arroyo de montaña había abierto su curso entre arbustos y piedras hasta el lago. Había un puente sobre la hondonada, pero un hombre estaba apoyado en la barandilla; un tipo con aire citadino y aspecto deportivo. Henry no estaba de humor para encuentros, así que bajó al fondo de la hondonada y tomó un sendero bien marcado que conducía a un camino rural donde había un segundo puente. No supo que los ojos del desconocido lo siguieron hasta que desapareció de vista.

Cuando Cross llegó al segundo puente, sus pensamientos habían cambiado de rumbo. Se preguntaba cómo estaría Maud Willowby, cómo se las arreglaría en el futuro y cuál sería el desenlace de todo aquel miserable asunto.

—Me detendré en la puerta, dejaré un mensaje de simpatía y pediré noticias. Quizá la vieja Nancy pueda decirme algo. Esa mujer conoce bien la casa y siempre ha sido muy amable conmigo.

Se alejó de la hondonada y apresuró el paso hacia el pueblo. Pasó varias granjas, luego media docena de mansiones recién construidas y finalmente se detuvo ante el alto portón de hierro que daba acceso a la finca Willowby. Como temía hacer un ruido que perturbara el reposo de la joven, Henry no intentó abrir el chirriante portón. En su lugar, rodeó hasta la entrada del carril de servicio, que estaba abierta, y subió de prisa por el sendero de grava hasta la puerta lateral de la gran casona, cuyas persianas estaban ahora cerradas herméticamente.

—¡Cross!

El joven se sobresaltó. Había vacilado ante la puerta, debatiendo si no sería mejor ir a la entrada principal. Se volvió y vio al coronel detrás de él; venía del centro del pueblo por un atajo que cruzaba el jardín trasero.

—¡Coronel Willowby! —El joven le estrechó la mano—. Espero que se esté recuperando de este terrible impacto. Vine a preguntar por la señorita Maud. Si puedo ser de ayuda en algo…

El coronel soltó un gemido. Se veía más encorvado y demacrado que nunca. De pronto, sujetó con fuerza el brazo de Cross.

—Entre a la biblioteca, Cross. Quizá pueda hacer algo por mí. Estoy destrozado. ¡Venga!

El coronel subió los escalones con dificultad, abrió una puerta y lo condujo por un pasillo lujosamente amueblado hasta la biblioteca. Le

indicó una silla y él se desplomó en otra. Tocó una campanilla y apareció una anciana afroamericana.
—¿Ya vino el doctor, Nancy? —preguntó. —Sí, señor. Está arriba con la señorita Maud ahora mismo. —Gracias a Dios. Él comprende su estado. Yo me siento impotente. Puedes retirarte.
La mujer miró con cierta sorpresa a Henry Cross; hacía mucho que no lo veía por allí. Saludó con cortesía y se retiró.
—¿Qué doctor es? ¿No es el que estaba en la diligencia? —¡Oh, no, no! Es Spriglehem, un viejo amigo de la familia. No, Maud no debe hablar con nadie que haya presenciado esa escena espantosa. Una descripción de Allen, tendido sin vida sobre su propia sangre, podría enloquecerla.
Un dolor sordo llenó el corazón de Henry. Ella sufría… y por amor a otro. Pero apretó los labios y no hizo ningún comentario. Ya había soportado derrotas y amarguras antes; soportaría lo que viniera.
—¡Sí, es terrible! —continuó el coronel tras un silencio—. Yo mismo aún no logro asimilar el golpe. —Creo que lo mejor sería llevar a Maud a un viaje largo; a California o a Sudamérica. Les haría bien a ambos.
—No puedo hacerlo, Cross; ese es uno de los aspectos más graves. Debo quedarme aquí y en Nueva York. —Seguramente sus negocios pueden quedar en otras manos, coronel. Sé lo meticuloso que es, pero se debe a sí mismo y a su hija un cambio de aires.
El coronel volvió a gemir. Se levantó de golpe con el rostro pálido por la angustia. Caminó de un lado a otro y luego encaró a Cross.
—Debo contárselo todo, ya que será de dominio público en un par de días —dijo con voz quebrada—. La muerte de Allen Chesterbrook me ha arruinado. Estoy en la calle. —¡Qué! —exclamó Henry, poniéndose de pie—. No puede hablar en serio. —Hablo muy en serio. No me queda nada. Todo se ha perdido: esta casa, mis propiedades, mis bonos, mi honor. —La voz del coronel bajó a un susurro—. ¡Casi desearía estar muerto yo también!
Henry Cross lo miró fijamente. ¿Estaba soñando? —¡En la calle! —balbuceó. —Esa es mi condición actual. —Pero… ¿cómo es posible? ¿Cómo pudo la muerte de Chesterbrook llevarlo a este estado? —No dije que él me causara esto. Es su muerte la que ha precipitado la desgracia. Se lo contaré todo, aunque quizá no le interese. —Discúlpeme, señor, pero me interesa profundamente. Y déjeme decirle algo: si puedo ayudarlo en algo, estoy a su servicio. No permitiría que usted y Maud pasen necesidades. —Pero usted… usted no es como los demás, Cross. No ocupa aquí la misma posición que

otros ocuparían. Sé algo del pasado, de sus esperanzas… y de cómo se hicieron añicos.
El joven se irguió con el rostro encendido. —Dejemos que el pasado se cuide solo, coronel. Hablo del presente. Soy su amigo y el de su hija, y estoy dispuesto a ayudarlo en lo que esté a mi alcance. —¡Gracias por esas palabras! —El coronel estrechó con fervor la mano de su visitante—. Siéntese y le explicaré todo.
Los dos se sentaron. Por unos segundos solo se escuchó el tictac del viejo reloj en el rincón. Luego la voz del coronel se alzó en un susurro entrecortado por la emoción.
—No sé si sabe que desde hace seis meses he estado respaldando a la compañía Lakeview Land Improvement. El presidente Bixby es un viejo amigo y, cuando me mostró el proyecto, que parecía capaz de generar millones, me involucré. Al principio compré solo una quinta parte de las acciones. Luego adquirí más de la herencia Cresson y, finalmente, Bixby y yo cargamos con prácticamente toda la empresa sobre nuestros hombros. Hicimos varias mejoras en Burr Point con un costo considerable. Luego salieron al mercado otras propiedades y las compramos, dando pagarés por todo a noventa días y seis meses. Yo avalé los pagarés personalmente, pensando que todo saldría bien.
—Apenas se habían emitido los pagarés cuando la antigua inmobiliaria Lakeview presentó una demanda contra nosotros y todas las propiedades quedaron en litigio. El asunto lleva ya dos meses en los tribunales…
—Sí, lo sé —interrumpió Henry Cross—. Nos ha causado algunos retrasos al comprar el derecho de paso para el ferrocarril de Riverhead.
—Me lo imagino. Bueno, para abreviar: mientras el asunto esté en litigio, no podemos disponer de las tierras. Sin embargo, los primeros pagarés ya vencieron y otros están por vencer. Bixby no tiene efectivo y todo intento de reunir la suma ha fracasado. Yo he gastado hasta el último centavo en honorarios de abogados y en pagar deudas acumuladas.

El coronel hizo una pausa antes de continuar:
—Pero hasta las diez de esta mañana no estaba alarmado. Allen había prometido ayudarme; iba a avalar los nuevos pagarés de la compañía antes de que él y Maud partieran en su viaje de bodas. Estaba dispuesto a asumir cualquier riesgo, convencido, como Bixby y yo, de que todo saldría bien. Ahora que no habrá aval, la vieja compañía nos

acorralará —han estado buscando cualquier oportunidad para hundirnos— y el resultado es que nos exprimirán hasta dejarnos sin nada. —El coronel soltó un profundo suspiro—. ¡Ah, es duro después de tantos años de trabajo! Ya no soy joven…

Se interrumpió y volvió el silencio, que Henry Cross rompió preguntando:
—¿De cuánto es el monto de los nuevos pagarés?
—Sesenta mil dólares. Esa suma nos permitiría salir adelante y librarnos de las dificultades de forma permanente. Estoy seguro de ello.

El rostro del joven se ensombreció.
—¡Sesenta mil dólares! ¿No podría ser menos?
—Quise fijarlo en cuarenta, pero Allen insistió en que fueran sesenta para estar seguros. Pero incluso cuarenta mil, con un litigio de por medio…
—Si treinta mil pueden ayudarlo, coronel Willowby, esa suma está a su disposición.

El anciano lo miró como si no hubiera oído bien. El rostro de Henry Cross no mostraba emoción alguna; actuaba como si hubiera hecho la propuesta más natural del mundo.
—¿Me prestaría treinta mil… usted?
—Sí, coronel, con gusto, si cree que eso lo salvará.
—Pero no sabía que tuviera tanto… es decir, disponible.
—Por la herencia de mi tío el mes pasado recibí dieciocho mil dólares. Puedo reunir el resto de varias maneras.

No mencionó que tendría que vender casi todas sus acciones del nuevo ferrocarril de Riverhead, una inversión que prometía grandes ganancias.

—Es usted un verdadero amigo, Cross. Treinta mil podrían bastar; Bixby y yo podríamos reunir el resto. Estaríamos salvados. —El coronel respiró con alivio, como quien se salva de morir ahogado—. Pero no lo esperaba de usted. No de usted.
—Eso demuestra que no me conocía —respondió el joven con una leve sonrisa de satisfacción.
—Es cierto, no conocía su valía ni su generosidad. Ni siquiera Maud lo

sabía.

Henry Cross palideció un poco. Se volvió hacia la ventana, donde la luz se filtraba débilmente por las persianas.
—Coronel —dijo al volverse—, quiero que me prometa una sola cosa si acepto hacerle este favor.
—Lo que sea, Cross. Sé que no pedirá nada excesivo.
—Su hija no debe saber lo que estoy haciendo.
—¿Qué? ¿Maud? Pero…
—No quiero que piense que busco ganar su favor, que yo… yo…
—Ahora entiendo, Cross. Debería haberlo captado antes, pero estaba demasiado absorto en mis problemas. Aun así, ella debería saber lo noble que es usted.
—Es mi voluntad que este asunto no se mencione ante ella.
—Bien, será como usted diga. ¡No sabe cuánto me ha aliviado! Ya era bastante malo que Allen fuera asesinado sin que, además, mi pobre hija y yo termináramos en la calle como mendigos.

Henry Cross se tensó ante la palabra "asesinado" y volvió a perder el color. Caminó hacia las ventanas para asegurarse de que estuvieran cerradas y luego abrió la puerta para revisar el pasillo vacío.

—Coronel Willowby —dijo en un susurro—, guardo un secreto que debo confiarle a alguien… a usted. Prométame que no lo revelará… o mejor no prometa nada; haga lo que considere correcto.
—Estoy dispuesto a guardar cualquier secreto que me confíe, Cross.
—No es mío, es de un muerto… de Allen Chesterbrook.
—¿De Allen? ¿A qué se refiere?
—Silencio; no tan alto, alguien podría oírnos. Es un secreto que debe guardarse por su bien y por el de Maud. El mundo no debe conocer esta desgracia.
—Habla en acertijos. ¿Cuál es el secreto? Dígalo de una vez.

El coronel se puso alerta de inmediato.
—Allen Chesterbrook no era el hombre que usted creía: honesto, consciente y dispuesto a cumplir su palabra. Era un frívolo temerario.
—Cross, ¿qué revelación es esta?
—Es la verdad, señor. Y no fue asesinado —la voz del joven bajó aún más—. Se suicidó.

El secreto que Henry Cross había guardado desde que recogió aquel papel frente al escritorio salió por fin. Ya no cargaba solo con el peso del silencio.
—¡Suicidio! —El coronel casi se atragantó—. ¡Jamás!
—Es cierto, señor.
—¡Miente, jov…! No, discúlpeme, Cross. No quise decir eso.
—Es una situación triste, pero real. En el último momento descubrió que había cometido un error al comprometerse con su hija y, antes que casarse con ella, el cobarde —porque no tiene otro nombre— se quitó la vida.
—¡Pero las pruebas, hombre! ¿Dónde están las pruebas?
—Las tengo aquí. Es un fragmento de una carta que encontré en su habitación. Es parte de una nota que empezó a escribirle a su hija y luego rompió. Refleja su estado mental; muestra las emociones que lo dominaban.
—Deme ese papel. ¡Oh, si esto es cierto…! Ahora recuerdo lo frío que se portó la última vez que lo vi. Pensé que se había arrepentido de ayudarme. Encienda las luces, mi vista falla. ¡Ah, es su letra, la reconozco bien! Es suficiente; ya puedo verla.

CAPÍTULO 6

Un misterio dentro de otro

El coronel Willowby leyó:

> *"Mi querida Maud: Te escribo estas líneas para decirte que he descubierto que sería una gran injusticia para ambos si nuestro matrimonio se llevara a cabo hoy. Te he engañado, así como me he engañado a mí mismo. Te sorprenderá saber que yo..."*

El resto estaba arrancado. De hecho, el papel estaba lleno de rasgaduras y dobleces, como si el autor hubiera intentado destruir por completo la comunicación inconclusa y nunca enviada.

El coronel leyó el fragmento en silencio. Luego repitió la última línea en voz alta:
—"Se sorprenderá al saber que yo…"

—Tenía un secreto. ¡Pobre y miserable desdichado! —exclamó el coronel.
—Eso parece. Si es cierto, el secreto murió con él —dijo Cross—. Basta con saber que se suicidó. Era lo bastante temerario para hacerlo.

El coronel apretó los dientes con fuerza. Su experiencia militar no había dejado espacio para la compasión hacia un cobarde moral que prefería acabar con su vida antes que enfrentar su deber, por duro que fuera. Miró con furia el papel, lo estrujó en su mano y lo arrojó sobre la mesa. Temiendo que alguien más lo encontrara, Henry Cross lo guardó de nuevo en su bolsillo.

—Es una carta fría, antinatural para un hombre como Chesterbrook —comentó Cross en voz baja—. Pero, entonces, el desorden de la habitación… todo revuelto…
—Fue obra suya, para simular un asesinato. Si lo hizo por Maud, es el único punto rescatable en todo este asunto.
—¡Ya entiendo! Creo que el detective mencionó que no faltaba nada.
—Según el ayudante, no se llevaron ni un centavo.
—Pero si desordenó la habitación para engañarnos, ¿no habría ido más lejos, tirando dinero o joyas para completar la ilusión?
—Un hombre al borde del suicidio no razona con claridad. Lo más probable es que perdiera el juicio momentáneamente —imagino que todos los suicidas lo hacen— y, tomando la daga, se la hundiera en el corazón justo antes de que el coche llegara para llevarlo a la iglesia. Su cuerpo aún no estaba frío cuando lo hallaron.

El coronel Willowby se estremeció. Al parecer, no había escapatoria a las deducciones de Henry Cross. Sin embargo, hizo un último intento:
—Pero la daga… nunca supe que Allen tuviera tal arma.
—Sí la tenía.
—¿Está seguro?
—Lo estoy.
—Pensé que ustedes no eran amigos. Como no eran cercanos, dudo que estuviera en sus habitaciones…
—Nunca, hasta esta mañana. No habría vivido en el mismo edificio de no ser porque el propietario es amigo mío e insistió en que tomara el departamento.
—Entiendo la amargura que siente alguien en su posición, Cross. Pero dejemos eso. ¿Puedo preguntarle dónde le vio esa daga? ¿Era la

misma usada hoy?
—No puedo decir si era la misma. No tuve oportunidad ni deseo de examinar la que tenía cuando lo vi.
—¿Y dónde fue eso?

El joven guardó silencio un momento, visiblemente incómodo.
—Si debe saberlo, lo vi en la oficina de la inmobiliaria Lakeview.
—¿En nuestra oficina?
—Sí.
—¿Y qué hacía con la daga?
—Jugaba con ella en un escritorio de la oficina lateral.

El rostro del coronel reflejó incredulidad.
—¿Estaba solo en ese momento?
—No, él y esa joven estaban allí juntos.
—¿Se refiere a la señorita Harding?
—Creo que ese es su nombre. La secretaria.
—Esa es la señorita Harding. Pero ¿qué hacían con una daga?
—No sabría decirle. No era asunto mío, y solo me detuve un segundo a mirar.
—¿Hace cuánto fue esto?
—Hace varias semanas.
—¿El señor Bixby no estaba presente?
—№ Era después de las seis de la tarde; supongo que ya se había ido a casa. Una de las persianas estaba baja y la lámpara sobre el escritorio encendida. La luz cayó sobre la daga cuando yo pasaba, y eso me hizo detenerme.

El coronel se puso de pie y comenzó a caminar lentamente. De pronto se detuvo y exclamó:
—¡Ah! No es posible. Y sin embargo… —Se interrumpió—. Cross, esto es un misterio dentro de otro misterio. ¿Sabe que fue Allen quien recomendó a la señorita Harding para ese puesto?
—No lo sabía.
—Sí. Estaba muy interesado en conseguirle trabajo en Lakeview. Le dijo a Bixby que la había conocido en Nueva York y que era una excelente secretaria y contadora. Con esa recomendación, Bixby la contrató.
—Ya veo.
—Ahora, ¿qué hacían los dos en la oficina tan tarde? —preguntó el

coronel con dureza.
—No puedo decírselo, señor.
—La oficina lateral es privada. Esa joven no tiene nada que hacer allí.

El coronel miró a su acompañante esperando que hablara, pero por una vez, Henry Cross permaneció en silencio. Finalmente, el coronel prosiguió:
—Cross, usted no estaba tan ciego como Maud y yo; vio más que nosotros. Dígame lo que sabe, lo que piensa, todo. No tiene sentido ocultarlo. Él está muerto y la verdad no cambiará nada.

El joven carraspeó, intentó hablar dos veces y se detuvo.
—No sé nada —dijo al fin.
—¿Pero qué sospecha?
—¿Qué debería pensar, coronel?
—¡No dé rodeos, Cross! ¡Por Dios! Las cosas ya están bastante mal. Prefiero la verdad a esta incertidumbre. Si no es franco conmigo, investigaré por mi cuenta.
—Como le dije, no sé nada, salvo que Chesterbrook y esa señorita Harding estaban juntos con frecuencia. No fue la primera vez que los vi en la oficina por la noche, y una vez los encontré a la orilla del lago, sentados sobre las rocas bajo la luna, y él… él…
—¡Dígalo todo de una vez!
—Él le sostenía las manos. Ahí lo tiene, me ha arrancado toda la verdad; no pensaba mencionarlo, considerando que ha muerto.

El coronel levantó las manos como si quisiera detener un golpe físico.
—¡Y este era el hombre con quien Maud iba a casarse! ¡Qué miserable!
—¡Silencio! No sabemos si fue algo tan grave. Puede que hubiera alguna razón…
—¡Bah, Cross! Usted es joven y no conoce el mundo como yo. Ahora lo veo todo claro. ¿No decía en su carta que Maud se sorprendería al saber algo? Quizá esa joven lo amenazó con delatarlo. Debió hacerlo; y él, temiendo que lo traicionara, tomó el camino cobarde para librarse de los problemas. ¡Y pensar que alimenté a semejante víbora! ¡Que estaba dispuesto a aceptar su ayuda financiera! Me llena de rabia. Si lo tuviera aquí…
—Recuerde que está muerto.

El anciano se detuvo y su ira se apagó de golpe.

—Sí, está muerto… y quizá debamos dar gracias al cielo por ello —dijo —. ¡Mi pobre Maud! —y sus ojos se llenaron de lágrimas.
—Mi consejo sería dejar el asunto por completo, en lo que a usted respecta. No servirá de nada removerlo. Deje que la policía crea que fue un asesinato; es poco probable que descubran la verdad.
—Haré eso. Pero ¿y esa joven? Supongamos que se presente con algún reclamo contra la herencia de Allen, por ejemplo…
—Esperemos que no lo haga. No parece una mujer astuta en lo más mínimo.
—Las apariencias suelen engañar. —El coronel se detuvo y se pasó la mano por la frente—. Pero Maud debe conocer la verdad sobre la muerte de Allen. No debe quedarse llorando por un hombre así.

Henry Cross asintió levemente.
—¿Y mi participación en este asunto…?
—Quedará como un secreto en mi pecho, le doy mi palabra de honor.

Se escucharon pasos en el pasillo y, un segundo después, llamaron a la puerta. El coronel abrió para dejar pasar al doctor, que lucía sumamente grave.
—¿Cómo está mi hija, doctor? —preguntó ansioso; en ese instante, la conversación con Henry quedó en el olvido.
—Al fin descansa —respondió el médico—. Le he dado un calmante y no debe ser perturbada. También he dejado unos polvos y le di instrucciones a Nancy sobre cómo administrarlos. Volveré por la mañana.
—¿Qué opina de su estado?
—Sufre por el impacto del trauma; pero es joven y saludable, confío en que pronto lo superará. —El doctor observó el rostro demacrado del coronel—. Usted también debe cuidarse, o terminará enfermo.
—Puedo soportar mucho, doctor. Le presento a mi amigo, el señor Cross. Doctor Spriglehem.

Los dos hombres se estrecharon la mano y, un momento después, el médico salió de la mansión. El coronel lo acompañó hasta la puerta y, al regresar a la biblioteca, encontró a Henry Cross listo para marcharse.

Cross salió por el portón hacia el camino, sumido en sus pensamientos, con la cabeza inclinada y el sombrero calado hasta la

frente. Se preguntaba cómo recibiría Maud la terrible noticia que su padre debía darle. Se detuvo a mirar la mansión, buscando las ventanas de la habitación de la joven.

—Discúlpeme, ¿podría decirme qué casa es esa?

El hombre que hizo la pregunta se había acercado bastante a Henry. Era el sujeto de aspecto deportivo que había visto en el puente cerca del lago, pero el joven no lo reconoció.
—¿Esa casa?
—Sí. ¿Quién vive allí?
—El coronel Willowby.
—Es el padre de la joven que iba a casarse, ¿no?
—Sí.
—Gracias. Solo curiosidad, es todo. Con tanto alboroto…

Como las preguntas le resultaban molestas, Cross siguió su camino y dejó atrás al extraño.

CAPÍTULO 7

En el acantilado

Al día siguiente, el forense Granby, tras deliberar largamente, convocó a un jurado de doce ciudadanos para examinar el caso.

—No quiero que toda la responsabilidad recaiga solo sobre mis hombros —declaró, y sus allegados estuvieron de acuerdo.

Así, quienes habían testificado fueron llamados nuevamente. Esta vez el interrogatorio fue más exhaustivo, y Henry Cross fue sometido a una sesión de una hora completa. Sin embargo, no se obtuvo información adicional de él. Se negó rotundamente a hablar sobre su antigua disputa con Chesterbrook, dejando al jurado y a los presentes en libertad de especular lo que quisieran.

Curiosamente, durante toda la audiencia no se mencionó la teoría del suicidio. Si algún jurado lo pensó, guardó silencio. ¿Qué motivo podía

tener un joven rico, a punto de casarse con la mujer de su elección, para quitarse la vida? Resultaba absurdo.

Ya había oscurecido cuando terminó la presentación de testimonios y el forense concluyó su instrucción al jurado. Se encendieron las luces en una sala vacía donde los miembros del jurado se retiraron a deliberar. No tardaron en regresar.

—Dictaminamos que Allen Chesterbrook murió a consecuencia de una herida de arma blanca en el corazón, infligida con una daga por una persona desconocida para este jurado.

Era un veredicto simple, pero lo abarcaba todo. Se redactó y firmó el acta correspondiente, los jurados cobraron sus honorarios ante el secretario y la diligencia se dio por terminada.

El detective Hull había mostrado poco interés activo durante la sesión. Se sentó en silencio, apenas escuchando la mayor parte de los testimonios; solo hacia el final se enderezó de pronto, prestando máxima atención. Su renovado interés se debió a la repentina aparición de Violet Harding, quien entró sigilosamente y tomó asiento en el rincón más alejado. Vestía un sobrio traje negro y, sobre su sombrero de estilo militar, llevaba un velo tupido que bajó sobre su rostro al notar las miradas —un rostro ahora indescriptiblemente triste, pero dulce y encantador.

—¡Hum! —murmuró Jack Hull para sus adentros, y desde ese momento no le quitó la vista de encima.

Cuando se anunció el veredicto, notó que ella se incorporaba ansiosa por escuchar. Al oír las palabras del portavoz, la vio estremecerse, ponerse de pie y salir apresurada antes de que la multitud se dispersara.

—¡Mujeres fascinantes! —murmuró Hull, siguiéndola—. O no tienen nervios, o tienen los suficientes para hacer flaquear al hombre más templado. Lástima que no estuviera aquí cuando mostraron la daga.

Jack Hull no se había quedado de brazos cruzados. Ya había averiguado que Violet Harding era huérfana, que procedía de Nueva

York y que, tras la muerte de su madre, se había trasladado a Lakeview gracias a que Chesterbrook le consiguió el empleo en la inmobiliaria. Pero sabía más.

Violet vivía con una viuda anciana que poseía una casita pulcra y sencilla, apartada del centro. Con el pretexto de buscar alojamiento para una amiga, Hull había visitado a la dueña, la señora Callum. Supo que había una habitación disponible junto a la de Violet.

—Se lo diré a la joven —respondió el detective, bajo el alias de señor Ulmer—. ¿Tiene otros huéspedes?
—No recibo a nadie más. La señorita Harding tenía a un caballero que venía de vez en cuando, pero ya no vendrá más —dijo la mujer con tal énfasis que Hull comprendió que se refería a Chesterbrook.

Ahora, el detective seguía a Violet Harding hasta esa misma casa. Tras verla entrar, esperó en la esquina. Poco después del anochecer, ella salió de nuevo con el mismo vestido negro y una ligera capa sobre los hombros. La siguió hasta la orilla del lago, siguiendo casi la misma ruta que Henry Cross el día anterior. Pero antes de llegar al puente, ella se desvió y subió a un pequeño acantilado que dominaba las aguas bañadas por la luna nueva.

Allí se sentó. Jack Hull se mantuvo a distancia, oculto. La vio sacar un pañuelo y llevárselo al rostro.
—¿Estará llorando? —pensó—. Es típico de una mujer: cometer un acto y arrepentirse al minuto siguiente. ¡Por Dios, no sé qué pensar!

De pronto, un hombre pasó cerca de su escondite y se dirigió hacia donde estaba Violet. Hull, arriesgándose a ensuciar su ropa, se tiró al suelo y se arrastró entre la hierba alta para acercarse. Apenas había avanzado unos metros cuando escuchó un grito de alarma de la joven, seguido de una orden del hombre para que se callara.

—¡Me seguiste hasta aquí! —exclamó ella—. ¡Me has estado vigilando!
—¿Y qué si lo hice? —respondió el recién llegado con rudeza—. No creas que Chesterbrook te iba a tener solo para él.
—¡Cállate! ¿No sabes que el señor Chesterbrook ha muerto?
—Eso oí, pero no le presto atención a esas cosas. Yo…
—Prestas más atención a la bebida, al juego y a las carreras —lo

interrumpió ella con desdén.
—¡No me vengas con sermones! ¿Y tú a qué prestabas atención? Escapando de Nueva York para venirte aquí con un hombre rico…
—¡Basta! No tienes derecho a insultarme.

En un arrebato de furia, la joven le tapó la boca con la mano. Toda su dulzura desapareció; pareció otra persona. Lo empujó violentamente hacia atrás.

—¿Por qué me seguiste desde Nueva York? ¿Por qué no volviste a tus viejos antros y me dejaste en paz? Aquí no sacarás nada de mí.
—No busco dinero de ti, Violet. Tengo otro plan para conseguirlo… mucho dinero.
—Nada que sea honesto —rio ella con amargura.
—Sí, honestamente —gruñó él—. He encontrado una mina de oro; algo que busqué durante años.
—Espero que eso te haga más respetable —espetó ella con sarcasmo.
—¡Ja! ¿Tú me hablas de respetabilidad? Soy tan bueno como tú. Pero no discutamos.
—¿Qué quieres de mí?
—Supongamos que me volviera rico y empezara una nueva vida…
—¿Y bien?
—¿Te casarías conmigo entonces?
—Nunca.
—Pero si cambiara mis hábitos, me volviera respetable y tuviera dinero suficiente para que vivieras como una dama, como mereces…
—¡Jamás me casaría contigo, jamás! Detesto tu sola presencia. ¿Por qué habría de hacerlo? No te amo, nunca te amé. ¿Ya olvidaste que cuando estaba en Nueva York hiciste todo lo posible por arruinar mi felicidad?

La joven soltó las palabras como plomo fundido, un torrente de fuego vivo. Pero él no se acobardó. Estaba furioso y sus ojos oscuros brillaban con una luz celosa. En cuanto a temperamento, ambos estaban muy igualados.

—Tenía buenas razones para estar enfurecido. ¡Tú amabas a ese Chesterbrook! —siseó—. Qué lástima que alguien lo matara; o quizá se suicidó, escuché a alguien decirlo. Pero, además, iba a casarse con otra; también me enteré —continuó con sarcasmo—. Supongo que

pensó que tú eras suficiente para ser una compañera de juegos.
—¡Oh, miserable! —gritó ella—. Deja de difamar a los muertos.
—Está bien, no lo mencionaremos más.
—Ahora, hazme otro favor: líbrame de tu presencia. Vine aquí para estar sola.
—Y yo vine desde lejos para verte. No voy a dejar que me despaches como si fuera un…

No terminó. Ella se había ido alejando poco a poco y ahora giró de repente, corriendo veloz hacia el camino. Él se sorprendió, pero reaccionando pronto, saltó tras ella y acortó la distancia en segundos.

—¡Otra vez en mis redes, pajarito! Ahora me vas a escuchar —exclamó, atrapándola por la cintura—. Me escucharás, quieras o no.
—¡Cobarde! ¡Suéltame!
—Suéltela de inmediato —intervino una voz calma y firme junto a ellos.

Jack Hull apareció con la mano levantada, dispuesto a golpear al hombre si se atrevía a desobedecer. Sería difícil decir quién estaba más alarmado, si la joven o el sujeto. Ambos retrocedieron y palidecieron por igual.

—No sé cuál es su propósito al hostigar a esta señorita —prosiguió Jack Hull—, pero como es evidente que ella quiere que se marche, será mejor que lo haga ahora mismo.

El hombre frunció el ceño.
—Esto no es asunto suyo —masculló.
—Lo he convertido en mi asunto —replicó el detective con el mismo tono sereno. Se volvió hacia Violet Harding—. ¿Puedo acompañarla hasta su casa, señorita?

La mirada de terror desapareció de los ojos de la joven y lo miró con gratitud.
—Gracias; se lo agradecería mucho.
—Nos volveremos a ver —murmuró su agresor y, sin otra palabra, se alejó apresuradamente en la oscuridad.

—Me alegra haber pasado por aquí en este momento —dijo el

detective con naturalidad—. Ese sujeto es evidentemente un rufián, de los que Lakeview tiene demasiados. Supongo que usted vive aquí o está de visita.
—Sí —respondió ella suavemente—. Estoy muy agradecida con usted. Su presencia evitó un peligro que no sospeché al venir aquí. No volveré a caminar sola tan lejos.

Él le ofreció el brazo y, al tomarlo, sintió que ella temblaba. No intentó forzar la conversación; sabía que sería inútil en ese estado de ánimo. No tardaron en llegar a la casa de la señora Callum.

—Gracias, señor…

Él murmuró su nombre, pero tan indistintamente que ella no lo captó.
—Mi nombre es Violet Harding —respondió ella—. ¡Realmente estoy muy agradecida! —y entró al pequeño jardín, subió los escalones del porche y desapareció en la casa antes de que él pudiera añadir nada.

—¡Humph! —exclamó Hull, repitiendo su interjección favorita. Miró la puerta cerrada como esperando que ella reapareciera. Al ver que no lo hacía, se alejó por la calle.

—¿Y ahora qué debe pensar uno de todo esto? —se preguntó—. ¡Maldita sea! Si ese sujeto no hubiera actuado de forma tan brusca y hubiera seguido hablando, quizá habría aprendido algo. Tal como están las cosas, sigo a oscuras. Y dejé que ese tipo se escapara también; podría haberme contado detalles sobre esa muchacha que valdría la pena saber. Tiene un rostro hermoso; no me extraña que Chesterbrook estuviera tan interesado en ella.

Hizo una pausa y luego prosiguió:
—¡Bah, Jack Hull, qué estás diciendo! No dejes que un rostro bonito te aparte de tu deber: desentrañar este caso tan complicado. Es hermosa, sí, pero obstinada y tiene un temperamento violento… el tipo de temperamento que la llevaría a cometer un crimen, si es que realmente es culpable.

Se detuvo un momento y concluyó:
—Pero quizá me equivoque. No sirve de nada precipitarse. Sus iniciales son V. H., su cabello es rubio y usa esas mismas horquillas

onduladas… pero podría haber un error. Quizá sea mejor mandar llamar a Frank Barton después de todo. Necesito más pruebas antes de intentar forzar una confesión.

CAPÍTULO 8

Una conjetura sobre la verdad

Cuatro días después de haber sido hallado muerto en sus habitaciones, Allen Chesterbrook fue sepultado. La ceremonia fúnebre se realizó en la misma iglesia donde debía casarse con Maud Willowby; y aunque aquella mañana el templo había estado lleno, ahora, pese a la fría lluvia que caía, estaba literalmente abarrotado. A la gente le atrae el espectáculo, sobre todo cuando tiene un matiz de tragedia. La mayoría acudió no por respeto al difunto, sino por la morbosidad de ver cómo se comportaría Maud Willowby.

Pero los curiosos quedaron decepcionados: Maud no apareció. Se murmuraba que estaba demasiado afectada para salir de la cama. El coronel llegó solo, grave y digno. Su rostro estaba pálido, y durante el servicio —que fue sumamente solemne— se tornó aún más lívido, pero por lo demás no mostró emoción alguna. Cuando se anunció que los presentes podían acercarse para el último adiós, él no se movió de su asiento.

—Lo siente demasiado; no se atreve a confiar en su propio temple; es demasiado orgulloso para mostrar debilidad —fue la opinión general en Lakeview, y él permitió que pensaran así.

Al concluir, algunos se acercaron para expresarle su pésame y enviar mensajes de aliento a su hija. Él escuchó en casi absoluto silencio y, en cuanto pudo, se retiró a su carruaje. No se le volvió a ver el resto del día.

Desde la iglesia, el féretro fue llevado al embarcadero para ser trasladado a Nueva York, donde sería inhumado en el cementerio de Greenwood. Numerosos parientes acompañaron los restos y, al zarpar el barco, pudo decirse que la etapa de Allen Chesterbrook en

Lakeview había concluido. Por supuesto, se siguió hablando del caso, pero pronto surgieron otros incidentes —un accidente ecuestre y un incendio en un hotel— y la "noticia del momento" pasó a ser una sombra del pasado.

Por alguna razón, Henry Cross respiró con más alivio cuando el cuerpo fue retirado del edificio. Al día siguiente, las pertenencias de Chesterbrook fueron enviadas a sus parientes y Jackson ventiló y cerró las habitaciones con llave. Probablemente nadie querría ocuparlas en mucho tiempo. El único olvidado en medio de los cambios fue Jimmie Neirney, el ayuda de cámara. Nadie recordó sus años de servicio fiel; le pagaron lo debido y le despidieron sin más. Jimmie, sin embargo, no perdió el tiempo: escribió a su novia explicando que las vacaciones se cancelaban y consiguió empleo en Oakdale, a cinco millas de allí. El nuevo trabajo lo mantuvo tan ocupado que no tuvo tiempo de recordar a la mujer velada que había visto salir por la puerta trasera.

Fiel a su promesa, Henry Cross avaló los pagarés según su acuerdo con el coronel. La transacción se realizó en la oficina de la inmobiliaria al día siguiente del funeral, con el señor Bixby y Violet Harding como testigos. Al terminar, el coronel y el joven se marcharon juntos en el carruaje.

—Bixby logró arreglar los otros pagarés, así que estamos a salvo —dijo el coronel—. No imagina qué carga se ha quitado de mi corazón, Cross.
—Me alegra servirle, señor. Ya tiene suficientes problemas. ¿Cómo está su hija esta mañana?
—Creo que mejor. Bajó a desayunar conmigo, y eso es buena señal.
—¿Le ha… —el joven se interrumpió.
—No, aún no le he dicho nada sobre el secreto. Espero la ocasión favorable.
—Entonces quizá sea mejor no decir nada. Deje que el tiempo borre este asunto miserable.
—Tal vez tenga razón. Pero me intriga esa señorita Harding. ¿La vio ayer en el funeral?
—No asistí.
—Bixby me dijo que pidió permiso para ausentarse la mañana de la boda. Su conducta es extraña; si estuviera seguro de que ayudó a

Allen a engañarnos, la despediría ahora mismo.
—Puede que ella misma haya sido engañada. No dejaría a una muchacha sin empleo por una mera sospecha.
—Se quedará… por ahora. Pero yo no soy tan indulgente como usted, Cross. No olvido fácilmente una ofensa.
—No soy un santo —rio el joven—. No olvidé mi disputa con Chesterbrook la noche del Baile de Caridad.
—¿Y de qué fue esa disputa? Se negó a hablar de ella en la diligencia.
—No fue gran cosa. Yo tenía mi nombre anotado para un baile con Maud, y él lo borró para poner el suyo. Alegó que fue un error, y tuvimos palabras acaloradas en el salón de fumadores. Me negué a mencionarlo para no arrastrar el nombre de ella ante el forense.
—Ya veo. Chesterbrook era lo bastante imprudente para hacer algo así y llamarlo broma.
—Bueno, algunos podrían llamarlo así; pero…
—Entiendo perfectamente. Para ustedes dos, en ese momento, no podía ser una broma.

Henry Cross cambió de tema rápidamente, mostrando que el pasado le resultaba desagradable, y pronto estuvieron hablando de los proyectos inmobiliarios. Poco antes del mediodía, el joven bajó en su hotel y el coronel regresó a su mansión.

Encontró a su hija en la biblioteca leyendo el periódico local, que contenía un largo relato del funeral. Vestía una bata de casa de un púrpura profundo y su cabello dorado estaba recogido en un gran moño. Estaba pálida y demacrada, pero no había rastro de lágrimas recientes. Ella dobló el periódico al verlo entrar.

—¿Has estado paseando, papá?
—Sí, tuve que ir a la oficina, Maud. ¿Y qué ha hecho mi niña mientras yo estaba fuera?
—He estado guardando cosas y leyendo.

No especificó qué había guardado ni qué había leído, pero él sabía que se refería a su ajuar de novia y a la crónica del entierro.
—¿No quieres salir a pasear conmigo esta tarde? Puedes cubrirte con un velo y tomaremos uno de los caminos rurales...
—¡Iré con gusto! —exclamó ella—. Es justo lo que necesito: salir, respirar aire puro, lejos de la casa y de la gente.

—Entonces pediremos el almuerzo de inmediato. Hace un poco de frío tras la lluvia, pero creo que lo soportaremos.

La orden fue enviada a la cocina y pronto sirvieron la mesa. Maud apenas probó bocado, limitándose a una taza de chocolate caliente. El coronel, por su parte, comió algunos sándwiches de pollo, café y vino. Poco después, estaban listos para partir en un carruaje ligero, pues el viejo militar se negaba rotundamente a cambiar sus caballos por un "moderno" automóvil.

Apenas cruzaron palabra hasta dejar atrás las últimas casas del pueblo. Entonces, él se volvió hacia ella:
—¿Hacia dónde iremos, Maud? ¿Hacia Oakdale?
—No, no, papá; vayamos por el otro lado. Sabes que no me gusta el paisaje de esa zona.

Sin cuestionarla, el coronel giró las riendas hacia un camino lateral. Era una extraña manía de Maud la de evitar siempre la ruta a Oakdale; él siempre la había complacido en ese capricho, sin imaginar que pudiera existir una razón real detrás de ello.

—Dijiste antes del almuerzo que habías estado en la oficina de la inmobiliaria —prosiguió ella al poco rato—. ¿Qué vas a hacer ahora, papá? ¿Buscar a alguien más que avale esos horribles pagarés?
—Ya encontré a alguien para una parte; Bixby se encargará del resto.
—Me alegra por ti. Estabas muy preocupado, ¿verdad? Se te notaba en el rostro.
—Sí, Maud, lo estaba, porque había mucho en juego.

La joven guardó silencio y tuvo un leve estremecimiento. El coronel creyó adivinar lo que pasaba por su mente. ¿Debía decirle la verdad sobre la cobardía de Chesterbrook? Tomó aire profundamente, pero antes de que pudiera hablar, ella preguntó:
—¿Quién avaló los pagarés, papá? Eran sumas considerables, ¿no es así?

Él había esperado que no volviera a mencionarlos. Se sonrojó y fingió estar ocupado con el caballo, ajustando las riendas y azuzando al animal con el látigo.
—Un caballero que pidió que su nombre no figurara en la transacción

firmó por mí, y Bixby conseguirá que Dichter firme los otros. ¡Quieto, Tom, quieto! Así, buen muchacho.

Fingió estar más distraído que nunca, pero ella no se dejó desviar del tema. Esperó un momento y luego preguntó:
—¿Fue el señor Cross?
—¿Por qué piensas que fue él? —exclamó, sorprendido.
—Lo vi visitarte justo después de… de aquello, papá.
—¿Crees que el señor Cross es tan rico?
—Sé que heredó una buena suma de un pariente hace tiempo. ¿Estoy en lo cierto?

Él no respondió directamente.
—Ese caballero no quiso que se mencionara su nombre —replicó evasivo—. Di mi palabra.

Maud lo miró a la cara y comprendió que había acertado. No volvió a tocar el tema. Siguieron avanzando por los caminos ondulados, entre bosques y campos cultivados, cruzando puentes rústicos sobre los arroyos. El paseo parecía sentarle bien, pues un poco de color volvió a sus mejillas.

Demasiado pronto para ella, llegó la hora de regresar. Hubiera querido seguir adelante sin detenerse jamás, pero las sombras de la tarde se alargaban y el aire se había vuelto demasiado gélido. El coronel la arropó con una manta y emprendió el camino a casa.

Al salir, había tenido la vaga idea de que se presentaría la ocasión de contarle la verdad sobre Allen. Pero al contemplar su rostro pálido y su expresión melancólica, no tuvo corazón para hacerlo. Pensó, al final, que Henry Cross tenía razón: sería mejor dejar las cosas como estaban.

CAPÍTULO 9

La nueva huésped

El día del funeral de Allen Chesterbrook, la señora Callum recibió a otra inquilina. Había esperado en vano la llegada de la joven que el

"señor Ulmer" había mencionado, por lo que mostró con entusiasmo la habitación vacante a una mujer de mediana edad, vestida de marrón, que llegó con una valija y un portafolios.

La recién llegada se presentó como agente de una nueva obra artística. Explicó que debía visitar a las familias acomodadas de la zona y que probablemente necesitaría el cuarto por tres meses. El lugar le agradó, pagó una semana por adelantado y tomó posesión de inmediato. Durante el almuerzo, ambas simpatizaron. La señorita Deems —así se identificó— dijo estar cansada.

—He tenido mucha suerte en mi trabajo —explicó—, así que puedo darme un respiro.
—No creo que pudiera hacer mucho hoy de todos modos —respondió la señora Callum—. Todo el pueblo está en el funeral del señor Chesterbrook; no se habla de otra cosa.

Animada por la curiosidad de la señorita Deems, la casera contó todo lo que sabía del misterio y mencionó que su otra huésped, Violet Harding, había ido a la iglesia.
—Ella conocía al señor Chesterbrook. No íntimamente, pero lo conocía.
—Debe haber sido un golpe —comentó la señorita Deems.
—¡Vaya que sí! Violet regresó enferma; pensé que iba a desmayarse. Se encerró en su cuarto y no quiso probar bocado. Es extraño cómo reaccionan las muchachas. Yo enterré a dos esposos y tres hijos, y aquí sigo.
—Quizá sentía por él más de lo que estaba dispuesta a admitir.
—Puede ser, aunque él estaba comprometido con la señorita Willowby y Violet lo sabía.

La señora Callum añadió que, pese a ser una buena muchacha, Violet tenía "sangre española" y sufría arranques de temperamento. La señorita Deems escuchó con atención, ganándose la confianza de la casera.

Violet regresó dos horas después del funeral. Tras una breve presentación, se disculpó y se retiró a su cuarto alegando un fuerte dolor de cabeza. La señorita Deems dijo sentir lo mismo y se acostó temprano. Sin embargo, una vez tras la puerta cerrada con llave, la

mujer cambió por completo: sus ojos brillaron con astucia y sus movimientos se volvieron ágiles. Parecía diez años más joven.

Empujó con cuidado la cama, que ocultaba una antigua puerta comunicante que antes unía ambos cuartos. Aunque estaba bloqueada del otro lado por un lavabo, el ojo de la cerradura estaba libre. La señorita Deems se arrodilló para observar.

Violet Harding yacía sobre la cama, mirando fijamente al techo. De pronto, se incorporó y soltó su espesa cabellera sobre los hombros. Emitió un gemido bajo y comenzó a caminar por la estancia, hasta que se desplomó en una mecedora con el rostro entre las manos. Luego, abrió el cajón inferior de la cómoda con una llave, sacó una fotografía y la besó intensamente mientras lloraba. Subió la llama de la lámpara de aceite para contemplar la imagen, pero, para frustración de la observadora, el rostro del retrato quedó oculto a su vista. Poco después, Violet guardó la foto, cerró el cajón y se preparó para dormir.

A la mañana siguiente, Violet anunció que trabajaría horas extra para compensar el tiempo perdido. Se mostró cordial pero distante con la nueva huésped. A las ocho de la mañana, la señorita Deems subió a "prepararse para su salida", pero no bajó hasta las diez.

—Quizá no regrese para el almuerzo —le dijo a la señora Callum y salió con su portafolios.

Caminó directamente hacia un hotel, entró en el salón de damas y allí se reunió con Jack Hull.

—¿Lograste entrar, Frank? —preguntó él ansioso.
—Así es —respondió la señorita Francis Barton, pues ese era su verdadero nombre. Era una detective con tantos alias como para llenar un directorio, cuya habilidad le había ganado un respeto legendario en su oficio.

Sin perder tiempo, relató lo que había visto por el ojo de la cerradura.
—Cuando la señora Callum se ocupó en la cocina, entré en la habitación de la señorita Harding —continuó Barton—. Tras una búsqueda general que no reveló nada, ataqué la cómoda. Sabía que

debía contener algo importante, de lo contrario no la habrían cerrado con llave.
—Todos los cajones estaban cerrados, pero la había visto esconder la llave en su costurero, así que no tardé mucho en abrirlos —explicó Frank Barton—. Empecé con el superior y no encontré nada de valor; luego probé el del medio y, entre algunas prendas, hallé esto.

Frank Barton abrió su portafolios y extrajo un delicado pañuelo, finamente perfumado, que presentaba varias manchas de un rojo intenso.
—¡Humph! —murmuró Jack Hull—. ¡Sangre, sin duda!
—Sí, sangre humana.
—Una pista crucial, ciertamente.
—El hallazgo del pañuelo me animó a seguir. Revisé con cuidado el fondo del cajón…
—Espera. ¿El pañuelo estaba a la vista?
—No, estaba envuelto en un trozo de papel, probablemente para no manchar el resto de la ropa.
—Ya veo. Continúa.
—En el fondo encontré otro paquete delgado, también envuelto. Al abrirlo, apareció esto.

Una vez más, la detective metió la mano en el portafolios. Esta vez sacó un estuche plano de cuero con una placa metálica en el costado que llevaba grabadas las iniciales V. H. Jack Hull lanzó un silbido de sorpresa y tomó el objeto.

—¡La funda de la daga! —exclamó—. Esto sí que es un hallazgo. Sabía que enviarte allí daría frutos. ¿Algo más?
—En ese cajón nada más, pero en el inferior encontré varias cartas que Chesterbrook le había escrito en distintas ocasiones, además de una fotografía de él y otra de una anciana.
—¿Qué decían las cartas?
—Eran de tono amistoso. En una mencionaba haberle conseguido el empleo y en otra le enviaba veinte dólares para gastos. La tercera era la más interesante; copié un extracto porque temí desordenar el paquete si me las llevaba todas. Tendré que devolver el pañuelo y la funda a su sitio antes de que ella note algo, a menos que decidas proceder de inmediato. Aquí tienes el fragmento.

Jack Hull leyó el texto con suma atención.
—¡Humph! Esto puede significar todo o nada. ¿A qué se refiere con que "ella puede estar segura de que él guardará el secreto"? ¿Qué secreto?
—Quizá él custodiaba un secreto de ella y Violet, temiendo que lo revelara, decidió matarlo —sugirió Barton.
—Es posible —reflexionó Hull, recordando el tenso encuentro en el acantilado—. Este asunto se vuelve más turbio por momentos. Pero una cosa es segura: lo mataron con la daga de Violet Harding. Tenemos el arma, el pañuelo ensangrentado, la horquilla y las cartas. Es una base sólida… si logramos llegar al fondo.

—¿Qué quieres que haga ahora? —preguntó la detective.
—Regresa, gánate su confianza y sácale información. Si no puedes, obsérvala noche y día. Tarde o temprano cometerá un error. Yo buscaré al tipo que la perseguía; un sujeto disoluto al que quizá unos tragos le aflojen la lengua. Sospecho que merodea por Lakeview esperando hablar con ella.

Los dos agentes se separaron. Frank Barton regresó a la casa de la señora Callum y, aprovechando un momento de distracción, devolvió las pruebas a la cómoda de Violet. Esa noche hizo todo lo posible por agradar a la joven y, en parte, logró que bajara la guardia.

—Es terca —se dijo la detective—, pero la venceré. Nunca he fallado.

Sin embargo, la misión resultó más difícil de lo previsto. Pasaron los días y Violet seguía manteniéndola a una distancia prudencial. Y entonces, una mañana, llegó la gran sorpresa: Violet Harding se había marchado, con baúl y pertenencias, sin dejar rastro ni dirección de destino.

CAPÍTULO 10

En el piano

La primavera había pasado y el verano estaba por terminar. Sin embargo, la temporada en Lakeview seguía en su apogeo; entre los

hoteles y las casas de huéspedes, la trágica muerte de Allen Chesterbrook estaba casi olvidada. La vida era un continuo ir y venir de excursiones y bailes; pocos tenían tiempo para pensar en algo oscuro y desagradable.

Los negocios también prosperaban. El gran litigio de tierras había concluido y el coronel Willowby, junto a Bixby, había salido victorioso. En cuanto se dictó el veredicto, comenzaron las mejoras planeadas por la compañía, dando empleo a un pequeño ejército de obreros. Al lograr sus objetivos, la empresa cubrió sus pagarés puntualmente y Henry Cross volvió a disponer de su capital. En agradecimiento, el coronel le ofreció acciones a un precio preferencial, pero el joven las rechazó.

—Tengo el nuevo ferrocarril en la cabeza —dijo con una leve risa—. Voy a dedicarme a eso de todo corazón.

Durante el inicio del verano, Henry había visto a Maud pocas veces. La primera vez que se cruzaron en uno de los caminos rurales, él retrocedió sorprendido por su cambio físico. Parecía mayor; ya no era la jovencita de antes. Su hermoso cabello dorado se veía más apagado y asomaba alguna hebra gris, a pesar de que aún no cumplía los veintitrés años. Ella lo saludó con una calidez inesperada; Henry ignoraba que Maud ya sabía cómo él los había salvado de la ruina financiera.

A partir de entonces, las visitas se hicieron frecuentes y las formalidades quedaron atrás. Sin embargo, Henry se preguntaba si el afecto de ella era genuino o si Maud simplemente se engañaba a sí misma. A veces se volvía fría y ausente, como si despertara de un sueño para atender al presente. Incluso llegó a sospechar de su estabilidad mental cuando, sin motivo, ella comenzaba a caminar nerviosa por la sala, excusándose con un supuesto dolor de muelas por el que jamás visitó al dentista.

El coronel alentaba estas atenciones. Pensaba que Henry sería un esposo mucho más estable que Chesterbrook y que Maud necesitaba un cambio drástico para librarse de sus recuerdos.

Un día, Henry llegó con un flamante automóvil de carretera.

—Voy hacia Oakdale para revisar la ruta del ferrocarril —le propuso—. ¿Te gustaría acompañarme? Las hojas empiezan a cambiar y será un paseo hermoso.
Pero ella negó con la cabeza.
—No me gusta ir hacia Oakdale —respondió—. Ve tú, yo iré en otra ocasión.

Días después, aceptó ir a cualquier otro lugar. Pasearon junto a un arroyo de montaña donde las hojas otoñales estallaban en rojos y dorados.
—Qué feliz se ve todo —suspiró ella—. Mira cómo corre el arroyo, sin que le importe adónde va. ¿Por qué no podemos ser así de despreocupados y libres?
Él quiso responder, pero guardó silencio. Al regresar, hablaron del ferrocarril.
—Te estoy aburriendo —dijo Henry al notar que hablaba demasiado de sí mismo—. ¿Qué le importan a una mujer estas cosas?
—Me importan las cosas que te interesan a ti —respondió ella rápidamente.

Sus miradas se encontraron. La de ella estaba llena de ternura, pero Henry creyó ver algo más detrás: duda o miedo. Aquella expresión lo persiguió mucho tiempo después de marcharse.

Días más tarde, la encontró en la biblioteca terminando una carta.
—Pronto tendré una visita —anunció Maud—. Una antigua compañera del seminario de Pensilvania a la que no veo hace años: Alice Devigney.
—No la conozco, pero creo haber oído su nombre.
—Seguramente. Iba a visitarme antes, pero su familia se fue a Europa y luego se establecieron en Chicago. Su esposo está en Canadá por negocios de madera, así que aprovechará para venir.
—Me alegra que vayas a tener compañía. ¿Es una mujer alegre? Me gustan las personas así.
—Oh, Alice solía ser muy divertida. Pero ahora está casada. El matrimonio calma a la mayoría de las mujeres, ¿no crees?
—Como nunca he sido mujer ni me he casado, no sabría decirlo —rio él—. Pero, en realidad, no veo por qué el matrimonio debería volverlas sombrías… quiero decir, quitarles la alegría del corazón.
—En el estado matrimonial las mujeres tienen muchas más

responsabilidades que cuando eran solteras.
—Deberían tener menos si sus esposos son del tipo adecuado, dispuestos a cargar ellos mismos con la mayoría de los problemas.
—Quizá lo intenten al principio. Pero pronto se cansan…
—No si aman a la mujer… si no ha habido un error…

Henry se detuvo al ver que el color abandonaba el rostro de ella. Maud se volvió y se inclinó sobre un cajón del viejo escritorio, buscando una estampilla que no lograba encontrar.
—¡Oh, cielos! Pensé que quedaban varias aquí.
—Yo me encargaré de enviarla. De hecho, pensaba pasar por la oficina de correos al salir —dijo él, tomando la carta y guardándola en el bolsillo.
—No vayas a olvidarla —dijo ella con picardía—. He oído que los hombres llevan cartas en el bolsillo durante semanas antes de recordarlas.
—Eso les pasa a los casados; pero nosotros… —rio él, y ella se sonrojó —. Veo que estás ansiosa por la llegada de tu amiga. Supongo que cuando esté aquí te olvidarás de mí.
—¡Oh, debes venir a conocerla, por supuesto! —interrumpió ella—. Te agradará si se parece en algo a la Alice de los días de escuela.

Salieron de la biblioteca hacia la sala. El piano estaba abierto por primera vez desde aquel fatídico día de la boda. Él lo notó con agrado y le preguntó si había estado practicando.
—Solo algunos ejercicios —respondió ella—. Papá insistió; decía que perdería la técnica.
—Aquí están varios de nuestros viejos favoritos —dijo Henry, hojeando un montón de partituras en un atril cercano—. ¿No tocarás algo para mí? Sabes cuánto amo la música.

—No pensaba tocar… —comenzó ella, y luego sonrió con tristeza—. Te acompañaré en una canción si quieres.
—Muy bien, aunque hubiera preferido escucharte sola. ¿Cuál elegimos?

Empezaron a revisar la música juntos, con las cabezas muy cerca la una de la otra. La tentación de estrecharla contra su pecho fue abrumadora para Henry, pero se contuvo; su amor le advertía que una declaración apresurada podría arruinarlo todo. Para dominar sus

impulsos, dio un paso atrás.

Mientras tanto, un pensamiento repentino cruzó la mente de Maud. Sus mejillas se encendieron y comenzó a pasar las partituras con rapidez.
—Aquí está aquel solo que solías cantar: "El niño sin hogar" —dijo ella —. ¿Aún lo recuerdas?
—Puedo intentarlo. ¿Pero no prefieres algo más alegre? "Poor Butterfly", o algo así.
—Esta servirá —respondió ella, colocando la música en el piano. Sus manos recorrieron suavemente las teclas en la introducción.

Era una pieza antigua y sencilla, pero él la cantó con un fervor que le arrancó lágrimas a ella. Cantaba para ella, y al llegar a los versos más patéticos, su voz se volvió ronca y casi se quebró.
—Cantas con mucho sentimiento —murmuró ella—, como si la idea tocara una fibra sensible en tu corazón.
—Las palabras son conmovedoras. Hay cientos de niños sin hogar en las ciudades por los que nadie parece preocuparse.
—Entonces la humanidad debería mover a la gente a tender la mano a esos pequeños… especialmente a quienes no tienen hijos propios.
—Estoy de acuerdo —replicó Henry—. Si un niño así llegara a mi vida, intentaría hacer algo por él.
—¿Lo acogerías en tu casa?
—Podría hacerlo, dependería de las circunstancias. Pero amo a los niños.

El rostro de ella se iluminó de repente.
—Ahora puedes cantar "Poor Butterfly" si quieres.

Maud tocó las teclas con un vigor que lo estremeció como una descarga eléctrica. Su aire grave había desaparecido, sustituido por una actitud casi alegre. Él no se opuso y cantó con tal brío que ambos terminaron riendo. Siguieron media docena de canciones más y, cuando Henry encontró un viejo dúo escondido entre los libros de música, ella aceptó cantarlo con él. Su voz lo conmovió como nunca antes.

No se sabe cómo habría terminado aquel encuentro, pero el coronel entró justo al final de la pieza y el tête-à-tête musical se interrumpió.

Sin embargo, cuando Henry Cross regresó a sus habitaciones, sentía que caminaba sobre nubes por tanta felicidad.

CAPÍTULO 11

Un misterio del pasado

Con un silbido ronco, el vapor de la tarde procedente de Mackanack Junction avanzó lentamente hacia el muelle de Lakeview. Había una multitud esperando ansiosa a familiares y amigos, y otra en la cubierta del barco deseando desembarcar. En el muelle también se encontraba el habitual grupo de curiosos que acudía simplemente para romper la monotonía de la tarde.

—¡Atrapen la cuerda de proa! ¡Sujétenla! ¡Ahora la de popa!
—¡Tiendan la pasarela! ¡Rápido!

El puente tocó el muelle y una oleada humana lo cruzó: hombres, mujeres y niños cargados con valijas, cañas de pescar, cámaras y raquetas de tenis.

—¡Alice!
—¡Maud! ¡Cómo has cambiado! Pero sigues tan hermosa como siempre.
—Tú no has cambiado nada. Y además, ahora estás casada.
—¿Acaso esperabas que el matrimonio me convirtiera en una anciana, querida? —Alice Devigney soltó una alegre risa mientras se fundían en un abrazo.

—Eres la misma de siempre —respondió Maud con un leve suspiro—. Tan vivaz como decía la señorita Breeker.
—¿Y por qué no habría de serlo? ¿Esperabas ver a una mujer mayor con el rostro lleno de arrugas? Pero ven, el coche nos espera.
—¿Y mi baúl, Maud? Aquí tengo el comprobante; lleva mi nombre: Señora Willard Devigney. Curioso que me casara con un pariente lejano del mismo apellido, ¿no?
—No te preocupes. Nuestro hombre lo recogerá más tarde. Traje el

coche ligero porque quería tenerte para mí sola en el camino a casa.

—¡Qué máquina tan hermosa! —comentó Alice al subir al automóvil—. Debes de salir mucho… ¡Ah! No quería mencionar el tema, pero lo siento tanto por ti, querida. Lloré hasta cansarme cuando supe la noticia de Allen. Y las autoridades no han descubierto nada aún, ¿verdad?
—¿A qué te refieres? —preguntó Maud, tensándose.
—Sobre quién fue el culpable.
—No —Maud apartó la mirada por un momento—. Podemos avanzar despacio y llegar a tiempo para la cena.

Durante el trayecto, hablaron de los cuatro años que habían pasado desde el seminario. Alice confesó que su vida había sido tranquila, salvo por la muerte de su padre enfermo, mientras que para Maud el tiempo parecía haber transcurrido con una lentitud pesada.

—¿Y quién más vive en la casa? —preguntó Alice admirando el paisaje —. ¡Qué lugar tan encantador!
—Nadie más, salvo los sirvientes. Vivimos retirados, pero tenemos libros, música, caballos y papá tiene un bote de motor en el lago.
—¡Eso es más que suficiente! ¿Montas a caballo? ¡Me encanta! Mira, ahí viene un caballero.

Maud miró rápidamente: —Es el señor Cross. Es un amigo de la familia. Trabaja en el nuevo ferrocarril que bordea el lago.

Henry Cross se detuvo lo suficiente para ser presentado a la señora Devigney. Prometió visitarlas al día siguiente y partió al galope hacia donde trabajaban sus topógrafos.
—Un caballero muy agradable —comentó Alice—. ¡Y qué voz tan dulce tiene!

Pronto llegaron a la mansión. Al ver al coronel saludando desde la terraza, Maud tomó a su amiga del brazo con fuerza.
—Quise hablar de esto antes, pero no me sentí con ánimos, Alice. Papá no sabe nada del pasado… absolutamente nada. La revelación lo mataría. Prométeme…
—No diré nada, querida. ¿Alguna vez he faltado a mi palabra? Conmigo tu secreto está seguro.

—Gracias; lo sabía. Pero a veces tengo tanto miedo…

Maud no dijo más. El coronel las recibió con entusiasmo y la cena fue la más alegre que la mansión había visto en meses. La sala resonó con charlas y risas; las nubes que habían ensombrecido el corazón de Maud parecían disiparse al fin. Después de la cena, compartieron canciones en el piano hasta que el cansancio las venció.

Se retiraron temprano, pero Alice no pudo resistir la tentación de pedirle a Maud que entrara en su habitación para "una charla tranquila" antes de dormir, una vez que ambas se hubieron puesto sus batas de seda.
—Estamos completamente solas, ¿verdad? —preguntó Alice, mientras Maud cerraba la puerta y se acercaba a la chimenea, donde una pequeña llama otorgaba a la estancia un aspecto acogedor.

—Sí, estamos solas. He despachado a Nancy; está demasiado ansiosa por irse a dormir como para desobedecerme.

—Quería que tuviéramos una charla íntima, ya sabes. Apenas me has preguntado nada sobre Willard —dijo Alice con un leve tono de reproche.

—Es cierto; pero siento que no he tenido tiempo para nada desde que llegaste, estoy tan feliz de tenerte aquí. ¿Dónde está él y a qué se dedica exactamente?

—Ahora está en Toronto. Es director de la Michigan Consolidated Lumber Company y dice que este año va a ganar una fortuna. ¡Oh, es un hombre espléndido! Debes conocerlo pronto. Está tan ocupado que no pudo acompañarme, pero traigo su fotografía en el baúl.

Alice habló sin interrupción sobre las virtudes de su esposo durante cinco minutos. Luego, de forma súbita, bajó la voz y se inclinó hacia adelante.

—Pero, Maud, dijiste que tu secreto es desconocido para tu padre. ¿Cómo lograste ocultárselo?

Maud Willowby había temido esa pregunta desde el momento en que

vio a su amiga en el muelle. Extendió una mano suplicante.

—¡Silencio, Alice! Alguien podría oírte —susurró con el rostro demudado.

—Pero si estamos solas, querida. Tú misma lo dijiste.

—¡Oh, Alice! En este tema temo incluso a las paredes.

—Eres demasiado aprensiva. Todo aquello ya pasó, ¿no es así?

—Sí —respondió Maud con un estremecimiento que recorrió todo su cuerpo.

—¿Y él… él está muerto?

—Sí.

—Entonces, ¿qué tienes que temer? ¿Estás segura de que tu padre nunca sospechó nada?

—¡No, jamás! Papá nunca soñó con algo así. Lo mataría saber cómo lo engañé… cómo los engañé a todos.

—Maud… —Alice la miró con fijeza—. No creo que llegaras a amarlo de verdad, ¿o sí?

—No lo sé… creo que no. Llegué a odiarlo después de… bueno, ya sabes.

—Sí, lo sé. Después de todo, querida, quizá sea mejor que esté muerto. Nunca fue tu igual, a pesar de todo su dinero.

Maud se hundió. Volviéndose hacia el respaldo de su silla, ocultó el rostro entre las manos y rompió en un sollozo amargo. En un instante, Alice estaba a sus pies, abrazándola.

—Vamos, no llores. No quise herir tus sentimientos, de verdad. Lamento haber mencionado este asunto tan desagradable; hablé sin pensar. Olvidémoslo.

—¡Oh, si tan solo pudiera olvidar! —clamó Maud entre lágrimas.

—El tiempo trae el olvido, ya lo verás.

—¡Nunca, Alice! Eso es algo que jamás podré borrar de mi memoria mientras respire.

Por una vez, la vivaz Alice Devigney quedó desconcertada. Comprendió que lo más sabio era guardar silencio hasta que Maud agotara su llanto. Tras una serie de besos de despedida, se separaron por esa noche.

Pero en su propia habitación, Maud Willowby no encontró descanso. Permaneció despierta, con los ojos fijos en el techo, perdida en un laberinto de pensamientos sobre el pasado que creía sepultado y el presente que amenazaba con derrumbarse.

CAPÍTULO 12

Una revelación

A la mañana siguiente, cuando Maud bajó a desayunar, se veía tan pálida y demacrada que el corazón de Alice Devigney se estremeció. Sin embargo, no se atrevió a decir nada frente al coronel; comprendió que el mayor deseo de su amiga era mantener a su padre en la absoluta ignorancia.

Los tres conversaron animadamente mientras tomaban el café. Justo cuando se levantaban, un sirviente trajo la correspondencia desde la oficina de correos de Lakeview.

—Dos cartas para ti, querida —dijo el coronel entregándole los sobres —. Y tres para mí. ¿Nos disculpa unos minutos, señora Devigney?
—Por supuesto —respondió Alice—. Quiero escribirle unas líneas a Willard —y se retiró a la biblioteca.

El coronel se concentró en sus asuntos, por lo que no notó cómo

Maud se sobresaltó al reconocer la caligrafía de uno de los sobres. Temiendo ser interrogada, salió de la estancia. En un rincón del pasillo, devoró el contenido de la misiva.

—¡Oh, Dios del cielo! ¿Por qué no escribió antes? —murmuró—. Debo ir de inmediato, sin importar lo que piensen. ¡Sería un tormento quedarme aquí!

Guardó la carta en el bolsillo junto a la otra —que en su agitación había olvidado abrir— y regresó al comedor. Antes de que pudiera hablar, su padre se adelantó:
—Tengo una carta de Grant Havadale. Debo ir hoy mismo al Junction por asuntos de la compañía. Me temo que tendré que dejarlas solas hasta la noche.

Maud forzó una risa. —Los negocios son los negocios, papá. Nos arreglaremos.

En cuanto el carruaje del coronel salió de la propiedad, Maud buscó a Alice en el jardín. Le explicó que una amiga estaba enferma y que debía partir de inmediato. Para no levantar sospechas, sugirió que John, el chófer, llevara a Alice a pasear en el automóvil.

Una vez en su cuarto, Maud se preparó con una celeridad inusual. Llenó su bolso con dinero de un cofrecito y salió a pie por el camino trasero de la finca. Al alejarse de la vista de la casa, se detuvo tras unos arbustos para transformar su apariencia: se cubrió con un velo oscuro que ocultaba sus facciones y se puso un chal gastado. Incluso su falda era más sencilla de lo habitual. Quien la hubiera visto, difícilmente habría reconocido en ella a la elegante señorita Willowby.

Mientras tanto, en la mansión, Henry Cross llegó a caballo pasado el mediodía. Se mostró visiblemente decepcionado al saber que Maud no estaba, pues esperaba que ella hubiera leído la nota que le envió esa mañana invitándola al lago. Alice, perspicaz y con deseos de enmendar la tensión de la noche anterior, invitó a Henry a pasar.

Pasaron la tarde en una sintonía excelente. Alice no tardó en confirmar lo que sospechaba: Henry estaba profundamente enamorado de Maud. Con astucia, elogió las virtudes de su amiga,

encontrando en Cross a un oyente más que dispuesto.

Casi a las seis, Maud regresó. Entró por la puerta lateral y se cambió antes de bajar. Su rostro ya no mostraba la angustia de la mañana.
—Lamento haberte fallado —le dijo a Henry—. No abrí tu carta hasta que ya estaba fuera de casa.
—He pasado un rato muy agradable gracias a la señora Devigney —respondió él galantemente—. Mañana podremos ir al lago, si te parece bien.

Maud aceptó. Cuando Henry se retiró, Alice acarició la mejilla de su amiga.
—Lo veo claro, querida. Es un joven espléndido y, además, es rico.
—La riqueza no me importa —respondió Maud bajando la vista.
—Pero lo amas, o al menos lo estimas mucho. No dejes que el pasado arruine tu futuro. Tú ibas a casarte con aquel Chester…
—¡No, Alice! —la interrumpió Maud con vehemencia—. ¡Ni una palabra más de ese tema o me marcharé ahora mismo!

Maud anhelaba estar sola con sus pensamientos. Se alegró cuando al fin llegó la hora de dormir. El cansancio la venció pronto, pero hacia la madrugada, el sueño se tornó en pesadilla. Justo al amanecer, se incorporó en la cama con un gemido de agonía.

—Y dicen que se suicidó —murmuró para la penumbra de la habitación—. ¡Vaya ceguera la nuestra!

Maud despertó por completo y saltó de la cama con un violento estremecimiento; el sudor frío perlaba su frente. Temblaba de tal manera que, durante diez minutos, fue incapaz siquiera de empezar a vestirse. Sin embargo, a la hora del desayuno, el horror de aquel sueño se había disipado y volvía a ser ella misma. Sugirió un paseo a caballo hacia el pueblo y el ejercicio devolvió a sus mejillas un color saludable.

A la hora convenida, Henry Cross llegó para llevarlas al lago. Pero justo antes de partir, Alice Devigney alegó un repentino dolor de muelas y se excusó en el último momento. Maud supo que era un pretexto, pero Alice se mantuvo firme. Como consecuencia, Henry y Maud salieron solos, mientras el joven agradecía en silencio a la fortuna que ciertos malestares aquejaran a algunas mujeres en el momento oportuno.

Era un día inusualmente cálido. La superficie del lago estaba tan lisa como el cristal, la condición ideal para una lancha motora. Bajo la guía de un veterano encargado, la embarcación de Cross se deslizaba veloz por el agua mientras ellos se acomodaban en la popa.

Se dirigieron hacia la orilla opuesta, salpicada de pequeñas islas. Desembarcaron en una de ellas para tomar un refrigerio y caminaron hasta una ladera con vistas al lago. Él se mostró sumamente atento; cuando ella tropezó al cruzar una hondonada, Henry la rodeó rápidamente por la cintura para evitar la caída. Su brazo permaneció allí un instante más de lo estrictamente necesario; ella no lo rechazó, y ese gesto lo volvió más audaz.

La condujo hasta un asiento rústico bajo la sombra de un árbol. El silencio entre ambos era elocuente. Henry observó las manos de Maud descansando sobre su regazo y, con arrebato, tomó una de ellas entre las suyas.

—Maud —susurró con la voz temblorosa de emoción—, no pienses que soy impulsivo. No puedo callar más. ¿No recuerdas los días felices del pasado? Te amo aún, Maud, más ardientemente que nunca, incluso más que cuando creí haberte perdido. No me rechazarás ahora, ¿verdad, querida?

Él se inclinó para buscar su mirada, sombreada por las largas pestañas de ella.
—¡Oh, Harry! Sí, lo sé, pero… pero…
—Sé lo que vas a decir: que soy demasiado apresurado, que no te he dado tiempo para reponerte del golpe…
—¡No, no es eso! Es que no me conoces del todo, Harry. Quisiera ser sincera contigo, pero… realmente no puedo.
—¿Pero me amas, Maud? ¡Oh, luz de mi vida, dame esperanza, porque tengo sed de tu amor!

Henry colocó con suavidad su mano bajo el mentón de ella y elevó su rostro. Maud no pudo —ni tuvo corazón para— escapar. Se entregó por fin a la dicha del momento.
—Sí, te amo, Harry. Te he amado a pesar de todo.
—¡Maud, mía! —exclamó él intentando estrecharla, pero ella lo

contuvo un instante.
—Ahora sabes lo mala que puedo ser —continuó ella—. Te amaba, y yo… yo…
—¡No importa lo que hayas hecho! Me basta con saber que me amas. ¡Gracias al cielo por ello!

Pese a la ligera resistencia de ella, Henry la estrechó con pasión contra su pecho. Corazón contra corazón. El pasado quedó, por un instante, completamente sepultado; el futuro, ignorado. Maud lo reconoció como el dueño de su vida. Sin importar lo que pudiera interponerse entre ambos a partir de ahora, conocerían al fin la dicha de haber amado.

CAPÍTULO 13

Un revés para el detective Hull

Cuando la señorita Frank Barton se enteró de la repentina huida de Violet Harding, sintió una profunda contrariedad, aunque se cuidó de mostrar ante la señora Callum una sorpresa apenas ordinaria.

—¿Se marchó? —comentó—. Ha sido algo repentino, ¿no cree?
—¡Vaya que sí! —exclamó la casera, visiblemente molesta—. No esperaba que me dejara la habitación libre sin previo aviso. Según dijo, estaba cansada de la oficina de tierras y le habían ofrecido un buen puesto en Brooklyn.

Frank Barton no perdió tiempo en localizar a Hull.
—Se ha ido y no dejó dirección —le informó, relatando los detalles.
—¡Humph! Debes haber despertado sus sospechas —murmuró él con fastidio.
—Fui extremadamente cuidadosa, Jack.
—Es una chica astuta, demasiado para mostrar que te había calado. Debemos averiguar adónde fue. Puedes apostar lo que quieras a que su destino no es Brooklyn.

A un hombre con los contactos de Jack Hull no le costó mucho retomar el rastro. Localizó al mozo que había transportado el baúl de

Violet y supo que este había quedado en un almacén. Ella, sin embargo, se había marchado a pie hacia Rayville, una zona rural tras el lago, cargando una pesada maleta. Tras un día de búsqueda, la localizaron en una granja que albergaba a varios huéspedes, entre ellos un anciano economista para quien Violet trabajaba como amanuense, pasando sus notas a limpio.

—Cree que ha escapado —sentenció Hull—. Recibió alguna advertencia y huyó para evitar el arresto. Es hora de apretarle las tuercas.

El detective esperó a que el autor terminara su trabajo y se marchara. Esa misma noche, vieron a Violet salir de la granja con su maleta, apresurándose hacia el camino por donde pasaba el transporte nocturno hacia el Junction.

—No podemos perder más tiempo —dijo Hull—. La confrontaré con las pruebas y la obligaré a confesar.

Violet Harding se sobresaltó violentamente al ser interceptada por un extraño en la oscuridad del camino. Estuvo a punto de gritar, pero él la sujetó con firmeza.
—¿Qué quiere de mí? —preguntó ella, forcejeando.
—¿No me recuerda? —inquirió él, buscando que la luz del cielo iluminara su rostro.
—No, no lo conozco —respondió ella, y decía la verdad; la agitación del encuentro en el acantilado semanas atrás le había impedido fijarse en su rescatador.

—No importa. Tengo asuntos pendientes con usted, señorita —dijo Hull con severidad—. Supongo que sabe perfectamente por qué la busco.
Él clavó sus ojos agudos en ella, esperando verla desmoronarse, pero solo encontró desconcierto.
—No sé quién es usted ni por qué me detiene. Déjeme ir o gritaré pidiendo auxilio.
—No servirá de nada, Violet Harding. Queda arrestada por el asesinato de Allen Chesterbrook.

Hull lanzó la acusación con todo el dramatismo del que era capaz. Ella

lanzó un grito de puro terror y lo miró horrorizada. Durante unos segundos, el aire pareció faltarle.
—¡Usted cree que yo maté a Allen! —exclamó al fin con voz entrecortada—. ¡Está loco! ¡Él era mi… mi mejor amigo!

—¿Se atreve a negarlo? Tengo pruebas irrefutables de su culpabilidad.
—¡No tiene nada, porque soy inocente! ¡Oh, Dios mío! ¿Quién es usted?
—Soy un detective de Nueva York y la he vigilado desde el día del crimen. ¿Niega que visitó a Allen Chesterbrook la mañana de su boda?
—Jamás lo visité.
—¿Está dispuesta a jurar que nunca entró en sus habitaciones?
—¿En sus aposentos? Sí, lo juro.
—Entonces —dijo Hull con una sonrisa gélida—, explique cómo es que encontré esto en su propia cómoda.
—Puede que tenga lo que usted considera pruebas. Pero no lo son; no pueden serlo, porque yo no estuve allí.
—¿Sabe de quién era la daga que mató a Allen Chesterbrook?

Violet lanzó un grito de angustia. Hull vio que ese golpe, al menos, había dado en el blanco.
—¡Sí, sí! —clamó ella—. ¡Oh, por qué me tortura de esta manera!
—Porque la ley me obliga. El mundo debe conocer la verdad —respondió él con severidad—. Fue asesinado con una daga que le pertenecía a usted.

Ella se estremeció, a punto de desvanecerse. Hull prosiguió, recordándole las cartas y el dinero que Chesterbrook le enviaba.
—Él era mi amigo… mi mejor amigo —insistió ella.
—¿Y nada más?

Violet bajó la cabeza y el rubor encendió sus mejillas. —Nada más —respondió en un susurro.
—No dice la verdad. Él significaba algo para usted…

—¡Deténgase, señor! —De pronto, el temperamento volcánico de la joven estalló—. Podrá ser detective o un oficial de la ley, pero está yendo demasiado lejos. Incluso la justicia debe respetar la privacidad, y los detectives deberían intentar comportarse como caballeros —

añadió con un dejo de sutil ironía.

Hull se sintió descolocado. Aquella no era la respuesta de una criminal acobardada.
—Si no estuvo en su habitación, explique cómo lo mataron con su daga.
—No puedo explicarlo, salvo decir que ese objeto estaba en posesión de él desde hacía tiempo. Era de mi abuelo, Vincent Harding, y me alegré de deshacerme de él.
—¿Se lo dio a Chesterbrook?
—Sí. Lo vio en la oficina; yo lo usaba como cortapapeles, aunque me desagradaba por las historias sangrientas que mi abuelo contaba sobre esa arma.

Hull estuvo a punto de mencionar los cabellos dorados y la horquilla hallados en la escena, pero se contuvo.
—Si es inocente, debería poder probar una coartada.

—¡Puedo hacerlo! —exclamó ella con un asomo de victoria—. Aquella mañana, antes de las nueve, estuve en casa de la señora Bidwell, una mujer enferma. Me quedé allí casi una hora. Ella puede probarlo, y también el doctor Parlington, el ministro, que se encontraba allí en ese momento.

Jack Hull sintió como si el suelo desapareciera bajo sus pies. Había descuidado investigar los movimientos de la joven en ese intervalo crucial y ahora ella le presentaba testigos de una solvencia incuestionable: un médico y un clérigo. Se sintió como un principiante.

—¿Y por qué huyó de casa de la señora Callum ocultando su destino? —preguntó él, intentando salvar los muebles.
—Tengo mis razones privadas para ello, y nada tienen que ver con este terrible suceso. ¿Qué podría averiguar una pobre muchacha como yo, cuando un "gran detective" como usted ha fracasado?

La ironía de Violet fue un dardo directo al orgullo de Hull. Derrotado, la dejó marchar en la diligencia que acababa de llegar al camino, levantando una nube de polvo rojo.

Esa misma noche, Frank Barton confirmó la coartada. Visitó a la señora Bidwell y regresó con la noticia: Violet decía la verdad. Encontró a Jack Hull mordiendo con furia un cigarro apagado. Comprendió, con una mortificación que le quemaba las entrañas, que había estado siguiendo una pista falsa desde el principio.

CAPÍTULO 14

Una nueva teoría

Cuando Frank Barton se marchó, era evidente que Jack Hull no estaba de buen humor. Fumó tres cigarros fuertes en rápida sucesión, mordiendo con ansiedad las boquillas, mientras una mueca sombría nublaba su rostro.

—Nunca me habían tomado por tonto de esta manera —murmuró—. ¡Nunca! Mejor me iría al campo a ser granjero, aunque ni siquiera sabría resguardarme de la lluvia.

Al fin comenzó a caminar por la habitación, señal de que se entregaba a una reflexión profunda. Se quitó el saco y, durante la siguiente hora, debió de recorrer al menos tres millas dentro del cuarto. Finalmente se detuvo de golpe, como si una nueva idea hubiera iluminado su mente.

—Voy a trabajar en esto y ver qué resulta —sentenció.

Cumplió su palabra. A la mañana siguiente envió a su asistente de regreso a Nueva York y comenzó a cultivar la amistad de varios jóvenes que frecuentaban el bar y la sala de billar del hotel. Se hizo cercano a uno en particular, Ned Degroot, un hábil jugador de billar. Entre partidas, Hull lo interrogó sobre Henry Cross.

—Oh, Henry siempre estuvo prendado de ella —dijo Ned—. Se habría casado con ella antes que Chesterbrook, si hubiera tenido la oportunidad.
—Parecen muy amigos ahora —respondió Hull, tiza en mano.

—¿Lo son? Bueno, supongo que Cross no lamenta que el pobre Allen esté fuera del camino. Incluso llegaron a las manos una vez.

Hull fingió desinterés mientras Ned relataba una violenta pelea en el Charity Ball de enero. Al parecer, Chesterbrook había borrado el nombre de Cross de la tarjeta de baile de Maud para sustituirlo por el suyo.
—Cross lo agarró por la garganta, lo empujó contra la pared y juró que lo mataría —añadió Degroot—. Estaban furiosos.

El detective, que ahora se hacía pasar por un joven de la alta sociedad de Filadelfia, tomó nota mental. Su siguiente paso fue ganarse la confianza de Mark Jepson, el muchacho de dieciséis años que cuidaba la oficina de Cross. De él supo que, la mañana del crimen, Henry estuvo en su despacho a las ocho y luego regresó a sus habitaciones para vestirse para la boda.

—Por su propia confesión, estuvo en el edificio desde las nueve hasta que se encontró el cuerpo —reflexionó Hull—. Veamos si realmente pasó tres cuartos de hora vistiéndose.

Hull decidió que debía infiltrarse en el lugar de los hechos. Tras ponerse una barba postiza y cambiar su indumentaria, buscó a Jackson, el portero del edificio de apartamentos. Fingiendo ser un estudioso de la teosofía y el espiritismo, pidió ver las habitaciones vacantes de Chesterbrook.

—¡Un asesinato! —exclamó Hull cuando Jackson le advirtió sobre el pasado del cuarto—. Entonces supongo que estarán llenas de fantasmas. ¡Excelente! Deseo estudiar fenómenos de ese tipo.

Jackson, convencido de que tenía delante a un loco, lo condujo al apartamento. Todo estaba impecable, ventilado y luminoso.
—Soy meticuloso con mis vecinos —dijo Hull—. ¿Quién vive arriba?
—Un caballero llamado Henry Cross, señor. Una persona muy tranquila y respetable.
—¿Seguro? No me gusta el ruido mientras estudio.
—Casi ni se le oye entrar o salir, señor. Jamás recibe visitas.

—Eso me conviene —concluyó Hull—. Tomaré las habitaciones.

Acordaron el precio y la disposición de los muebles que estaban guardados en el ático. El detective Hull estaba ahora exactamente donde quería: bajo el mismo techo que su nuevo sospechoso, listo para escuchar cada paso que Henry Cross diera sobre su cabeza.

—Prepárelo todo; vendré esta tarde. Aquí tiene mi tarjeta y un par de referencias de Boston.

Tras unas palabras cordiales, el detective se marchó. Regresó al atardecer con un transportista y un par de baúles para tomar posesión del lugar. Jack Hull sonrió con dureza al quedarse solo: estaba instalado en los aposentos del muerto para dar caza al asesino. Un hombre sensible habría temblado al dormir en la cama de Chesterbrook o al pisar la alfombra que cubría las manchas de sangre, pero Hull habría dormido junto a un cadáver con tal de desentrañar el misterio y sumar laureles a su carrera.

—Ahora tendré la oportunidad de vigilar a Henry Cross —reflexionó— y de observarlo cuando menos lo sospeche.

Hull recordaba que las habitaciones de arriba eran idénticas a las suyas. Su plan era audaz: abrir un acceso a través del techo del clóset para entrar en el apartamento de Cross cuando este no estuviera. Esa noche no pudo actuar, pues escuchó a Cross caminar sobre su cabeza durante media hora antes de que todo quedara en silencio.

A la mañana siguiente, en cuanto Cross salió hacia su oficina a las ocho y media, el detective se encerró con su bolsa de herramientas. Colocó una silla en el clóset y, sobre ella, un banquito. Con una lámpara de mano y un martillo, trepó para comenzar el examen.

El clóset estaba revestido con tablas estrechas de cedro aceitado. El trabajo era deficiente y varias tablas estaban flojas; las retiró sin esfuerzo. Al introducir el mango del martillo entre las vigas, notó que el piso superior estaba firmemente clavado.

Hull bajó, apagó la lámpara y decidió cambiar de táctica. Subió sigilosamente las escaleras y, tras manipular la cerradura de Henry Cross con un alambre, entró en su apartamento. Fue directo al clóset

superior. Estaba lleno de ropa, zapatos, equipo de pesca y una escopeta. Tras despejar el suelo, se arrodilló a examinar las tablas.

—¡Ah! —exclamó suavemente al notar algo extraño en la carpintería.

—Clavos de diez centavos en el exterior… pero clavos de seis centavos en este cuadrado entre las vigas —murmuró—. Y la mitad puestos contra la veta. Un carpintero aficionado puso este parche. Me pregunto hace cuánto.

Tras devolver todo a su sitio, registró el escritorio de la estantería. Entre papeles de negocios, un cuaderno suelto captó su atención. En una de las hojas leyó:

"Maud: Después de pensarlo mucho, he decidido que es mejor para ambos que nuestro compromiso termine. Siento que no podemos ser felices juntos. No me busques; cuando leas esto, estaré más allá del alcance de cualquier voz humana. Adiós. —Allen."

Hull lo leyó tres veces, con el ceño fruncido.
—¿Qué es esto? Una carta de ruptura e insinuación de suicidio. ¿Quién la escribió? Cross no tenía motivo para redactarla, a menos que fuera hace años. ¿La escribió el propio Chesterbrook? Y si fue él, ¿qué hace aquí?

Se llevó el papel a su habitación y lo comparó con muestras de la letra del difunto que conservaba de la investigación.
—Es su letra, sin duda. ¿Por qué querría romper el compromiso? —Se detuvo en seco—. ¿O es una falsificación maestra? La grafía es algo más apretada y pesada. Si es falsa, ¿qué significa?

Comenzó a caminar de un lado a otro, entusiasmado con la nueva teoría.
—Si él lo hizo, es un maestro del crimen. Eliminar al rival, hacerse pasar por generoso y ganar así la mano de la prometida. Henry Cross, no me extraña que seas tan reservado. No necesitas amigos cuando puedes confiar en ti mismo.

Hull estaba convencido: el coronel Willowby probablemente estaba al

tanto, lo que explicaría su falta de interés en buscar al asesino. "Jack Hull", se dijo a sí mismo, "al fin estás en el camino correcto".

CAPÍTULO 15

Un encuentro inesperado

Cuando, mucho después del atardecer, Maud Willowby regresó a casa acompañada por Henry Cross, el joven se sentía demasiado abrumado por la felicidad como para enfrentarse al coronel o a Alice Devigney. Maud le había suplicado que guardaran silencio sobre su compromiso por un tiempo, y él había accedido; sentía que, de entrar en la mansión, la verdad brillaría en su rostro con demasiada fuerza. Se despidió con un tierno beso en la verja y se marchó tarareando, sin sospechar el amargo despertar que le aguardaba.

A la mañana siguiente, un mensaje urgente lo reclamó en la línea del nuevo ferrocarril. Los topógrafos enfrentaban dificultades técnicas en Kelly's Gap que solo él podía resolver. Henry partió a caballo, llevando consigo un impermeable y una manta para el animal, pues el cielo amenazaba tormenta.

En Kelly's Gap, la tensión era máxima: un viejo granjero, escopeta en mano, prohibía el paso de las cuadrillas por sus tierras. Cross, haciendo gala de su diplomacia, logró calmar al hombre y, tras una conferencia de dos horas y el pago de una compensación por parte de la compañía, despejó el camino para las obras.

—No quiero más retrasos —ordenó a los capataces—. El invierno se acerca y el trazado debe estar listo.

Cerca del anochecer, otro aviso lo obligó a desviarse hacia Cherrytown para inspeccionar un cargamento de durmientes defectuosos. Tras un viaje tedioso bajo la lluvia y una noche en una posada local, emprendió el regreso hacia Oakdale a la tarde siguiente. El viento soplaba con una violencia gélida, obligándolo a buscar refugio con su caballo, Dan, tras unas rocas cerca de un puente de

hierro.

Fue entonces cuando la vio.

Al otro lado del torrente, una mujer avanzaba con dificultad contra el vendaval. Vestía con sencillez, protegida por un chal rojo y un velo oscuro que le cubría el rostro. Henry la observó con curiosidad, preguntándose quién se aventuraría por aquel sendero escarpado en tal clima. De pronto, una ráfaga brutal la arrojó contra unos arbustos, desprendiéndole el sombrero y el velo.

Henry quedó mudo de asombro. Era Maud Willowby.

Su primer impulso fue correr hacia ella, pero la reflexión lo detuvo en seco. Maud estaba allí sola, disfrazada y en una dirección opuesta a su casa. Recordó que ella siempre había expresado una extraña aversión hacia Oakdale, negándose incluso a pasear por sus alrededores. Los celos y la sospecha se apoderaron de él. ¿Qué secreto era tan importante como para llevarla a ese lugar desolado?

Decidió seguirla. Ató a su caballo en la espesura y cruzó el puente sigilosamente. La siguió a través de un camino embarrado, ocultándose tras los troncos empapados cada vez que ella parecía detenerse. Finalmente, vio a Maud desviarse hacia una cabaña de piedra oculta en un claro de la ladera.

Maud llamó a la puerta trasera. Una mujer mayor le abrió y la joven entró rápidamente, cerrando tras de sí. Henry Cross, oculto entre los matorrales, contuvo el aliento. Estaba seguro de haber tropezado con un secreto trascendental; ningún asunto ordinario habría traído a Maud Willowby a esa cabaña solitaria en una tarde tan desagradable.

La cabaña tenía pocas ventanas, cada una cubierta con una cortina blanca en un rodillo de madera anticuado. Maud no llevaba dentro ni dos minutos cuando todas las cortinas de la casa fueron cerradas herméticamente, a pesar de que afuera aún había bastante claridad.

—Teme ser observada por algún transeúnte —pensó Henry Cross, y esto redobló su curiosidad por desentrañar el enigma.

Con las cortinas bajas, encendieron una lámpara en la sala principal y la colocaron sobre una mesa central. Esto proyectaba sombras fantásticas sobre la rígida muselina blanca, figuras que se volvían más nítidas conforme avanzaba la tarde. Arriesgándose a ser descubierto, Henry se acercó a la cabaña y la rodeó por completo. Finalmente, tomó posición tras un manzano torcido en el lado sur, el único punto que le permitía vislumbrar algo de lo que ocurría en el interior.

Durante un largo rato, las siluetas de la anciana y de Maud se delinearon tenuemente sobre la tela. Por sus gestos, Henry comprendió que mantenían una conversación de suma gravedad.

—Si no fuera un lugar tan solitario y un día tan desagradable, no sospecharía —murmuró—. Pero ¿qué podría traerla aquí…? ¡Ah!

Henry se tensó. Maud Willowby se había acercado a la ventana. Se inclinó y, al instante, Henry la vio sosteniendo a un niño en brazos. Lo estrechó contra su pecho, lo besó con fervor varias veces y luego lo dejó fuera de su vista.

El joven se sobresaltó, abrumado por el descubrimiento. Pero no hubo tiempo para conjeturas: escuchó cómo se descorría el cerrojo de la puerta trasera y Maud salió apresurada. La anciana la siguió hasta el porche.

—Oh, sí, supongo que todo está bien —exclamó la mujer con una voz aguda y desagradable—, ¡pero quiero el dinero!
—Lo tendrá, señora Darrow, no tema —interrumpió Maud con urgencia—. En unos días recibiré mi asignación trimestral y se lo traeré.
—La factura del médico fue elevada. Ese doctor no vendría hasta aquí a atender al niño si no estuviera seguro de cobrar una buena tarifa.
—Todo se pagará, se lo aseguro.
—Esperaré una semana, no más. Si el dinero no llega para entonces, iré y contaré…
—¡Silencio!

La voz de Maud estaba cargada de terror. Bajó el tono a un susurro que Henry no alcanzó a oír. Tras unos momentos, la puerta se cerró y Maud huyó por el sendero. Pasó tan cerca de donde Henry se

ocultaba que él pudo notar que estaba al borde de un ataque de nervios. Ella comenzó a correr y pronto se perdió bajo la lluvia, que ahora caía a torrentes.

Durante cinco minutos, Henry permaneció inmóvil bajo la tormenta. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Qué clase de misterio involucraba a la mujer que amaba con un niño oculto en esa cabaña?

—Estoy acosado por sospechas terribles —murmuró—. Debo investigar esto. No puedo volver a casa sin intentar descubrir el significado de la conducta de Maud.

CAPÍTULO 16

El hijo de alguien

Henry Cross esperó diez minutos para asegurarse de que Maud se había alejado lo suficiente. Bajo la lluvia torrencial, se acercó a la cabaña y llamó a la puerta. La anciana lo recibió con desconfianza, pero la astucia de Henry y la promesa de un pago generoso por refugio y comida vencieron su resistencia. La avaricia de la mujer, la señora Darrow, era evidente; el brillo del dinero siempre le resultaba aceptable.

Mientras se calentaba junto a la estufa de la cocina, Henry observaba el entorno. La mujer le ofreció café y conejo asado, mencionando que su marido estaba trabajando en el lago. Fue entonces cuando el pequeño apareció tímidamente desde la habitación contigua.

—¿Cómo estás, pequeño? —preguntó Henry.
—Roy ha estado enfermo —balbuceó el niño, que aparentaba apenas cinco años. Era delgado, de cabello rizado y rubio, con unos ojos azules profundos que cautivaron de inmediato la atención de Cross.

La mujer explicó que el niño había sufrido un ataque de crup. Henry, intentando ganarse su confianza, le ofreció una moneda brillante, pero el pequeño Roy la rechazó con tristeza: en aquel aislamiento, ya no recordaba lo que era una tienda de dulces. Ante la curiosidad de

Henry, la mujer se mostró evasiva sobre la paternidad del niño y lo envió de vuelta a la otra habitación con un gesto severo.

Poco después, un golpe y un grito de dolor tras la puerta cerrada revelaron el trato áspero que la señora Darrow daba al pequeño cuando este pedía luz por miedo a la oscuridad. Henry, indignado pero calculador, ideó un plan para quedarse a solas con Roy. Fingió escuchar un ruido en el establo, sugiriendo que el ganado se había soltado.

—Yo saldré por usted —se ofreció Henry, fingiendo luchar con sus botas mojadas—. ¡Maldita sea! No entran.
—No importa, iré yo —respondió la mujer, echándose un saco sobre la cabeza y saliendo a la tormenta.

En cuanto la puerta se cerró, Henry entró en la sala oscura y encontró a Roy llorando en un diván.
—No llores más —susurró con amabilidad—. ¿Quién es Mammy Darrow? ¿Es tu madre?
—¡Oh, no, señor! Mi mamá es una buena señora… solo que me hace quedarme aquí —sollozó el pequeño.

Henry sintió un vuelco en el corazón.
—¿Cuál es el nombre de tu mamá?
—Mamá es una buena señora —repitió el niño, evidenciando que había sido instruido para no dar nombres.
—¿Y dónde está tu papá?
—Papá está muerto —respondió Roy con la indiferencia de quien repite una lección aprendida.

Henry estaba a punto de obtener la confesión que tanto temía y deseaba a la vez. El parecido físico del niño y la situación clandestina apuntaban a una dirección que amenazaba con destruir su idealizada imagen de Maud.
—Porque no puede… el gran oso negro se la comerá —dijo el niño con los ojos brillando de valor—. ¡Roy va a pelear con el oso cuando crezca y lo matará!

—¿Cuál es tu otro nombre, Roy?
El pequeño lo miró con vacío. —Solo tengo nombre Roy. Mamá dice

que es un nombre bonito.

Henry sintió que el aire se espesaba. —¿Mamá viene a verte seguido?
—Viene de vez en cuando… el oso negro no la deja venir más.
—Me gustaría ayudarte con ese oso para que pudieras irte con ella. ¿Vino cuando estabas enfermo?
—Sí, y después también. Estuvo aquí hoy… ¡Ay, Roy no quería decir tanto! —El niño hizo un puchero, temiendo haber roto una regla sagrada.

—No importa —Henry apartó el rostro, temiendo que el pequeño notara su turbación—. No se lo diré a nadie. Así que vino hoy… ¿bajo toda esta lluvia? Se fue justo antes de que yo llegara, ¿verdad?
—Sí, justo antes —respondió Roy con inocencia.

Aquellas palabras fueron una puñalada. Henry apenas pudo contener un gemido; la verdad era demasiado afilada. Giró para que la lámpara de la cocina iluminara el rostro del niño: el parecido era irrefutable. Eran los mismos ojos azules de Maud; aquel cabello pronto sería idéntico al de ella. Maud Willowby era, sin duda, la madre de aquel niño.

Sintió un impulso frenético de huir hacia la tormenta, donde los elementos pudieran ahogar el nudo que lo estrangulaba. Intentó calmarse para no asustar más a Roy.
—¿Cuántos años tienes? —jadeó. El niño, asustado por el tono, comenzó a llorar. —Vamos, no llores. Escucha, Mammy Darrow regresa. Le pediré que te dé luz, pero no le digas que hablamos. Una última cosa… ¿mamá tiene los ojos azules y el cabello dorado como tú?
—Sí… solo que los ojos de mamá son más azules —balbuceó el pequeño.

Henry Cross gimió de dolor. —Eso es todo, Roy. Buenas noches.

Cuando la señora Darrow regresó del establo, Henry fingió que había cerrado la puerta para protegerse del viento. Pagó un dólar por la hospitalidad y, tras pedirle a la mujer que le diera luz al niño, se lanzó a la oscuridad.

Avanzó como un ciego, tropezando por el sendero embarrado. Al llegar a su caballo, los cabos sueltos empezaron a unirse en su mente: las canciones tristes al piano, su supuesta aversión a Oakdale… todo era una fachada.
—Quería casarse conmigo y luego traer al niño como adoptado —murmuró—. Pero, ¿quién es el padre? No pudo ser Chesterbrook… él no la conocía hace tanto tiempo. ¿O sí?

De pronto, Henry recordó el papel que había encontrado en el escritorio de Allen Chesterbrook la mañana del crimen. Las palabras grabadas en su cerebro cobraron un nuevo y siniestro sentido.
—¡Chesterbrook tenía un motivo! —susurró con voz ronca—. Él descubrió el secreto. Supo que ella no era la mujer que aparentaba. ¡Y pensar que yo arriesgué tanto por ganarla!

Hundió las espuelas en su caballo y partió en un galope frenético. El mundo de Henry Cross se había desmoronado: la imagen de la joven dulce e inocente había sido sustituida por la de una mujer con un pasado culpable y un secreto que, ahora sospechaba, podría haber sido el detonante de una tragedia.

CAPÍTULO 17

¿Una pesadilla, o qué?

Jack Hull había vuelto a fumar cigarros suaves, una señal inequívoca de que su mente estaba tranquila y segura de haber hallado el camino correcto. Tras una franca conversación con el coronel Willowby, en la que este último admitió desesperadamente la teoría del suicidio para proteger la honra de su hija, Hull se marchó riendo para sí: las cuerdas alrededor de Henry Cross se apretaban cada vez más.

Incluso había localizado el martillo y los clavos de seis centavos en la oficina de Cross, confirmando que el joven los llevó allí dos días después del crimen. Satisfecho, Hull incluso se permitió asistir a una función de minstrel en la Ópera de Lakeview. Pero esa noche, pasada la medianoche, ocurrió algo que sacudió sus cimientos.

Hull estaba en su habitación cuando escuchó pasos arriba. Henry Cross se había levantado. Al asomarse, el detective vio una figura en pijama bajando las escaleras con paso incierto y los ojos entornados.

—¡Por Dios! Está caminando dormido —susurró Hull.

El portero Jackson apareció, alertado por el ruido, pero Hull le tapó la boca con fuerza.
—¡Silencio! No lo despierte. Quiero estudiar esto; es parte de mis estudios teosóficos —mintió el detective, temblando de expectación ante lo que el inconsciente de Cross pudiera revelar.

Ambos siguieron a Cross como sombras. El joven entró en la antigua habitación de Chesterbrook. Sostenía un trozo de papel marrón y, con paso firme, se dirigió al lugar donde solía estar el escritorio de la víctima, dejando el papel sobre uno de los baúles de Hull.

Luego, Cross se dirigió al clóset de la esquina. Se detuvo allí durante varios minutos que a los observadores les parecieron eternos. De pronto, su semblante se endureció, sus puños se cerraron y se inclinó como si fuera a lanzarse sobre alguien. Avanzó hacia la cama y, al pasar junto al buró, tomó un cepillo de pelo por el mango, empuñándolo como si fuera una daga.

Con un movimiento lleno de odio, asestó un golpe en el aire. El cepillo cayó con un golpe sordo sobre la alfombra.

—¡Santo cielo! —exclamó Jackson, pero Hull volvió a silenciarlo.

Un visible temblor sacudió el cuerpo de Henry Cross. Pareció luchar contra enemigos imaginarios y, tras dominarlos o escapar de ellos, huyó de la habitación hacia la puerta por la que había entrado, dejando tras de sí una escena que, para Hull, era la reconstrucción exacta del asesinato.

Jack Hull y Jackson intentaron seguirlo, pero Henry Cross fue demasiado rápido. Antes de que pudieran alcanzar el rellano, el joven ya había desaparecido en su habitación. Escucharon el giro de la llave y el crujido de la cama; luego, el silencio absoluto volvió a reinar en el edificio.

—¡Se ha vuelto a acostar! —susurró Jackson con la voz quebrada por la agitación.
—Sí —respondió Hull secamente—. Su pesadilla ha terminado por ahora.

El portero estaba visiblemente trastornado. La imagen de Cross empuñando el cepillo como un arma letal lo perseguía. Hull, aprovechando el estado de shock del hombre, lo condujo de nuevo a su sala y lo obligó a sentarse.

—¿Sabe toda la historia, señor? —preguntó Jackson, buscando una explicación lógica que no fuera la que dictaba su instinto—. ¿Que el pobre señor Chesterbrook fue apuñalado allí mismo?
—Lo sé todo, Jackson —sentenció Hull con los ojos brillando de satisfacción—. Sé que Cross ocupa la habitación de arriba y la ocupaba el día del crimen. ¿Qué piensa usted de esto? ¡Dígalo de una vez!

—Me parece… me parece como si hubiera cometido el asesinato y ahora las pesadillas lo delataran —balbuceó el portero—. Pero el señor Cross es un caballero…
—Los caballeros también pueden cometer actos violentos cuando están exaltados —replicó el detective con brusquedad.

Hull, viendo que tenía al testigo donde quería, le exigió una promesa: silencio absoluto durante una semana.
—Mantenga la boca cerrada y vigile conmigo —le ordenó—. Le doy mi palabra de que antes de que termine la semana verá y oirá cosas que nunca sospechó.

Jackson aceptó, aunque seguía negándose internamente a creer que un hombre como Cross fuera capaz de tal atrocidad. Salió de la habitación y cruzó el pasillo en penumbra a toda prisa, como si el fantasma de Chesterbrook le pisara los talones. Pasó la noche en vela, presa del terror.

Jack Hull tampoco durmió. Permaneció alerta, con el oído pegado al techo, esperando el más leve sonido del piso superior. Pero Henry Cross no volvió a moverse. A partir de esa noche, el detective cambió

sus hábitos: vigilaba hasta el alba y dormía hasta el mediodía, dedicando sus tardes a forjar, con una paciencia gélida, los últimos eslabones de la cadena de pruebas alrededor del desprevenido inquilino de arriba.

CAPÍTULO 18

Lo que recordó Jimmie

Un gran cambio había sobrevenido en Henry Cross. Su paso ya no era elástico, la peculiar sonrisa que solía iluminar su rostro había desaparecido, y se veía viejo y demacrado. “Debe estar cayendo en una tisis fulminante”, decían algunos; y otros respondían con guiños maliciosos: “Oh, está enamorado, y su chica lo ha dejado”. Había acordado con Maud Willowby visitarla al día siguiente, pero envió un recado excusándose, diciendo que sus negocios requerían toda su atención por unos días.

La noche posterior al terrible descubrimiento había sido espantosa. Durmió solo a ratos, y su mente se vio perturbada por cosas tan horribles que se alegraba cuando volvía la conciencia. Y aun así, el despertar era igualmente doloroso. Incapaz de revisar documentos legales en su oficina, desayunó temprano y fue al establo por su caballo.

—Daré un paseo, quizá me haga bien —razonó.

La tormenta del día anterior había despejado, dejando el cielo brillante de sol. Los caminos estaban fangosos, pero no le importó, y apenas salió de Lakeview se lanzó a un galope frenético. Aunque estuvo tentado de volver a la solitaria cabaña de piedra en el bosque para aprender más sobre el misterio del niño, algo lo hizo cambiar de idea y siguió hacia Cherrytown. Allí, el trabajo con la cuadrilla del ferrocarril le permitió olvidar por un tiempo aquello que lo estaba enloqueciendo.

Al mediodía, mientras se dirigía a Oakdale, se encontró con un coche conducido por una figura de uniforme azul y botones plateados. Una voz familiar lo llamó:

—¡Señor Cross!

Era Jimmie Neirney. Henry redujo la velocidad; no lo había visto desde los días del juicio. Jimmie le explicó que ahora trabajaba como ayuda de cámara, cochero y mayordomo, todo en uno. Tras una breve charla sobre su nuevo empleo, el hombre se puso serio.

—¿Han averiguado algo los policías sobre el pobre señor Chesterbrook? —preguntó Jimmie—. No oigo muchas noticias aquí.
—Hasta donde sé, no han descubierto nada. Creo que han abandonado el caso.
—¡Maldita sea! El señor Chesterbrook era demasiado buen hombre para que su asesino se libre tan fácil.
—No tenían pistas —respondió Cross—, así que no sabían en qué dirección buscar.

Jimmie sugirió que los oficiales no se esforzaron por falta de recompensa, pero aseguró que él entregaría al asesino de inmediato y sin cobrar un centavo si supiera quién es. Justo cuando Henry se disponía a adelantarlo, Jimmie lo detuvo otra vez.

—Algo me ronda la mente, señor, desde hace tiempo. No lo pensé en absoluto en el juicio… estaba demasiado alterado.
—¿Algo sobre el caso? —preguntó Cross rápidamente.
—Fue sobre una mujer, señor —confesó Jimmie—. Una mujer que vi salir de la casa por la puerta trasera esa mañana. Me olvidé por completo de ella hasta que vine aquí.

Henry se interesó de inmediato. —¿Viste a una mujer salir del edificio la mañana del asesinato?
—Así fue, señor… o casi estoy seguro. No le presté mucha atención en ese momento.
—¿Y salió por la puerta trasera? ¿A qué hora?
—Debió ser poco después de las nueve, señor. Bajé a hablar con Jackson un rato antes de que llegara el coche por el señor Chesterbrook.
—¿Viste su rostro?
—No, señor. Tenía un velo.
—¿Recuerda algo de su aspecto? ¿Era alta o baja?

—Más bien alta, señor.
—¿Y cómo iba vestida? Intente recordar. Esta pista puede ser importante.

El cochero no imaginaba lo que pasaba por la mente de su interlocutor.
—Si tuviera que adivinar, diría que llevaba un chal rojo, señor —respondió Jimmie lentamente—. Pero sería solo una suposición.
—Tenía un chal. ¿Está seguro de eso?
—Diría que sí, señor.
—¿Y su vestido era oscuro o claro?
—Era oscuro… negro o marrón. ¿Pero cree que tuvo algo que ver con ello?
—No lo sé. ¿De dónde venía?
—No puedo decirlo. Estaba bajando las escaleras cuando escuché el roce de una falda, y la vi salir por la puerta trasera al patio, donde había ropa secándose. No vi adónde fue; la olvidé al minuto siguiente.

Henry Cross respiró hondo. La noticia era devastadora. Si informaba a la policía, la descripción del chal rojo apuntaría directamente a Maud.

—¿Qué piensa de ello, señor? —preguntó Jimmie tras un largo silencio.
—No sé qué pensar, Jimmie. Esa mujer podría saber algo del asesinato, pero…
—No es probable, señor… eso iba a decir, ¿no? Lo pensé, y quizá sea mejor no molestar a los oficiales con esto.
—Haz lo que creas mejor. Esa mujer pudo haber sido solo una vendedora de libros o algo por el estilo.

Para entonces ya habían llegado a Oakdale, y Jimmie detuvo el carruaje frente a una tienda en la calle principal. Una dama salió para subir al coche, y Henry Cross siguió su camino.

El joven estaba profundamente agitado por lo que el irlandés le había contado. Sabía que rara vez visitaban mujeres su casa. Era un típico hogar de soltero, y nunca había visto a una mujer en el piso que ocupaba en todo el tiempo que había vivido allí. Recordaba cómo se había vestido Maud Willowby el día anterior —esa falda marrón

descolorida, el chal rojo y el velo— y recordaba también que era alta. Pero se negó a pensar más en ello.

—¡Bah! El descubrimiento de ayer me ha trastornado por completo —murmuró—. Es ridículo pensar que ella estuvo siquiera cerca del lugar la mañana del asesinato. Estaba en casa, vistiéndose para la boda; rodeada, sin duda, de una o dos amigas, y atendida por sirvientes. ¡Debo estar volviéndome tonto!

Atravesó Oakdale, y no fue hasta media tarde que emprendió el regreso. Pero no podía apartar de su mente a la dama velada y, después de guardar su caballo, fue al patio trasero. Era un lugar muy común. En el centro había un césped con cuatro postes de tendedero en las esquinas; a un lado una gran caja de cenizas, y al otro un montón de cajas de embalaje, dejadas allí por varios inquilinos. El patio estaba rodeado por una alta cerca de tablas, con una puerta en la esquina más alejada, por donde entraban y salían los comerciantes que abastecían a Jackson. La puerta daba a un callejón que desembocaba en la calle trasera, junto a un aserradero.

Henry Cross miró alrededor del patio y del callejón, pero nada de interés llamó su atención. Observó las casas vecinas y notó que ninguna ventana daba directamente al lugar. Revisó el césped y la pared de ladrillo hasta la puerta, e incluso salió a la calle más allá, pero no descubrió nada.

—Una pérdida de tiempo, como pensé —reflexionó, y volvió a sus habitaciones, sin saber que los ojos de Jack Hull lo observaban y habían registrado cada detalle de sus movimientos.

Entonces sus pensamientos regresaron a Maud Willowby y a lo que había visto durante la tormenta. Su corazón estaba lleno de amargura, y se hallaba en profunda perplejidad. ¿Qué debía hacer: guardar silencio un tiempo más, o ir de inmediato a Maud y pedirle una explicación franca? Temía hacer lo último, pero parecía el único camino correcto, por desagradable que fuera. Quería ser abierto con ella —detestaba el secreto en un caso como ese—. Y su corazón ardía

de ansiedad por conocer la verdad, esperando que todo fuera un terrible error y que ella siguiera siendo lo que había imaginado.

Sus pensamientos se volvieron insoportables, y una sensación de sofoco le advirtió que sus habitaciones estaban cargadas. Sintió que necesitaba aire y ejercicio. En pocos minutos se puso el sombrero y el abrigo y salió. Iría a su oficina, aunque fuera tarde, y vería si podía distraerse revisando los documentos legales que lo esperaban.

El sol estaba por ponerse, y como el aire era ya muy frío, pocas personas se detenían en las calles, y las que había se apresuraban hacia sus destinos. Una docena de personas pasó junto a Cross, y entonces apareció una mujer negra, a quien reconoció como Nancy Motley, la vieja sirvienta de la familia Willowby. Ella ya lo había dejado atrás antes de que él pareciera recordarla, tan absorto estaba en sus pensamientos. Luego, llevado por un impulso repentino, se volvió y la siguió.

Llevaba un par de zapatos gastados bajo el brazo y se dirigía a la zapatería. Estaba por entrar cuando él la alcanzó.

—¿Adónde vas, Nancy? —¡Oh, señor Cross, es usted, señor! Voy a dejar este par de zapatos en la tienda de Tom Quigg, señor. —Está bien. Cuando salgas quiero hablar contigo. —Sí, señor.

La mujer sonrió y entró al lugar. Anticipaba algún recado para Maud, con una buena propina por llevarlo. En dos minutos estaba afuera otra vez.

—Ven a mi oficina —continuó Henry Cross—. Hace demasiado frío para hablar en la calle.

Y la condujo. La oficina no estaba lejos. El muchacho encargado estaba cerrando por el día, y miró sorprendido a su patrón al verlo entrar.

—Está bien, Mark —dijo Cross—. Puedes irte. Yo cerraré cuando termine. ¿Ha venido alguien? —Solo el señor Pardue, señor, y dijo que volvería mañana al mediodía.

El muchacho estaba ansioso por marcharse, y en un minuto ya estaba listo. Se despidió educadamente y se fue silbando alegremente.

—Siéntate, Nancy —dijo Cross, señalando una silla junto a la pequeña estufa cilíndrica—. Debes estar cansada. ¿No tienes prisa? —No exactamente, señor, no —y se dejó caer pesadamente, pues pesaba más de doscientas libras. Siempre había sido gorda, alegre y de buen humor, porque creía en tomarse la vida con calma—. Iba a comprarme una bata nueva en la tienda de Salter, pero eso puede esperar, señor.

—Quiero hacerte unas preguntas, Nancy —prosiguió él con cierta inquietud—. Realmente no significan mucho, pero se me ocurrieron. —Sí, señor. —Has estado con la familia del coronel muchos años, ¿verdad? —Sí, señor. —Lo imaginaba. Quiero hacerte unas preguntas sobre ellos. Quizá sepas por qué. —Usted está enamorado de la señorita Maud, por eso —respondió Nancy, y su corpulento cuerpo se sacudió de risa—. Adelante, señor Cross; soy su amiga en este asunto, porque siempre me cayó bien; usted lo sabe, ¿no?

CAPÍTULO 19

La declaración de la mujer de color

Henry Cross no pudo evitar sonreír a pesar de los pensamientos serios y pesados que lo absorbían. Se detuvo en seco en su ir y venir por la oficina.

—Sí, siempre has sido mi amiga, Nancy, desde que te conozco. Por eso vengo a ti ahora.

La mujer se feltó halagada por esas palabras y su sonrisa se ensanchó aún más.
—Puede confiar en que le diré la verdad —respondió.

—¿Qué edad tenía la señorita Maud cuando entraste a trabajar con la familia del coronel?
—Tenía como doce años, señor; apenas una niña, con su cabello

dorado y suelto cayéndole por la espalda. La recuerdo jugando en el jardín trasero de Fairwood, tan feliz como las abejas que zumbaban alrededor.
—Vivió en Fairwood hasta que vino aquí hace cuatro años, ¿no es así?
—Sí, señor; eso es, cuando estaba en casa. Estuvo en un internado tres años, justo antes de que la familia se mudara aquí, a un lugar en Pensilvania.
—¡Oh! ¿Y vino del internado directamente a Lakeview?
—Sí, señor. El coronel ya estaba instalado aquí cuando ella regresó.
—Sabía que había estado en alguna escuela. Y… ¿conocía al señor Chesterbrook antes de venir aquí, verdad?

Nancy rodó los ojos, pensativa.
—No sé si lo conocía, señor. Podría ser, pero nunca oí hablar de eso. Pero él ya está muerto y enterrado, señor Cross, así que ¿para qué sirve…?
—Oh, solo pensé en preguntar, nada más —interrumpió él—. Por cierto, ¿no había otro caballero que solía visitarla en ese tiempo?

Nancy Motley negó con la cabeza.
—No, señor. Cuando la señorita Maud volvió del internado era muy distinta a la joven que es ahora. No recibía visitas, ni las quería. El coronel intentaba que saliera, pero ni eso deseaba. Tenía una amiga de la escuela que vivía lejos, y a veces iba a visitarla, y eso era todo. Usted fue el primer amigo caballero que tuvo en Lakeview; luego apareció el señor Chesterbrook, y si usted no hubiera sido tan tímido —perdone que lo diga— quizá habría sido el elegido desde hace tiempo, al menos en mi opinión —y Nancy sonrió ampliamente, de un modo que hizo doler el corazón de Henry Cross.

—No siempre sabemos las cosas cuando deberíamos —dijo él suavemente, con doble sentido—. ¿La señorita Maud volvía a casa seguido desde la escuela; digamos, en vacaciones u otras ocasiones?
—Muy pocas veces, señor. El coronel viajaba al Oeste por negocios muchas veces, así que no había mucha ocasión para eso.
—Sí, he oído de los viajes del coronel. Por cierto, la señora Devigney es una de sus viejas amigas de la escuela, creo. Me pregunto por qué no vino para participar en la boda.
—No pudo, señor; al menos eso le dijo a la señorita Maud. Pero había suficientes otras, más de las que ella quería.

—¿La ayudaste a vestirse esa mañana terrible? Quiero decir, antes de que ella y el coronel tomaran el carruaje hacia la iglesia. —Para ocultar su ansiedad, el joven se volvió hacia la ventana y se quedó mirando afuera.
—La ayudé un poco, señor, pero no quería ayuda; lo dijo ella misma.
—¿No quiso que la asistieras en la mañana de su boda? Eso es extraño.
—La señorita Maud no estaba en sí esa mañana. Creo que los espíritus estaban a su alrededor, diciéndole que algo no iba a salir bien —y la mujer rodó los ojos con solemnidad.

Ella provenía de un lugar donde el hoodoo prosperaba, y era firme creyente en espíritus y cosas semejantes.

—¿Y se vistió completamente sola?
—Estuve con ella temprano, como a las ocho. Luego me mandó a la cocina a ayudar con el almuerzo de la boda, que iban a tener después de la iglesia, y se encerró sola en su cuarto.
—¿Y no volviste a verla?
—Subí después y toqué, pero no me respondió, y creo que estaba bajo un hechizo; de veras lo creo. Luego me fui; y lo siguiente que supe fue que ya estaba vestida y en la sala con el coronel. Estaba pálida como un fantasma, y estaba segura de que estaba enferma; pero no —al menos, eso dijo— y luego se fueron a la iglesia, y yo, John y Mary, la cocinera, los seguimos en el carruaje amarillo. Usted sabe el resto; fue terrible. Pero el Señor no lo quiso así; ella no debía casarse con él, debía casarse con usted, ¡bendito sea su corazón!

Era bueno que la oficina estuviera oscura y que Cross no hubiera encendido las luces. Ella no podía ver su rostro, tan blanco y lleno de agonía. Intentó hablar, pero las palabras no salieron, y caminó hasta el dispensador de agua para humedecer sus labios.

—¿Entonces está segura de que no había nadie con ella cuando se vistió esa mañana; ninguna amiga o modista? —preguntó finalmente.
—No, señor, ni un alma. Se encerró sola.

Él soltó un gemido y, para ocultarlo, fingió que se había golpeado el pie contra la esquina del escritorio. Ella lo miró con curiosidad, sin comprender su actitud o sospechar lo que buscaba.

—Iba a preguntarte por la señora Devigney —dijo, cambiando de tema —. ¿Cuánto tiempo se quedará?
—Se va mañana, señor.
—¿En el barco?
—Sí, señor.
—Esperaba verla otra vez. Pero quizá no pueda ahora. Nancy, por favor, no digas nada de nuestra charla. —Forzó una sonrisa—. Ya sabes cómo son los jóvenes cuando… ya sabes.
—Oh, sí, señor. ¡Gracias, gracias! —dijo ella, cerrando su mano sobre el billete que él le había puesto en la palma—. ¿No le dije que era su amiga? ¿Algo más que pueda hacer por usted?

—No ahora. —La condujo a la puerta—. Tienes un camino frío de regreso, me temo. Buenas noches.

Cerró la puerta antes de que ella pudiera responder. En la oscuridad se dirigió al sofá de su oficina interior y se dejó caer boca abajo, entregándose a reflexiones amargas. Pasó la noche en la oficina, demasiado abatido para volver a sus habitaciones. Al amanecer se levantó con dolor de cabeza y el corazón pesado. Cuando el reloj marcó las siete, temiendo que su ayudante llegara y lo encontrara allí, salió y cerró la puerta.

Al principio encaminó sus pasos hacia su hogar, pero antes de llegar cambió de idea. A pesar del viento invernal, se alejó del lago y tomó el camino que conducía al bosque. Caminó rápido y sin rumbo, sintiendo que el movimiento aliviaba su mente. Finalmente se agotó y, al mediodía, a ocho millas de Lakeview, se dejó caer sobre una roca, demasiado cansado para seguir.

Allí permaneció hasta quedar helado; luego, con los labios azules y tiritando, se levantó y emprendió el regreso.

—Ella se preguntará por qué me mantengo alejado —murmuró—. ¿Y qué le diré cuando estemos frente a frente? ¿Le diré que descubrí su secreto? ¿Le preguntaré si estuvo allí?

Había olvidado por completo sus negocios y la cita con el señor Pardue. Miró su reloj; era la una y media.

—Los negocios deberán cuidarse solos —pensó—. Esto debe resolverse primero; debo saber la verdad. Debo saber la verdad.

Repitió esas últimas palabras una y otra vez, como si construyera una resolución sobre ellas. El descanso en la roca lo había repuesto, y volvió a caminar tan rápido como antes.

Al poco rato el sonido de ruedas de carruaje llegó a sus oídos. Se hizo a un lado para dejarlo pasar, pero el vehículo no continuó; se detuvo en cambio.

—¡Harry, qué haces aquí, tan lejos!

Levantó la vista, asombrado. Era Maud Willowby, sentada sola en el carruaje de su padre. Su rostro mostraba una intensa sorpresa.

—Yo… salí a caminar. No me sentía bien —balbuceó—. ¿Cómo es que estás aquí?
—Acabo de llevar a Alice al barco; ya sabes que se ha marchado. Pensé que vendrías a la casa antes de que se fuera. ¿Quieres subir?

No pudo rechazar la invitación y subió. Pero no intentó herirla, aunque estaban completamente solos. Ni siquiera tomó su mano. Ella notó su frialdad e indiferencia, y su rostro palideció un poco.

—¿Estás muy enfermo? —preguntó ella.
—No mucho —murmuró—. Es mi cabeza, y pensé que el aire fresco me haría bien.
—¡Lo siento tanto! ¿No puedo hacer algo por ti? Déjame llevarte a la casa, y…
—No, no, no vayas a la casa. Sigamos por el camino. Mantengámonos fuera del pueblo, lejos de las casas.

—Bueno, como quieras —dijo ella, más sorprendida que nunca—. Me temo que has estado trabajando demasiado últimamente. Debes tomártelo con calma, o terminarás con fiebre cerebral o algo igual de malo.
—¡Yo no! —rió con un tono vacío—. Así que la señora Devigney se ha ido.

—Sí. Recibió un mensaje para volver a casa; una tía está muy enferma. Te envió un adiós.
—Gracias por ello.

Hubo una pausa incómoda mientras él pensaba cómo abordar el tema sobre el que quería interrogarla. Comenzó a hablar, pero se detuvo bruscamente.

—¿Qué es? Hay algo en tu mente —exclamó ella al fin—. Lo veo en tu rostro. ¿No puedes confiar en mí?

Él gimió en voz alta. ¿Confiar en ella? ¿Qué significaban esas palabras?

—¡Maud!

El nombre sonó tan extraño que la sacudió.

—¿Qué pasa? Dímelo claramente. —Un súbito temor apareció en sus ojos—. ¿Has… cometido un error… conmigo, Harry? —titubeó—. No temas decir la verdad.

Ella lo miraba como esperando que la abrazara, y él lo habría hecho de inmediato de no estar su mente torturada por la sospecha. Volvió el rostro.

—Maud, respóndeme con la verdad —respiraba con dificultad—. ¿Estuviste en casa toda la mañana en que debías casarte con Chesterbrook, o saliste?

Ella dio un fuerte jadeo y, al mirarla, él vio que todo el color se había ido de su rostro. Intentó apartarse, pero él no se lo permitió.

—Dime la verdad —prosiguió—. ¿Estuviste en casa o no?

Ella no respondió; parecía que todo el aliento se escapaba de sus labios pálidos. De haber estado menos celoso, él habría tenido más compasión.

—¿Por qué no hablas? Es una pregunta muy simple. ¿Estuviste en

casa, o fuiste a las habitaciones de Chesterbrook?

Apenas pronunció esas últimas palabras, ella lanzó un grito tan agudo y lleno de angustia que lo atravesó hasta el alma. Pero él no apartó sus ojos de ella, y en esos grandes orbes azules vio que había alcanzado la verdad.

—Fuiste a sus habitaciones, entonces. Lo veo en tu rostro; no te atreves a negarlo. ¿And con qué propósito?

Por fin ella recobró la voz.
—Él era mi prometido —murmuró.
—¿Tu prometido? —dijo él casi con un tono de burla—. ¿Tu prometido, y tú…?
—¡Detente, detente! ¡Oh, cielos, ten piedad! ¡Harry, ten piedad! —clamó ella.
—¿Y fuiste la última que lo vio con vida? —continuó él.

Ella se estremeció.
—Sí, fui la última que lo vio con vida —respondió en un tono tan bajo que apenas pudo oírla.
—¿Y por qué fuiste a verlo en ese momento, en la última hora? ¿Me lo dirás?
—¡No puedo! ¡No puedo! ¡Oh, ten piedad!
—¿Por qué debería tener piedad? ¿Tuviste piedad de mí? ¡Yo te amaba, locamente, ciegamente, sin esperanza! ¿Por qué no me lo dijiste o me alejaste? Si hubieras matado mi amor habría sido mil veces mejor. Pero me dejaste alimentarlo, casi dominarme. Y todo el tiempo ocultabas la verdad. Ocultabas el terrible hecho de que tenías un hijo, un niño llamado Roy…

No pudo continuar. Ella volvió a gritar y habría caído del carruaje si él no la hubiera atrapado en sus brazos. El grito fue seguido de un silencio absoluto. Ella yacía como muerta en sus brazos.

Alarmado, la bajó al suelo. La recostó sobre la hierba y corrió a un charco para traer su sombrero lleno de agua, con la que le bañó el rostro. En pocos momentos ella recobró el sentido y lo miró con ojos desorbitados.

—¡Déjame ir a casa! —clamó—. ¡Déjame ir a casa! ¡No quiero volver a verte ni a ver a nadie! ¡Oh, ojalá estuviera muerta!

Se levantó tambaleante. Él intentó ayudarla, pero ella lo apartó y se arrastró hasta el carruaje, subiéndose con esfuerzo.

—¡Maud! ¡Vuelve! ¡Te amo! —gritó él, desesperado; pero ella no escuchó y se perdió de su vista.

CAPÍTULO 20

El arresto

Henry Cross no podía explicar cómo había regresado a sus habitaciones. Se encontraba en un estado febril de excitación y desesperación. Nunca antes se había sentido tan abatido, tan quebrado en espíritu y esperanzas. La había enfrentado, la había acusado, la había hecho huir para ocultar su rostro revelador, y había comprendido que, a pesar de todo, la amaba.

Caminaba de un lado a otro en la sala delantera como un animal enjaulado. Quería estar solo y librarse del peso que le oprimía el corazón.

—¡Lo haré! —murmuró con fiereza—. No me importa lo que pase con el ferrocarril. Pardue y los demás pueden encargarse. Dejaré Lakeview y me iré a Alaska, Sudamérica… o a cualquier lugar.

Se preguntaba qué pensaría Maud cuando él se hubiera ido. Media hora después estaba empacando un baúl, decidido a marcharse. Miró su reloj.

—Cuarenta minutos antes de que llegue el barco que me llevará a Mackanack Junction —dijo—. Eso me dará tiempo para escribir a los otros, sacar dinero del banco y… dejarle unas líneas a ella.

Escribió rápidamente a Pardue, al superintendente de construcción, a su ayudante y, finalmente, a Maud. Las selló todas y se las entregó a Jackson para que las enviara.

—Me voy por un tiempo —dijo—. Cierre mis habitaciones y cuídelas bien.

Jackson lo miró con curiosidad.
—Sí, señor, las cuidaré. ¿Puedo preguntar si va muy lejos?
—Me voy de vacaciones, primero a Nueva York, y luego a donde me plazca. Consiga un transportista para llevar mi equipaje al muelle de inmediato.

Aunque ya había pasado la hora bancaria, Henry logró que el cajero le pagara varios cientos de dólares. Guardó el dinero y llegó al muelle con apenas ocho minutos de margen. No sabía que lo seguían; que Jack Hull lo vigilaba y que Jackson le había informado de sus planes. Entró en la oficina, pidió un boleto a Nueva York y puso un billete sobre el mostrador. Al volverse para salir, una mano se posó en su hombro.

—Venga conmigo, por favor; quiero hablarle.

Reconoció el rostro del detective, ahora sin barba, a quien había visto en el juicio.
—¿Quiere hablar conmigo? —repitió.
—Sí. Salga afuera.

Henry presentía el peligro. Salió al muelle con Hull a su lado.
—Venga conmigo, Cross.
—¿Con usted? ¿Qué quiere?
—Quiero que me acompañe a la cárcel del pueblo.
—Pero no tengo tiempo. Debo tomar el barco. Mire, acabo de comprar un boleto.
—No importa. Debe venir conmigo —dijo Jack Hull con voz fría y firme.
—¿Qué demonios pasa?
—Pues, si quiere saberlo, lo arresto por el asesinato de Allen Chesterbrook.

Henry Cross retrocedió tambaleante y su rostro se volvió pálido.
—¿Arrestarme? Seguramente está bromeando.
—Ni un poco, Cross. Vamos; al fin lo descubrí.

—Esto es absurdo.
—Vamos; podrá hablar en la cárcel, a menos que quiera causar un escándalo aquí.

Una multitud comenzaba a reunirse. Cross cambió su actitud desafiante.
—Está bien, iré. Pero verá que ha cometido un gran error. ¿Sería tan amable de detener también mi equipaje?
—Ya me ocupé de eso; el bolso y el baúl están en manos de la policía.
—Ah, entonces me ha estado vigilando; espiando mis movimientos.
—Lo he estado vigilando prácticamente desde el día del asesinato. Ahora, Cross, venga.

Caminaron hacia la cárcel seguidos por una multitud que crecía en cada esquina. La noticia se propagó rápido: ¡Henry Cross había sido arrestado por el asesinato de Allen Chesterbrook! Se presentó la acusación formal y él se declaró inocente. Como se trataba de un crimen capital, no se fijó fianza y fue llevado a una celda.

Esa misma noche, el periódico local sacó una edición especial con los detalles. El chofer de los Willowby compró un ejemplar y lo llevó al coronel.

—¡No, no, nunca! ¡Es escandaloso! —exclamó el coronel. Pensó en contarle a Maud, pero se detuvo al recordar que ella se había acostado temprano por sentirse enferma—. Será suficiente que lo sepa en la mañana, pobre criatura.

El coronel bajó a la cárcel para apoyar a Cross en esa hora oscura, pero allí se encontró con un revés.

—El señor Cross no desea ver a nadie. Envió un recado en ese sentido.

El coronel no quiso creerlo.
—Me verá a mí, sin duda. Dígale que estoy aquí —dijo.

El carcelero llevó el mensaje. Se ausentó por cinco minutos y, al regresar, sacudió la cabeza.
—Tal como le dije, señor. Le agradece su amabilidad al venir, pero prefiere estar solo por ahora. Dice que quizá lo reciba más adelante.

—¿Y eso es todo? ¿No envió otro mensaje? —el coronel pensaba en su hija.
—No, señor, ni una palabra.

El anciano se volvió y, sin decir nada más, salió del edificio. Varios de los presentes comentaron que aquello era un gran golpe para él, pues Cross estaba enamorado de su hija.

Al día siguiente, Jack Hull estuvo muy ocupado reuniéndose con el fiscal, y luego ambos comparecieron ante el gran jurado. Henry Cross fue acusado formalmente de asesinato en primer grado y el juicio se fijó para el lunes siguiente a las diez de la mañana.

Mientras tanto, Henry Cross permanecía en su celda y se negaba a recibir visitas, con la única excepción de su socio Pardue, quien acudió por un asunto estrictamente de negocios. Cross comprendió con amargura que incluso él lo consideraba culpable.

Sin embargo, Cross tenía un amigo que no se dejó rechazar: el joven abogado Andrew Welford, quien siempre había redactado sus documentos legales. Welford le escribió una carta rogándole que tomara medidas para protegerse.

—Sé que eres inocente —escribió—, y es una locura que te quedes tranquilo sin hacer nada. Debes tener un abogado e incluso dos. Si me das permiso, conseguiré a Martinham de Nueva York. Es suicida no defenderse.

Esta carta convenció a Henry Cross, quien le pidió que lo visitara en la cárcel. Media hora después, el abogado estaba allí. Welford se sorprendió del cambio físico en Cross; sus mejillas estaban hundidas y pálidas, y se veía viejo y débil.

—¡Por Dios, Cross, este problema te está destrozando! —exclamó Welford con simpatía—. Te derrumbarás antes de que llegue el juicio.
—Siéntate, Welford —respondió Henry suavemente—. Estoy bien. Solo que no estoy acostumbrado a estar encerrado.
—¿Quieres que contrate a Martinham?
—No, no quiero a Martinham.
—¿Entonces a Fordike o Innersoll?

—No es necesario. Te tendré solo a ti.

El joven abogado intentó convencerlo de que él tenía poca práctica en casos similares, pero Cross se mantuvo firme: no quería a un extraño. Además, se opuso a cualquier aplazamiento del juicio.

—El retraso sería inútil. Este confinamiento es insoportable. Que el juicio siga y termine lo antes posible.
—Pero, Cross, no pareces comprender la gravedad del caso. Ese detective puede tener alguna prueba condenatoria escondida y podría derrotarnos.
—¿And si lo hace? Solo me colgarán, y será el fin de todo este miserable asunto.

Welford se levantó asombrado por la calma y desesperación de sus palabras. Intentó animarlo y Cross comenzó a caminar nerviosamente por la celda.

—No tengo mucho que contar aparte de lo que ya sabes —dijo Cross —. Lo conté todo ante el forense.
—¿No sabías nada más?
Cross vaciló.
—Nada.
—¿Mencionaste algo sobre una pelea con Chesterbrook?
—No fue nada importante. Discutimos en el Charity Ball por un baile con una joven. Intercambiamos algunas palabras fuertes y ahí terminó.

Welford siguió interrogándolo, pero no obtuvo más información. Comprendió que el testimonio más dañino sería que Cross estaba solo al momento del crimen, que sus habitaciones estaban sobre las de la víctima y que ambos amaban a la misma mujer. Cuando el abogado intentó mencionar a Maud Willowby, Henry lo detuvo de inmediato.

—Si intentas traerla al caso te despediré —dijo—. Ella debe quedar completamente al margen. Si se presenta por voluntad propia… —Se detuvo y no quiso continuar, advirtiendo de nuevo a Welford que no buscara la ayuda de ella.

La conferencia duró apenas una hora. Welford regresó a su oficina inquieto, convencido de la inocencia de Cross, pero también de que su cliente ocultaba pruebas que podrían exonerarlo.

CAPÍTULO 21

La apertura del juicio

Pocos de los que miraban a Henry Cross aquella mañana, cuando se puso de pie para escuchar la lectura de la acusación en su contra, podían imaginar todo lo que había pasado por su mente desde que fue arrestado. Lo veían pálido, con las mejillas hundidas y los ojos cansados —nervioso también— y con la costumbre de abrir y cerrar las manos a cada momento. Muchos creían ver en su rostro las señales de la culpa, y se preguntaban cómo era posible que no hubiera confesado ya.

No conocían el pesado secreto que llevaba encerrado en el corazón; un secreto que había decidido no revelar, aunque lo llevaran hasta la misma horca. "Si ella no habla, yo permaneceré en silencio", se había dicho. La amaba demasiado como para exponer sus crímenes al mundo.

Muchas veces se había preguntado, tratando de desentrañar el misterio de Maud: ¿Quién era el padre de su hijo, Chesterbrook u otro? ¿Qué la había llevado a las habitaciones de ese hombre la mañana de la boda? ¿Una pelea entre ellos, o algún descubrimiento por parte de él? ¿Se había suicidado realmente, o ella, en un arrebato de ira o miedo, había dado el golpe mortal?

Estas preguntas y muchas más recorrían su mente, sin que lograra responder ni siquiera la primera. Y luego estaba aquel extraño papel. ¿Quién lo había colocado junto al escritorio? ¿Era auténtico o una falsificación?

Al principio pensó en presentarlo como prueba, pero comprendió que eso pondría a Maud en el estrado de los testigos y abandonó la idea. No, ella debía presentarse por voluntad propia, o no hacerlo en absoluto.

La sala del tribunal estaba llena mucho antes de que se llamara el caso. Había un murmullo de conversación que se apagó de inmediato con el anuncio:

—¡El Pueblo contra Henry Cross!

Cross se puso de pie y se leyó la acusación, lenta y claramente, imputándole haber matado con premeditación y alevosía a Allen Chesterbrook, apuñalándolo en el corazón con una daga la mañana del 20 de mayo del presente año.

—Prisionero en el banquillo, ¿cómo se declara?

Cross respiró hondo.

—No culpable —dijo en voz baja pero clara. Luego volvió a sentarse.

Tras la rutina habitual comenzó la selección del jurado. Cross mostró poco interés, pero tanto Welford como el fiscal estaban atentos, y no fue sino hasta el medio día que el jurado quedó finalmente conformado. Se tomó un receso de media hora y entonces el juicio comenzó realmente.

No es nuestra intención entrar en todos los detalles de aquel gran caso, que se prolongó varios días en el tribunal de Lakeview. Para quienes deseen conocerlos, pueden hallarse en los archivos de los principales periódicos del país, pues este juicio y su desenlace sensacional atrajeron amplia atención. Ambas partes se extendieron en detalles inútiles que cansaron tanto al juez como al jurado.

La primera gran sorpresa llegó cuando Jack Hull subió al estrado y comenzó a relatar todo lo que había descubierto. Habló primero de la pelea entre Cross y Chesterbrook, y dijo que ese conocimiento lo había llevado a sospechar de Cross. Luego contó cómo había ocupado las habitaciones de Chesterbrook; el hallazgo del techo flojo

en el clóset, del cuadrado asegurado con clavos de seis centavos mientras las demás tablas estaban fijadas con clavos de diez; de cómo había ido a la oficina a pedir clavos para arreglar una carreta, y de cómo el muchacho le entregó un martillo y clavos que Cross había llevado allí dos días después del asesinato.

Narró cómo se había colocado aquel cuadrado en el piso del clóset —de un modo que demostraba que no lo había hecho un carpintero profesional— y dijo que era lo bastante grande para permitir el paso del cuerpo de un hombre común, con dieciséis pulgadas de ancho por veinte y media de largo, siendo dos tablas de ocho pulgadas cada una.

Muchos miraron a Cross cuando Hull hizo una pausa en su testimonio y lo vieron sobresaltarse y sonrojarse; pero por lo demás mantuvo la compostura. En ese punto, Hull pidió un vaso de agua y luego continuó.

Todos escuchaban conteniendo la respiración mientras el detective relataba cómo había vigilado a Cross muchas veces, notando su inquietud. Cómo, mientras él ocupaba las habitaciones del asesinado, Cross apenas lo miraba.

Y luego contó la noche en que estaba sentado en su cuarto y Cross bajó las escaleras en pijama, dormido. Se podía oír caer un alfiler cuando, en tonos bajos e impresionantes, relató los detalles de la aparición de Cross en ese momento. Describió vívidamente la conducta de Jackson y cómo él —Hull— le había advertido que guardara silencio.

Entonces vino el horrible y emocionante clímax que mantuvo a la audiencia paralizada: cómo Cross había entrado en la sala delantera, pasado a la trasera, llegado al clóset, y cómo su actitud cambió; con el rostro lleno de odio amargo se lanzó hacia el buró, tomó el cepillo como si fuera una daga y apuñaló rápida y violentamente el aire vacío.

Hull se detuvo y miró a Cross, y la audiencia, el jurado y el juez siguieron esa mirada. El acusado se había levantado; se aferraba a la baranda frente a él, temblando como con fiebre. Había escuchado cada palabra y permanecía allí dudando de sus propios sentidos, con

gruesas gotas de sudor en la frente, bajo su cabello desordenado. Al sentir todas las miradas sobre él, bajó los ojos y cayó sin fuerzas en su asiento.

Tras esto, el testimonio de Hull concluyó rápidamente. Contó cómo Cross había desaparecido de la habitación y cómo había advertido a Jackson que guardara silencio unos días. Luego supo que Cross intentaba huir y no esperó más: arrestó al criminal justo cuando estaba por subir a un barco del lago.

Siguió una larga fila de testigos: Ned Degroot y Bart Harkness, que habían presenciado la pelea en el Charity Ball y oído a Cross decir que mataría a Chesterbrook; Mark Jepson, obligado a declarar sobre los clavos y el martillo; Jackson, que corroboró la historia del sonambulismo de Cross; y varios otros de menor importancia.

El caso se suspendió por el día y el acusado fue llevado de nuevo a su celda, mientras la gente salía al aire frío y ventoso, convencida de que Henry Cross no tenía la menor posibilidad de ser absuelto.

A la mañana siguiente, tras una noche en vela y una larga entrevista con su abogado, el acusado subió al estrado. Estaba más sereno que el día anterior y todos podían ver que se había preparado para un duro enfrentamiento con el fiscal.

Aún no se había hecho contrainterrogatorio y el caso avanzaba sin tropiezos. El fiscal estaba satisfecho, seguro de que el veredicto sería en contra del acusado. Trató a Cross con ligereza, casi con compasión. El acusado admitió lo dicho sobre la pelea, y sobre el martillo y los clavos, y el fiscal no le preguntó nada sobre su supuesto sonambulismo.

Fue entonces cuando Welford mostró lo que llevaba dentro. Comenzó su alegato inicial con confianza y excelente juicio. En pocas palabras bien elegidas desechó casi todas las llamadas pruebas contra su cliente quien, afirmó, era completamente inocente de esa vil acusación.

Intentó demostrar que la pelea entre su cliente y Chesterbrook había quedado resuelta mucho antes del asesinato, tanto que en aquella

mañana fatídica Cross iba alegremente camino a la iglesia donde se celebraría la boda, sin imaginar que se había cometido un crimen atroz.

Hull sonrió para sí en ese momento. No había mencionado aquel papel por varias razones, y se alegraba de que no se presentara la defensa de suicidio.

En cuanto al agujero en el clóset, continuó Welford, Cross había encontrado las tablas flojas semanas antes y las había clavado, y había llevado el martillo y los clavos a su oficina simplemente porque los necesitaba más allí que en sus habitaciones.

Respecto al sonambulismo —bueno, mucha gente sufría de ello a veces y hacía cosas muy curiosas en ese estado. Podía citar media docena de casos más extraños. La mente de Cross estaba llena del asesinato; no lo negaría, pues sus habitaciones estaban justo encima de las del hombre asesinado, y él había sido el primero en encontrarlo.

CAPÍTULO 22

Un fantasma del pasado

Aquel grito salvaje causó una conmoción en la sala del tribunal, ya medio vacía. Los hombres miraron hacia allí alarmados y corrieron a socorrerla.

El coronel, que en ese instante miraba en otra dirección, no pudo explicar el cambio repentino en el comportamiento de su hija. La contempló asombrado; luego, con una rápida exclamación de alarma, se inclinó y la levantó. Era un peso muerto en sus brazos. La llevó a un banco, le retiró el velo y vio que tenía los ojos cerrados y que su respiración era corta y entrecortada.

—¿Qué ocurre, coronel? ¿Qué pasa? —gritaron varios, acercándose.
—Mi hija se ha desmayado —respondió el anciano, agitado—. ¿Hay un médico cerca?

Se inclinó, le aflojó el cinturón y comenzó a frotarle las manos. La multitud creció y pronto un médico se abrió paso.

—Denle más espacio y abran las ventanas —ordenó el facultativo—. Necesita aire fresco más que nada. El ambiente aquí ha estado demasiado cargado y sofocante para ella.

Esto parecía razonable. Dos alguaciles comenzaron a despejar la sala y las ventanas se abrieron de golpe. El médico aplicó un frasco de sales aromáticas a las fosas nasales de la joven. Al poco tiempo, Maud abrió los ojos y miró alrededor sin reconocer nada.

—¿Dónde está él? —preguntó, intentando incorporarse.
—¿Qué pasa, querida? —dijo su padre—. ¡Vamos, tranquila! Ya estás bien.
—Pero… pero… él… ¿Qué me ha pasado? —preguntó mirando al médico desconocido.
—Te desmayaste, Maud, pero ya estás bien.

Ella no respondió; respiró hondo y se estremeció. Intentó levantarse, pero estaba demasiado débil.

—Quédate quieta un rato, hija; no hay prisa. Este caballero es médico.

Ella lo miró fijamente. Luego se levantó de golpe y recorrió la sala con la mirada, pero el hombre que la había enfrentado tan súbitamente ya no estaba.

—No quiero quedarme aquí, papá; llévame a casa —casi sollozó.
—En un momento, Maud. Cálmate…
—¡No, no! Llévame a casa ahora, por favor.

No pudo resistir su súplica y, cuando ella se puso en pie, la sostuvo de un lado mientras el médico la ayudaba del otro. Así salieron hacia el carruaje atravesando dos filas de curiosos. Maud fue ayudada a subir y el coronel, tras entregar su tarjeta al médico, la siguió.

—Pensé que el ambiente estaba demasiado cargado en la sala, sobre todo donde nos sentamos, tan cerca de la estufa —comentó el

coronel cuando partieron.
—Sí, estaba sofocante —respondió ella—. No creo que quiera volver allí.
—Bueno, también fue la tensión mental —continuó él—. Las audiencias fueron muy dramáticas.
—Sí, papá.
—Cross parece resistir, aunque está bastante pálido.
—Sí, papá.

Vio que ella no quería conversar y guardó silencio. Creyó entender lo que pasaba por su mente, pero estaba muy equivocado. Ella no había pensado en Henry Cross desde que el juicio se suspendió.

Al llegar a la mansión, ambos bajaron en el pórtico lateral.
—Subiré a cambiarme de vestido —dijo ella, y corrió escaleras arriba antes de que él pudiera responder.

Ya en su habitación, se encerró con llave. Arrojó el sombrero y el velo a un lado y, con un largo sollozo, desahogo de un corazón sobrecargado, se dejó caer boca abajo en la cama. Su cuerpo temblaba de pies a cabeza y solo la almohada impedía que sus gritos de angustia resonaran por toda la casa.

—¡Vivo! —gemía una y otra vez—. ¡Vivo! ¡Y yo lo creía muerto! ¿Qué será de mí ahora? ¿Qué será de mi querido Roy?

Una y otra vez se hacía esas preguntas mientras las lágrimas empapaban la almohada. Una extraña luz apareció en sus ojos azules.

—¡Oh, acabar con todo, escapar de esta miseria para siempre! —susurró—. ¿Por qué no morí? ¿Por qué no me dejaron morir cuando nació Roy? ¿Y por qué no murió él conmigo? Habría sido mucho más fácil para los dos. Mucho más fácil.

Se incorporó y comenzó a mecerse, pasando las manos por su largo cabello sedoso. Nunca antes su corazón había sido desgarrado por un tormento tan agudo. Se levantó desesperada y corrió hacia un mueble en la esquina. Abrió un cajón y, bajo varios objetos, sacó un pequeño revólver con empuñadura de nácar.

—¡Su pistola! —murmuró, mirando el arma con curiosidad—. Su pistola, la que una vez me amenó con usar cuando estaba ebrio. ¿Por qué no usarla ahora y acabar con todo? ¿Por qué no?

Jugando con el revólver, comenzó a caminar nerviosa por la habitación. Sería fácil: solo tenía que colocar el cañón en su frente, apretar el gatillo y todo terminaría. ¡Y cuánto bien podría hacer! Su confesión escrita liberaría a Henry Cross; contaría todo su secreto culpable: cómo Chesterbrook lo había descubierto y había creído que Aquel Hombre aún vivía. Entonces escribió la carta rompiendo el compromiso. Ella había ido a verlo con esa carta en la mano y le dijo que Él estaba muerto, que se había ahogado, y que ella era libre, salvo por el niño. Chesterbrook la había perdonado —al menos eso dijo— y ella había corrido a casa para prepararse para la boda; y luego él cambió de idea y se quitó la vida.

¡Qué mundo miserable donde todo salía mal! ¿Qué clase de mujer era ella, que había llevado a un hombre a la autodestrucción y a otro a la sombra de la silla eléctrica? Chesterbrook había sido tan bueno con ella; y allí estaba Cross, dispuesto a morir antes que arrastrarla a ella y a su secreto ante el público. Pero él no debía morir. ¡No! Ella lo amaba y él no debía pagar por sus pecados.

Apretó el arma con más fuerza y volvió al mueble para sacar papel y lápiz. ¿Cómo debía empezar? ¿A quién debía escribir? ¿A su padre? El recuerdo de aquel rostro bondadoso le dio otro golpe. ¿Qué había dicho su padre sobre Chesterbrook?

—Maud, ese hombre se suicidó. Olvidémoslo, pues no merece ser recordado. Mil veces mejor habría sido que un enemigo lo matara poco a poco que morir de una manera tan baja e innoble. Olvídalo, hija mía, pues el suicida es un cobarde moral, indigno de recibir un solo tributo de pesar de quienes quedan atrás.

Esas habían sido sus palabras y ahora parecía que se las repetía otra vez. Ella arrojó el papel y el lápiz, y la mano que sostenía el revólver cayó inerte a su lado. No sería una cobarde; sería valiente y enfrentaría todo. Colocó el arma sobre el tocador, se arrodilló ante la cama y comenzó a rezar.

Cuando se levantó ya estaba oscuro y la campana había sonado para la cena. Se quitó el vestido, se puso una sencilla bata de casa e intentó borrar las huellas de su sufrimiento con agua y cosméticos. Bajó suavemente y tomó su asiento habitual en la mesa sin pronunciar palabra.

El coronel ya estaba allí, sorbiendo su sopa. Al mirarla notó su palidez, pero no dijo nada. Había estado reflexionando profundamente frente a la chimenea de la biblioteca, sin llegar a ninguna conclusión satisfactoria, y permaneció en silencio principalmente porque no sabía qué decir. Solo cuando sirvieron la carne y ella se negó a probarla, abrió la boca.

—Vamos, querida, debes comer. Te volverás una sombra si no lo haces. Aquí tienes un trozo delicioso, en su punto. Prueba ahora.

Ella se vio obligada a tragar media docena de bocados solo por él. Se sintió aliviada cuando sirvieron el café y pudo dejarlo con su copa de oporto y su cigarro.

Entró en el salón, que aún estaba oscuro, y prefirió la penumbra. Una de las persianas seguía abierta y allí se sentó a mirar el paisaje casi invernal. El otoño se iba rápido, pensó; se marchaba como sus propias esperanzas, dejando el mundo frío y desolado.

¿Cómo terminaría todo? Esa era la pregunta que ahora la torturaba. El final debía llegar tarde o temprano; debía estar cerca. Y él estaba vivo. No se había ahogado en absoluto, a pesar de que ella tantas veces había agradecido al cielo que se lo hubieran llevado.

Al poco rato entró un sirviente para cerrar las persianas y encender las luces. Estaba por ordenar lo contrario cuando un muchacho subió al pórtico delantero y tocó la campana. Llevaba un sobre en la mano.

Llena de un extraño presentimiento, Maud corrió a la puerta para ver qué quería el joven. Era lo que suponía: la carta era para ella y estaba marcada como personal.

—No hay respuesta —dijo el muchacho. Luego se detuvo y añadió—: Es un buen trecho hasta aquí, señorita, y hace mucho frío.

Ella lo entendió y le dio una moneda de veinticinco centavos. Él sonrió, le agradeció y bajó los escalones con estrépito. Con el corazón latiendo rápido, Maud volvió a entrar y subió a su habitación. Enseguida rasgó el sobre. Contenía solo un pequeño papel, en el que estaba escrito:

> "Encuéntrame en la casa de botes blanca, la doble, en la ribera del lago, a las ocho de esta noche. ¡Si fallas, será bajo tu propio riesgo!"

No había firma, pero ella conocía demasiado bien al autor.

CAPÍTULO 23

Esposo y esposa

En aquella mujer que se escabullía entre los setos y arbustos por el camino trasero hacia la ribera del lago, nadie habría reconocido a la alta y elegante Maud Willowby, la antigua reina de Lakeview; la joven distinguida cuyo matrimonio con uno de los favoritos de la fortuna había sido impedido de forma tan trágica. Avanzaba apresurada, llena de un terror sin nombre, con los hombros cubiertos por un viejo chal y el rostro oculto bajo el velo que ahora le resultaba inseparable. Un hombre pasó junto a ella y la miró con curiosidad.

—¡Por esas botas, parece una bruja! —murmuró, y siguió su camino.

El aire era frío y desolador; el viento suspiraba lúgubre entre las ramas desnudas de los árboles que bordeaban el sendero. Ella no prestaba atención y, cuando tropezó con una piedra y cayó pesadamente, se levantó sin pensar siquiera en el dolor. Siguió adelante hasta dejar atrás el bosque y salió a la amplia franja de arena del lago. Allí se detuvo un momento.

—La casa de botes blanca, doble —reflexionó—. Debe referirse a la de Gains' Point. No conozco otra.

Avanzó de nuevo por la orilla con la mirada fija al frente, donde una construcción blanca destacaba en la curva de la tierra. Ese debía ser el lugar. Él debía estar esperándola, pues ya habían pasado diez minutos de la hora fijada. Su corazón latía con fuerza, como si quisiera romperle el pecho. Iba a enfrentarlo otra vez: mirarlo y hablarle después de haberlo creído muerto por tantos años.

Llegó a la casa de botes. Todo estaba oscuro y silencioso; ni un alma a la vista. Se detuvo en la entrada trasera, preguntándose si se habría equivocado de lugar. Un paso apresurado a la vuelta de la esquina la tranquilizó y casi le detuvo el corazón. Era el hombre que había visto en el tribunal: ¡su esposo!

Ambos permanecieron en silencio por diez segundos que les parecieron una eternidad. Luego, él extendió la mano. Ella retrocedió con una expresión orgullosa y desafiante, aunque su alma temblaba.

—¡Humph! —fue su primera exclamación—. Ni siquiera me das la mano. No pareces muy contenta de verme.
—¿De dónde vienes? —preguntó ella, obligando a sus labios a moverse.
—¿De dónde vengo? —repitió él—. Vaya saludo para un marido tras una separación de… veamos, ¿cuántos años han pasado?
—Te pregunté de dónde vienes. ¿Cómo escapaste?

—¡Ah! Te refieres al naufragio en el gran lago. Fue bastante simple, aunque estuve cerca de no contarlo. Cuando el Water Queen se hundió, logré mantenerme a flote en un trozo de madera durante diez o doce horas. Fue un tiempo infernal, te lo aseguro; al final algo me golpeó en la cabeza y perdí el conocimiento. Cuando desperté, estaba en un hospital de Clydehaven, en el lado canadiense. Me dijeron que había estado fuera de mí casi tres semanas, y creo que era cierto; porque tras salir hubo momentos en que apenas sabía lo que hacía. Me fui a Seattle y luego a varios campamentos mineros, y nunca pensé en volver al Este hasta hace un año. Ahí tienes toda la historia resumida.

—Es una lástima que no te quedaras lejos para siempre —respondió ella con amargura.

—¡Por Dios, Maud, eso es cruel! No seas tan dura. No fue culpa mía, fue mi cabeza; te lo juro.
—¿Y has vuelto después de todos estos años simplemente para torturarme?
—¿Torturarte? Eso es bueno. —Al verla temblar, añadió—: Ven a la casa de botes. Tengo la llave y estaremos más cómodos que bajo este viento helado. Puedes confiar en mí.

Entró por una puerta lateral y ella lo siguió. Él encendió una linterna.
—Nadie vendrá aquí esta noche, así que podemos hablar sin interrupciones —continuó—. Siéntate en ese banco. Yo prefiero estar de pie.
—¿Me dirás por qué has vuelto? —preguntó ella, permaneciendo cerca de la puerta—. ¿Por qué no…?
—¿Morir? ¿Eso ibas a decir? Bueno, no era el destino de Dick Harley. Podría haber venido antes, pero no tenía tu dirección y supuse que no estabas ansiosa por verme.
—¡Eres un monstruo!
—Vamos, Maud, no te pongas así. Eso no me impresiona. Supongo que cuando te dejé estabas dispuesta a que me fuera.

—En eso tenías razón. ¡Te odiaba! —exclamó ella con vehemencia—. Me engañaste cuando era apenas una colegiala para casarme en secreto contigo, y luego me descuidaste: jugabas, bebías y te hundías cada vez más.
—Usaba mi propio dinero para eso —gruñó él—. Un caballero tiene derecho a beber y apostar si lo desea.
—Ningún hombre tiene derecho a arruinar la felicidad de su esposa. Aunque no me amaras, debiste ser honorable y permanecer a mi lado.
—¿Para qué? No nos amábamos; tú no me querías y por eso no me importó hundirme.

—¡Ah! Entonces admites tu propia depravación. Fue solo tu carácter torcido lo que te impulsó al pecado; no fue falta de consideración por mí lo que te hizo un borracho y un jugador.
—Ya empiezas otra vez, Maud. ¿Quieres enojarme? Recuerda que estamos casados; eres mi esposa.

Él la enfrentó con descaro y ella retrocedió como si hubiera recibido un golpe. Era cierto; sin importar lo que él fuera, era su esposo.

—No es propio de una esposa reprochar a su marido de esta manera —prosiguió él—. ¿Por qué no intentas ser amable y recibirme como es debido?

Avanzó un paso, pero ella lo rechazó.
—¡Aléjate, Richard Harley! —gritó—. No te atrevas a tocarme. Aunque sea tu esposa de nombre, te desprecio.

Él se detuvo y sus pequeños ojos parpadearon rápidamente.
—Eres una arpía —dijo con sarcasmo—. Pero tus aires no me afectan. Déjame decirte algo: he estado un tiempo en el hipódromo y he hecho averiguaciones sobre ti. Te has portado muy bien, ¿no? Comprometiéndote con otro hombre cuando estabas casada conmigo…
—Creí que estabas muerto. Los periódicos anunciaron tu muerte.
—Sí, y tú aceptaste encantada su palabra. Podrías haber investigado…
—Lo hice. Todos decían que estabas muerto. ¿Qué razón tenía para creer lo contrario si no regresabas?
—Bueno, dejemos eso. Ahora he vuelto y quiero saber qué piensas hacer al respecto. ¿Debo ir contigo a tu casa y darle la noticia a tu anciano padre?

—¡No! ¡Oh, cielos, no! ¡Eso no! Lo matarías —gritó ella—. ¡Cualquier cosa menos eso!

Él la miró fríamente, sin compasión.
—Lo imaginé. Por eso no me presenté y te mandé llamar.
—¿Por qué no te vas para siempre? —exclamó ella desesperada.
—Oh, claro, eso te vendría de maravilla; te dejaría libre para atrapar a otro, ahora que ese Chesterbrook ya está fuera del camino.

—¡No! ¡No! Solo quiero librarme de ti… para que mi padre nunca sepa de mi maldad —gemía ella.
—¿No quieres reconciliarte conmigo? ¿Y si prometo reformarme? —preguntó él con curiosidad.
—¡Nunca! ¡Nunca!
—Eres una mujer decidida, sin duda. Bueno, supongamos que llegamos a algún acuerdo.

—¡Sí, sí! —interrumpió ella con ansiedad—. Haré lo que sea si te vas y mantienes el pasado en secreto.

—Entonces creo que puede arreglarse sin mucho problema —dijo él, mirando hacia la puerta para asegurarse de que nadie estuviera cerca —. Imaginé que preferirías mi ausencia a mi compañía, así que vine preparado para hablar de negocios.
—¿Y qué propones?
—Quiero dinero —respondió bruscamente—. Las carreras me han salido mal y estoy casi sin un centavo. Consígueme cinco mil dólares y me iré sin volver a molestarte jamás.

—¡Cinco mil dólares!
Era dinero lo que buscaba. Había caído tan bajo que estaba dispuesto a dejarse sobornar para marcharse; ella lo despreciaba más que nunca. Al mismo tiempo, su corazón se estremeció ante la exigencia. Era una suma grande y ella tenía muy poco, pues casi todo su dinero se lo había entregado a la señora Darrow para el cuidado de Roy. Al pensar en esto, se preguntó cómo él nunca había sospechado del nacimiento del niño, nacido después de que la abandonara.

—Cinco mil no es mucho —continuó él—, al menos para alguien como tú. Yo solía estar bien, pero ese tiempo ya pasó. Vamos, ¿qué dices?
—No tengo tanto —titubeó ella—. Podría reunir mil; pero cinco…
—Puedes reunirlo si lo intentas. Tienes diamantes y cosas así; quizá tengas que presionar un poco a tu padre, pero piensa en lo que ganarías.
—¿Y me prometes —no, me juras— que nunca volverás a acercarte a mí? —preguntó ella casi en un susurro.
—Sí, lo juro, o haré lo que quieras —respondió él con rapidez—. ¿Cuándo puedes traerme el dinero? —añadió, como si el asunto estuviera resuelto.
—No lo sé. Debo ver qué puedo hacer. Todo esto es tan repentino.
—Las carreras han terminado y quiero irme de Lakeview. Aquí no pasa nada, salvo el juicio de ese pobre diablo que arrestaron por el asesinato de tu amante.

Un suspiro desgarrador escapó de ella. Por un momento había olvidado todo aquello. ¡Qué problemas parecían acumularse sobre ella!

—Te enviaré un recado mañana —dijo—. ¿Dónde puedo encontrarte?
—Vendré aquí, digamos al mediodía en punto, y debes venir tú misma; no quiero ninguna carta.
—No tendré el dinero para entonces, pero te diré lo que pueda hacer.
—Está bien. —Levantó la linterna para mirar una vez más su hermoso rostro—. ¡Por Dios, Maud, eres más bella que cuando me casé contigo! No me extraña que ese hombre quisiera tenerte solo para él.
—¡No! ¡No! —gritó ella—. Recuerda que está muerto.
—Lo recordaré, claro que sí. Pero dime, ¿eran muy íntimos antes de la boda, verdad?
—¿Qué quieres decir? —lo miró rápido, con intensidad—. ¿Qué sabes de mi compromiso con Allen Chesterbrook?
—Sé bastante. ¿No te dije que había estado investigando tus asuntos? Quería saber cómo se comportaba mi querida esposa —añadió con sarcasmo.
—¿Espiaste mis actos?
—Tenía derecho.
—No tenías derecho. ¿Por qué no viniste a mí de inmediato, antes… antes…?
—¿Antes de que tú y él fueran demasiado íntimos? Tenía mis razones.

Una extraña luz brilló en sus ojos y ella apretó con fuerza sus manos blancas.
—Me espiaste. ¿Qué viste?
—Vi lo suficiente.
—Respóndeme, ¿qué viste?
—Dije que vi lo suficiente. Tú deberías saber lo que significa.
—No te atreves a responderme. No viste nada, Dick Harley. Solo intentas asustarme.

Puso tanto desprecio en sus palabras que lo hirió profundamente. Su rostro, marcado por el vicio, se sonrojó; dejó la linterna y se acercó a ella con paso firme.

—¿Que no vi nada? —siseó—. ¿No te vi entrar furtivamente en sus habitaciones la misma mañana en que iban a casarse? ¿No escuché todas esas dulces palabras de amor después de que estuviste allí un rato? ¿Y no te vi salir por la puerta trasera y dirigirte a tu hogar por un sendero solitario? Oh, quizá yo sea malo, pero tú no eres un ángel. ¡Ah, mi señora, sé algo de tus actos, algo que no querrías que se supiera!

Sus palabras la sobresaltaron; retrocedió tambaleante, mirándolo con ojos desorbitados y el rostro tan pálido como el de un cadáver.

CAPÍTULO 24

Una luz sobre el misterio

En pocos momentos, Maud recobró fuerzas tras la agitación. Con los ojos fijos en aquel hombre, preguntó con voz ronca:

—¿Viste todo eso… la mañana de la tragedia?
—Lo vi, y no puedes negar los hechos.
—No los niego, Dick Harley. ¿De qué serviría negarlos ante ti? Pero déjame decirte algo. —Lo agarró violentamente por el cuello del abrigo—. Si viste todo eso, si estabas en esa casa, tú asesinaste a Allen Chesterbrook.

Al pronunciar la terrible acusación lo sostuvo con fuerza, mirándolo con una intensidad que le atravesaba el alma. Él intentó librarse, pero ella se aferró con la desesperación de quien no tiene salida.

—No puedes negarlo, Dick Harley; volviste y lo asesinaste. Lo apuñalaste en el corazón con la daga que estaba sobre el buró.

Él bajó la mirada y palideció. Podría haber resistido a un juez, a un jurado o a cien hombres, pero no a ella; la mujer que había amado y que aún amaba a su manera egoísta.

—¿Qué te hace pensar que volví…? —empezó, pero ella lo interrumpió con valentía; no iba a dejarse engañar.
—Fuiste tú quien cometió ese acto vil. ¿Qué respuesta tienes a esta acusación?

Se inclinó más, apretando el cuello de él con ambas manos. No lo dejó apartar el rostro.

—Tenía derecho —murmuró al fin—. Tú eras mi esposa y él no tenía derecho a tu afecto.

Ella lo apartó con violencia. Había escuchado suficiente: él había confesado el crimen. Richard Harley había asesinado a Allen Chesterbrook. Incluso en ese momento pensó en la terrible verdad: era su esposo y era un asesino.

—¡Tú… vil desgraciado! —no halló otras palabras.
—No seas dura conmigo —clamó él—. Considera las circunstancias: el demonio de los celos que despertó en mí al ver sus caricias contigo. Él no tenía derecho a tu amor. Además, si hubiera vivido y te hubieras casado con él, ¿qué problemas habría traído? Seguramente no querrías tener dos maridos.
—¡Lo asesinaste! —Esa frase lo decía todo. ¡Y pensar que estaba casada con semejante miserable! Sintió como si su corazón muriera por dentro.
—No lo llames así, Maud; di que lo aparté de nuestro camino. Y con buena causa. ¿Crees que te amaba tan poco como para renunciar a mi derecho sobre ti?
—¡Y aun así estabas dispuesto a vender ese derecho por unos dólares! —por fin halló su voz—. ¡Lo venderías… después de teñir tus manos de sangre!
—¡Basta! No dirás más de eso. No lo soportaré. Estaba enfurecido al ver tu afecto por él; no lo hice a sangre fría. Primero le dije quién era, me llamó mentiroso y hubo palabras duras.
—¿Le dijiste que eras mi…?
—¡Esposo! Exactamente. Él no lo creyó; dijo que tú le habías asegurado que yo estaba muerto. El golpe fue dado antes de que supiera lo que hacía. Fue en defensa propia. Era mi vida o la suya tras el primer ataque.
—¿Pero cómo escapaste? Las puertas estaban cerradas.
—Salí por la ventana hacia la habitación contigua, la vacía donde me escondía cuando tú estabas con él. No había nadie en el pasillo, aunque escuché voces en el sótano, y salí, como tú, por la puerta trasera.

Relató la historia con tal claridad que ella supo que era cierta. A él no parecía importarle demasiado; los años de vida disoluta lo habían endurecido. Ella guardó silencio un largo rato antes de responder.

—¿Te das cuenta de que eres un asesino y que pueden colgarte?
—Las autoridades están equivocadas. No sospechan de mí —exclamó —; no lo saben, y tú no te atreverás a decirlo.
—¿Por qué no? ¿Sabes que ahora mismo un inocente es juzgado por ese crimen?
—El jurado no lo condenará. Rara vez lo hacen con pruebas circunstanciales.
—Puede ser condenado. ¿Y entonces?
—No lo será. He seguido el juicio y observé bien al jurado. No tienen valor para condenarlo. ¿Y qué importa si lo encierran unos años? Sus amigos pronto lo indultarán. Es rico, según escuché.

Cada palabra era cortante como un cuchillo. Si él supiera que Cross la amaba y que ella lo amaba a él —más que a Chesterbrook, más que a nadie— ahora que estaba segura de su inocencia.

—¿Permitirías que la reputación de un inocente quedara arruinada para siempre? —dijo ella lentamente.
—Mira, Maud, no es justo decirlo así. Yo cometí el acto en defensa propia; no esperarás que me entregue. Nadie creería mi historia. Es culpa de ese tipo si no logra probar su inocencia. Tiene dinero para contratar a los mejores abogados.
—Eso no viene al caso —respondió ella fríamente.
—Bueno, no te atreverás a delatarme —dijo él con descaro y una risa baja—. Si lo haces, contaré todo sobre mí, sobre ti y sobre Chesterbrook. ¿Cómo te gustaría eso, con tu anciano padre en primera fila escuchándolo todo?

Ella retrocedió. Él había tocado su punto más sensible. Richard esperó a que el veneno hiciera efecto y continuó:

—Así que más vale que no digas nada. Consígueme esos cinco mil en efectivo, despídete y deja que el futuro se encargue.
—¡Nunca!

Pronunció la palabra con tal resolución que él se estremeció. La miró con furia.

—¿No conseguirás el dinero?

—No lo haré.
—¡Lo harás!
—Digo que no. Lo contaré todo, sin importar la vergüenza, antes de permitir que Henry Cross pierda su buen nombre.

Él se lanzó hacia ella como para obligarla a retractarse, pero Maud tomó la linterna y la agitó amenazante.

—No te acerques, Dick Harley.
—Primero me prometerás guardar silencio.
—No prometo nada a un asesino.
—Entonces escucha: tu denuncia no servirá de nada, porque esta noche me iré de Lakeview para no volver jamás. ¿Quién creerá tu historia entonces? Dirán que estás loca, que solo intentas salvar a ese hombre y ahí terminará todo.
—No te irás.
—Sí me iré, y no sabrás de mí hasta que este asunto esté resuelto. Entonces —su tono pasó del sarcasmo a la seriedad— volveré a negociar esos cinco mil dólares. Quizá para entonces estés en mejores condiciones de pagarme.

Retrocedió hacia la puerta. Ella levantó la mano suplicante.

—¡Detente!
—No, a menos que jures guardar mi secreto.
—Eso nunca lo haré.

—Entonces me voy. Podría ser violento contigo, pero no es mi estilo. Recuerda lo que he dicho. Cuando este asunto del asesinato se resuelva y comprendas la sabiduría de guardar silencio, volverás a saber de mí; antes no.

Hizo una reverencia burlona y salió. Ella le gritó que se detuviera, pero él no lo hizo; al correr afuera, lo vio alejarse por la playa en dirección contraria a Lakeview. Pensó en perseguirlo, en sujetarlo y pedir ayuda, pero antes de avanzar unos metros, él ya había desaparecido tras una curva donde el bosque llegaba casi hasta la orilla.

Por un momento permaneció en la arena, mirando ansiosa y esperando su regreso. Pero no apareció señal alguna de vida humana;

entonces, con el corazón enfermo y la mente en un torbellino, volvió tambaleante a casa. Nunca supo cómo logró entrar sin despertar sospechas. Una vez en su habitación, se encerró bajo llave, temblando de pies a cabeza, con el rostro convertido en un retrato de desesperación absoluta.

—¡Un asesino, y estoy casada con él! —El pensamiento era una agonía capaz de volverla loca. Pero había otros implicados. Pensó en Cross y en lo que sufriría si ella guardaba silencio. Quizá fuera como Harley decía: nadie creería su historia sensacional. La señalarían con el dedo de la vergüenza y Cross seguiría siendo considerado culpable.

Sin embargo, existía una posibilidad: él podía ser absuelto. Como quien se aferra a una tabla en medio de un naufragio, ella se aferró a ese tenue rayo de esperanza. ¡Oh, si tan solo el jurado dictara un veredicto de inocencia, o si al menos no lograran ponerse de acuerdo!

Cien pensamientos recorrieron su mente durante aquella larga noche de insomnio. Quería cumplir con su deber y, sin embargo, cada fibra de su ser se resistía a esa terrible exposición. ¿Quién podría culparla?

La luz del día la encontró febril y agitada. Al verla enferma, su padre mandó llamar de inmediato al médico. El doctor comprendió enseguida que algo grave había ocurrido, pero no hizo preguntas. Sacó unos polvos de su estuche y le dio uno disuelto en agua. Ella lo tomó sin protestar y cayó en un sueño agitado que duró hasta bien entrada la tarde.

El coronel permaneció a su lado casi todo el tiempo. Por la noche, ella intentó levantarse, pero le administraron otra dosis y volvió a dormir hasta las siete de la mañana siguiente.

—¡Oh, padre, padre! —fueron sus primeras palabras mientras se incorporaba y hundía el rostro en su hombro.
—Vamos, Maud, trata de tranquilizarte. Sabía que no soportarías la tensión de ese juicio; debes descansar. Nancy te traerá el desayuno y luego tomarás otro polvo.
—¡Oh, padre, si tan solo supieras! —sollozó—. ¡Si tan solo supieras!
—Sí, Maud, lo sé. Pero debes ser fuerte.
—¿Lo han… lo han declarado culpable?

—El caso ya está en manos del jurado; salieron anoche. Dicen que parece que no habrá acuerdo —añadió él con bondad.

Ella se aferró a esas palabras. ¡Que no se pusieran de acuerdo, que Henry Cross tuviera otra oportunidad y ella tiempo para decidir el mejor camino! La mujer de color apareció con una bandeja y, para complacer a su padre, Maud comió un poco.

—Ahora baja, papá —dijo—. Tomaré el polvo al terminar.

Él bajó y Nancy lo siguió minutos después. Maud se quedó sola. Permaneció sentada sin moverse; los sedantes habían nublado su mente, pero tomó con avidez la dosis que estaba sobre la mesa. ¡Qué bendito olvido producía aquel sueño! ¡Si pudiera durar para siempre! Entonces pensó en Henry Cross esperando el veredicto. ¿Seguiría creyéndola culpable? No podía ser de otra manera.

Escuchó el sonido de ruedas sobre la grava: John regresaba del pueblo con el periódico y el correo. Lo oyó entrar y dirigirse al comedor donde el coronel desayunaba. Luego, sus pasos resonaron hacia la parte trasera de la casa.

De pronto, un murmullo de voces llegó a sus oídos. Captó las palabras "juez" y "resuelto rápidamente", y supo que hablaban del juicio. Saltó de la cama y avanzó tambaleante por el pasillo. El murmullo cesó cuando el coronel entró y cerró la puerta tras de sí.

—Silencio todos. Recuerden que mi hija no debe saber que Henry Cross ha sido declarado culpable.

Hubo un grito desgarrador en la planta alta, seguido de un fuerte golpe. De inmediato, la casa entera se llenó de conmoción.

CAPÍTULO 25

Un hombre sin honor

—Es terrible. Nunca pensé que pareciera un hombre capaz de

cometer semejante acto.
Violet Harding dejó el periódico con un largo suspiro.
—¿Qué es tan terrible, Violet? ¿De qué hablas?
—Acabo de leer sobre el juicio de Cross. Lo han declarado culpable de asesinar al pobre señor Chesterbrook.
—¿En serio? Yo también he estado leyendo sobre eso. Pero, ¿no dijiste algo acerca del hombre? ¿Es posible que lo conocieras?

El rostro de Violet se sonrojó.
—Sí, los conocí a ambos —dijo simplemente—. Sabes que trabajé en Lakeview antes de venir a Factorytown.
—Ah, sí. ¿Y conocías a los dos?
—Sí, aunque era más cercana al señor Chesterbrook que al señor Cross.
—Fue un acto terrible.
—Lo fue. Pero debo irme al trabajo; ya casi son las nueve. Hoy no volveré a almorzar, señora Canberry.
—Muy bien, querida. Sé lo ocupados que están en la fábrica de lana y, sin duda, los obreros lo agradecen después de tiempos tan difíciles.

Con ánimo pensativo, Violet caminó hacia la oficina. ¡Qué afortunada había sido al escapar de las garras de aquel detective! Todo gracias a que aquella mañana había salido en una misión de caridad y pudo probar su coartada. Aún le hacía estremecerse recordarlo; estaba contenta de haber dejado atrás Lakeview y sus terrores.

Sentía lástima por Henry Cross, pues siempre lo había considerado un caballero cabal. Lo había visto varias veces en la oficina de la Land Improvement Company y él siempre fue amable; le había hecho pequeños favores que una muchacha en su situación no olvidaba fácilmente.

Su caminata la llevó al extremo del pueblo donde, apenas dos semanas antes, había conseguido empleo. Entró con paso firme y pronto estuvo tan absorta en su labor que apenas pensaba en otra cosa. El frío era intenso, pero hacia el mediodía comenzó a moderarse. A las tres de la tarde empezó a nevar y, cuando el silbato anunció el fin de la jornada, los copos ya cubrían calles y aceras.

—Me iré a casa cuanto antes —pensó Violet—. La señora Canberry y

yo pasaremos una velada tranquila. Me alegra haber encontrado un lugar tan bueno para hospedarme.

Se colocó el sombrero y el velo y salió entre los cientos de obreros que abandonaban la fábrica. Había caminado poco más de una cuadra cuando alguien le tocó el hombro. Se volvió sorprendida.

—¡Tú! —exclamó.
—Exactamente —respondió el hombre—. No esperabas verme aquí, ¿verdad?

Su rostro estaba delgado y demacrado, más alarmante que nunca. Llevaba un abrigo raído y el sombrero le cubría los ojos apagados. Evidentemente, la fortuna no lo había tratado bien desde su último encuentro en el acantilado, más allá de Lakeview. Ella retrocedió, preguntándose cómo habría logrado rastrearla tras tantas precauciones.

—Te encontré por accidente —continuó él, adivinando su pensamiento—. Llegué ayer y te vi en la máquina de escribir cuando pasé por la oficina. No esperaba tener tanta suerte.
—No tienes derecho a seguirme —respondió ella indignada—. Ya me has causado bastante sufrimiento. Cuando dejé Lakeview esperaba no volver a verte jamás.
—Lo supongo. Pero ya ves, soy como una moneda falsa: siempre vuelvo a aparecer. —Había estado bebiendo y rió ruidosamente—. Ven por esta calle lateral y hablemos un poco.

Ella no quería ir, pero era imposible dejarlo allí mismo; varias personas los miraban con curiosidad. Lo siguió hasta una calle sin pavimentar que, por la tormenta, estaba desierta.

—Fue una mala jugada huir de mí —dijo él con reproche.
—Tengo derecho a ir a donde quiera.
—¿No te importo nada?
—№ ¿No te lo he dicho ya cien veces?
—Pero alguna vez me quisiste, Violet. Lo dijiste cuando vivíamos en aquella pensión en Nueva York.
—Fui una tonta entonces; acababa de quedar sola y hasta tu compañía me parecía aceptable. Y tú eras distinto: dijiste que habías

dejado de beber.
—Lo hice por un tiempo, y no habría vuelto a hacerlo si no me hubieras rechazado. Vuelve conmigo, Violet; cásate conmigo y me reformaré, lo juro —rogó con insistencia.

—№ No eres nada para mí. Ojalá nunca te hubiera visto. Quiero librarme de ti para siempre. ¡Oh, por qué me sigues así! —gritó, golpeando el suelo con el pie.
—Porque te amo —respondió él.
—¡Mientes! No hay amor ni honor en tu corazón. Eres un jugador y un borracho, y quizá algo peor. Nunca he recibido de ti más que mentiras. Pero no arruinarás mi vida; no tendré nada que ver contigo. Te odio y te desprecio.

Ella estaba cada vez más exaltada, pero para aquel miserable sus palabras eran solo ruido; incluso disfrutaba de esos arrebatos de ira. Lo inflamaban y lo hacían desear con más ansia forzarla a ceder. Amarla no podía, pues no estaba en su naturaleza, pero se deleitaba con su belleza como un avaro con su oro. Estaba decidido a poseerla; la obligaría a casarse con él. La había seguido durante años y ahora estaba desesperado. Si ella no prometía ser su esposa, cerraría los dedos sobre su garganta y la estrangularía.

Estos pensamientos flotaban en su mente enturbiada por el whisky mientras la miraba fijamente. Se movía inquieto. Una vez extendió la mano, pero ella retrocedió.

—No tengas miedo —dijo él con una sonrisa siniestra.
—No te tengo miedo —respondió ella con firmeza.
—Ojalá me creyeras, Violet; aún puedo ser un hombre de bien.
—Hazlo entonces, pero no te acerques a mí.
—Pero tengo una oportunidad de hacerme rico pronto; ya te lo dije. Podríamos irnos al Oeste y yo empezaría de nuevo, te amaría más que…

Un destello de ira brilló en los ojos de ella. No pudo soportarlo más; alzó su mano y lo golpeó con fuerza en la boca.
—¡Ahora no te atrevas a seguirme! —gritó—. ¡No te atrevas o te entregaré a la policía!

Se apartó y corrió calle arriba. Cruzó la calle principal y entró en un callejón que servía de atajo hacia su pensión. En medio de la tormenta, nadie reparó en ella ni en el hombre que la seguía. El viento lanzaba copos gruesos contra su rostro, pero no le importaba; su único pensamiento era escapar de su acosador sin provocar un escándalo.

El camino cruzaba un arroyo de montaña que dividía el pueblo y daba fuerza a los telares. Al final de la calle había un estrecho puente peatonal que conectaba las dos fábricas de una compañía. Violet se lanzó sobre el puente con el hombre pisándole los talones.

—¡Detente! —gritó él—. ¡Detente! No te haré daño.
Al instante siguiente, su mano se posó sobre el brazo de ella.

Ella luchó por liberarse al ver en sus ojos algo que la alarmaba profundamente. Su supuesto amor se transformaba en odio, como ocurre con las pasiones frustradas. Intentó zafarse y gritó pidiendo ayuda, pero él sofocó cualquier otro grito sujetándola por la garganta. Con el otro brazo alrededor de su cintura, la arrojó bruscamente contra la baranda; sus ojos brillaban con una mirada salvaje y su boca se contraía como la de una bestia furiosa.

—¿Intentas escapar otra vez, pajarito? —vociferó—. ¡Nunca más! Te amo y te tendré. Prométeme que serás mi esposa. ¿Lo oyes? ¡Mi esposa! ¡Ja, ja!

Rió desquiciado y, en su frenesí alcohólico, la sacudió con violencia.

—Dame tu promesa ahora mismo. Di que sí y te soltaré. Si no, te arrojo al río.
—¡Nunca, bruto! —gimió ella.

Aunque luchaba por su vida, no podía igualar la fuerza de él. Su respuesta lo enloqueció por completo. Con una maldición salvaje, la levantó hacia la baranda hasta dejarla casi suspendida sobre el agua. Al intentar soltarla para que no lo arrastrara consigo, lanzó todo su peso hacia adelante; se oyó un crujido de postes y barandales arrancándose de cuajo. Un instante más y ambos habrían caído a las aguas turbulentas.

Sin embargo, el grito de la joven había sido escuchado. Un hombre apareció en el puente corriendo velozmente. Comprendiendo la situación de inmediato, se lanzó al frente y asestó al agresor un golpe terrible en el rostro; al segundo siguiente, puso a Violet a salvo.

Con un grito de furia, el atacante se abalanzó sobre su rescatador. Se trabaron en una lucha de golpes feroces, forcejeando sin importarles el peligro. Con un súbito empuje, ambos chocaron contra la baranda debilitada, que cedió. Cayeron de cabeza hacia la muerte.

Violet observaba la escena temblando, entre el miedo y el agradecimiento. Al verlos desaparecer sobre el puente, lanzó un grito de horror; desde la altura, vio cómo se estrellaban contra las rocas afiladas donde la corriente rugía y espumaba.

Los cuerpos se separaron. Mientras uno flotaba hasta perderse en la oscuridad, una barca con un solo ocupante salió de la orilla opuesta. Era uno de los vigilantes nocturnos de la fábrica, quien había presenciado la pelea y decidió intervenir. No advirtió el primer cuerpo oscuro que pasó junto a él hasta que fue demasiado tarde, pero al volverse hacia el otro, vio que se había detenido al quedar atrapado contra una roca.

Un par de vigorosos golpes de remo lo llevaron hasta allí. Con un esfuerzo desesperado, el vigilante lo agarró por la ropa y lo subió a la barca.

Violet había observado la escena con las manos entrelazadas y el rostro aterrado. Al ver al barquero acercarse a la orilla, reaccionó. Su primer impulso fue huir para no ser vinculada con la tragedia, pero ¿y si el hombre salvado era su acosador? Si sobrevivía, su destino seguiría en manos de aquel miserable. Sin detenerse a analizarlo, bajó a la orilla mientras el vigilante arrastraba la barca. Se estremeció al ver la figura inmóvil en el fondo.

—Oh, señor —preguntó débilmente—, ¿está… muerto?
—Creo que aún vive. Corra por un médico si quiere salvarlo mientras yo lo llevo a la fábrica.
—No conozco a ningún médico, soy casi extraña aquí. Llévelo a la

fábrica; yo lo cuidaré mientras usted busca ayuda. Consiga al primero que encuentre, yo pagaré todo.

La fábrica estaba cerca y una luz tenue ardía en la oficina. El hombre abrió la puerta de una patada y colocó el cuerpo empapado en un banco.
—Iré por el doctor Harrison; vive cerca —dijo, y se marchó a toda prisa.

Violet suspiró al quedarse sola con el moribundo. Se acercó con el corazón palpitante y miró aquel rostro pálido iluminado por la lámpara. Al encontrarse sus miradas, su corazón pareció detenerse; lanzó un grito y cayó de rodillas junto a él. El herido intentó incorporarse, pero estaba demasiado débil. Susurró con voz ronca:

—¡Violet!
Ella levantó la cabeza. De nuevo sus ojos se encontraron.
—¡Richard… tú…! —exclamó.

Recobrando el dominio de sí misma, le levantó la cabeza y la apoyó en su brazo, apartando con ternura el cabello húmedo de su frente.
—Tú, hermana… y ese hombre… ese demonio… ¿quién era?
Ella le explicó en pocas palabras su relación con el agresor.
—Gracias a Dios… te salvé.
—¿Y tú, Dick? ¿Cómo llegaste aquí? Creí que estabas lejos.
—Sí, hermana. Prometí no volver a cruzarme en tu camino —murmuró débilmente—. No valgo nada, nunca lo he valido, pero te salvé la vida, ¿verdad? Es el único acto bueno que he hecho. Estoy muriendo, hermana. ¿Me darás un beso y dirás que me perdonas?
—Calla, Dick, no eres tan malo. Sí, te perdono —y se inclinó para besarlo.

Una débil sonrisa cruzó el rostro del hombre y sus duras facciones se suavizaron.
—Sí, soy malo; he sumado pecados peores que aquel que nos separó años atrás. Debo vivir lo suficiente para hacer una confesión. Envía un mensaje a… a… —su voz se apagó en un susurro al decir un nombre.
Violet se estremeció al oírlo.
—Estuve rondando Lakeview un tiempo —continuó él—. Cuando supe que estabas allí, me fui lo más rápido que pude; no me atreví a

encontrarte.

En ese momento regresó el vigilante con el médico. El doctor negó con la cabeza al ver la gravedad de las lesiones.
—Sé que estoy perdido, doctor, pero manténgame vivo unas horas; es cuestión de vida o muerte para otros —susurró el herido.

Tras estabilizarlo, el médico se marchó para enviar hombres que lo trasladaran. Una hora después, Richard fue llevado a la pensión de Violet. Ella no se apartó de su lado, salvo para escribir unas palabras y pedir a la casera que enviara el telegrama de inmediato. Se sentó junto a él toda la noche, estrechando su mano y observando el agitado respirar de aquel pecho atribulado, de donde pronto partiría su alma hacia el destino final.

Ella luchó por liberarse al ver en sus ojos algo que la alarmaba profundamente. Su supuesto amor se transformaba en odio, como suele ocurrir con las pasiones frustradas. Intentó zafarse y gritó pidiendo ayuda, pero él sofocó cualquier otro grito sujetándola por la garganta. Con el otro brazo alrededor de su cintura, la arrojó bruscamente contra la baranda; sus ojos brillaban con una mirada salvaje y su boca se contraía como la de una bestia furiosa.

—¿Intentas escapar otra vez, pajarito? —vociferó—. ¡Nunca más! Te amo y te tendré. Dame tu promesa: ven a vivir conmigo, sé mi esposa. ¿Lo oyes? ¡Mi esposa! ¡Ja, ja!

Rió desquiciado y, en su frenesí alcohólico, la sacudió con violencia.

—Tendré tu promesa ahora mismo. Di que sí y te soltaré. Si no, te arrojo al río.
—¡Nunca, bruto! —gimió ella.

Aunque luchaba desesperadamente por su vida, no podía igualar la fuerza de él. Su respuesta lo enloqueció por completo. Con una maldición salvaje, la levantó hacia la baranda hasta dejarla casi suspendida sobre el agua. Al intentar soltarla para que no lo arrastrara consigo, lanzó todo su peso hacia adelante; se oyó un crujido de postes y barandales arrancándose de cuajo. Un instante más y ambos habrían caído a las aguas turbulentas.

Sin embargo, el grito de la joven había sido escuchado. Un hombre apareció en el puente corriendo velozmente. Comprendiendo la situación de inmediato, se lanzó al frente y asestó al agresor un golpe terrible en el rostro; al segundo siguiente, puso a Violet a salvo.

Con un grito de furia, el atacante se abalanzó sobre su rescatador. Se trabaron en una lucha de golpes feroces, forcejeando sin importarles el peligro. Con un súbito empuje, ambos chocaron contra la baranda debilitada, que cedió. Cayeron de cabeza hacia la muerte.

Violet observaba la escena temblando, entre el miedo y el agradecimiento. Al verlos desaparecer sobre el puente, lanzó un grito de horror; desde la altura, vio cómo se estrellaban contra las rocas afiladas donde la corriente rugía y espumaba.

Los cuerpos se separaron. Mientras uno flotaba hasta perderse en la oscuridad, una barca con un solo ocupante salió de la orilla opuesta. Era uno de los vigilantes nocturnos de la fábrica, quien había presenciado la pelea y decidió intervenir. No advirtió el primer cuerpo oscuro que pasó junto a él hasta que fue demasiado tarde, pero al volverse hacia el otro, vio que se había detenido al quedar atrapado contra una roca.

Un par de vigorosos golpes de remo lo llevaron hasta allí. Con un esfuerzo desesperado, el vigilante lo agarró por la ropa y lo subió a la barca.

Violet había observado la escena con las manos entrelazadas y el rostro aterrado. Al ver al barquero acercarse a la orilla, reaccionó. Su primer impulso fue huir para no ser vinculada con la tragedia, pero ¿y si el hombre salvado era su acosador? Si sobrevivía, su destino seguiría en manos de aquel miserable. Sin detenerse a analizarlo, bajó a la orilla mientras el vigilante arrastraba la barca. Se estremeció al ver la figura inmóvil en el fondo.

—Oh, señor —preguntó débilmente—, ¿está… muerto?
—Creo que aún vive. Corra por un médico si quiere salvarlo mientras yo lo llevo a la fábrica.
—No conozco a ningún médico, soy casi extraña aquí. Llévelo a la

fábrica; yo lo cuidaré mientras usted busca ayuda. Consiga al primero que encuentre, yo pagaré todo.

La fábrica estaba cerca y una luz tenue ardía en la oficina. El hombre abrió la puerta de una patada y colocó el cuerpo empapado en un banco.
—Iré por el doctor Harrison; vive cerca —dijo, y se marchó a toda prisa.

Violet suspiró al quedarse sola con el moribundo. Se acercó con el corazón palpitante y miró aquel rostro pálido iluminado por la lámpara. Al encontrarse sus miradas, su corazón pareció detenerse; lanzó un grito y cayó de rodillas junto a él. El herido intentó incorporarse, pero estaba demasiado débil. Susurró con voz ronca:

—¡Violet!
Ella levantó la cabeza. De nuevo sus ojos se encontraron.
—¡Richard… tú…! —exclamó.

Recobrando el dominio de sí misma, le levantó la cabeza y la apoyó en su brazo, apartando con ternura el cabello húmedo de su frente.
—Tú, hermana… y ese hombre… ese demonio… ¿quién era?
Ella le explicó en pocas palabras su relación con el agresor.
—Gracias a Dios… te salvé.
—¿Y tú, Dick? ¿Cómo llegaste aquí? Creí que estabas lejos.
—Sí, hermana. Prometí no volver a cruzarme en tu camino —murmuró débilmente—. No valgo nada, nunca lo he valido, pero te salvé la vida, ¿verdad? Es el único acto bueno que he hecho. Estoy muriendo, hermana. ¿Me darás un beso y dirás que me perdonas?
—Calla, Dick, no eres tan malo. Sí, te perdono —y se inclinó para besar sus labios.

Una débil sonrisa cruzó el rostro del hombre y sus duras facciones se suavizaron.
—Sí, soy malo; he sumado pecados peores que aquel que nos separó años atrás. Debo vivir lo suficiente para hacer una confesión. Envía un mensaje a… a… —su voz se apagó en un susurro al decir un nombre.
Violet se estremeció al oírlo.
—Estuve rondando Lakeview un tiempo —continuó él—. Cuando supe que estabas allí, me fui lo más rápido que pude; no me atreví a

encontrarte.

En ese momento regresó el vigilante con el médico. El doctor negó con la cabeza al ver la gravedad de las lesiones.
—Sé que estoy perdido, doctor, pero manténgame vivo unas horas; es cuestión de vida o muerte para otros —susurró el herido.

Tras estabilizarlo, el médico se marchó para enviar hombres que lo trasladaran. Una hora después, Richard fue llevado a la pensión de Violet. Ella no se apartó de su lado, salvo para escribir unas palabras y pedir a la casera que enviara el telegrama de inmediato. Se sentó junto a él toda la noche, estrechando su mano y observando el agitado respirar de aquel pecho atribulado, de donde pronto partiría su alma hacia el olvido.

CAPÍTULO 26

Confesión y expiación

—Y ahora sabes toda la verdad, papá—¡todo! ¿No me odias—no me desprecias?

Era Maud Willowby quien hablaba. Estaba sentada en la cama, sostenida por varias almohadas, con sus delgadas manos blancas entrelazadas y un extraño fuego ardiendo en sus ojos hundidos. Habían pasado varios días desde que cayó casi sin vida en lo alto de la escalera, y desde entonces había estado debatiéndose entre la vida y la muerte, a veces rogando que la última fuera su destino.

El coronel no respondió de inmediato. Había sido un golpe cruel, una puñalada al corazón, y su naturaleza se rebelaba contra ello. Durante casi una hora había escuchado, conteniendo su ira de vez en cuando y paseando por la habitación con pasos espasmódicos que revelaban la furia que lo dominaba. Pero ella no había vacilado; en un monótono relato había confesado su terrible secreto, sin atreverse a mirarlo hasta ahora, cuando pronunció la última palabra.

Afuera, el suelo estaba cubierto de nieve y el viento seguía lanzando

pequeñas partículas contra las ventanas, como buscando alguna rendija por donde entrar. Padre e hija estaban completamente solos. Ella lo había ordenado así.

—¡Maud! —su voz temblaba tanto que apenas podía hablar. Iba a decir que habría preferido verla en la tumba antes que escuchar esa historia de engaño y miseria. Pero al mirarla, la compasión lo detuvo y esas palabras no fueron dichas. De nuevo recorrió inquieto la silenciosa habitación.

—¿Y él—tu esposo—es el hombre que mató a Allen Chesterbrook? —dijo lentamente.
—Sí.

Otra vez hubo silencio, roto solo por el aullido del viento y el portazo de una puerta abajo. Ella escondió el rostro en las almohadas y comenzó a sollozar.

—Entonces ya has sido castigada bastante, hija mía —dijo suavemente al fin—. No hay necesidad de que yo… yo…

Su voz se apagó en un suspiro de ternura. Se inclinó sobre ella y acarició su cabello dorado. Ese repentino acto de bondad y simpatía la hizo llorar más fuerte, y él tuvo que esforcharse para consolarla.

—¡Oh, es espantoso, papá! ¡Piénsalo! No creo que puedas comprenderlo del todo. Estamos casados, y él es un asesino. Y luego piensa en Roy, papá—mi Roy—ese pequeño tan varonil—¡el hijo de un asesino! Oh, yo podría soportar mi propia desgracia y vergüenza—al menos lo intentaría—pero ¡piensa en la deshonra para él!

—Él no conoce a su padre; nunca debe conocerlo —interrumpió el coronel apresuradamente—. Debes mantener al niño apartado. Envíalo a algún asilo.
—¿Y debo separarme de él—de mi propia sangre? —su cabeza se sacudió en agonía, mientras las lágrimas brotaban de nuevo.
—Sí, debes separarte de él. Y debemos apartar también a esa vieja mujer. El dinero lo hará. —Comenzó a pasear otra vez—. Sí, el dinero lo hará—debe hacerlo.

—¿Y después, papá?
—Ese miserable debe ser encontrado. Los detectives deben seguir su pista. No esos inútiles como Hull, sino hombres que sepan su oficio. Lo atraparán pronto—y Henry Cross será reivindicado.

Ah, sí, Henry Cross sería reivindicado—eso era cierto. Pero ¿y ella? ¿Qué diría y pensaría el mundo frío y cruel de ella?

—Debes ser fuerte, Maud; debes cumplir con tu deber, por humillante que sea. Se lo debes a la ley, a Cross, a ti misma. Debes cumplir con tu deber, cueste lo que cueste.
—¡Oh, papá, prefiero morir! —saltó de la cama y se arrojó a sus pies—. ¡Piensa en la eterna deshonra! Seré la viuda de un asesino, de un hombre que terminó en la silla eléctrica. Nadie me hablará. Seré rechazada. La joven que fue la reina de Lakeview será marginada, despreciada.

Él tomó sus manos y la abrazó.
—Nos iremos. Podemos ir a Sudamérica; y el niño…

Un golpe en la puerta interrumpió la conversación. Era uno de los sirvientes.
—Un mensaje para la señorita Maud. El hombre que lo trajo dijo que no debía retrasarse bajo ninguna circunstancia, y lamentaba no haberlo entregado anoche, como debía, de no haber sido por la tormenta.

El coronel tomó el sobre de la mano del sirviente.
—¿El hombre espera respuesta? —preguntó.
—Sí, señor.
—Muy bien. Hazlo sentir cómodo. No es una buena tormenta para que alguien esté expuesto.

El sirviente se retiró y el coronel se volvió hacia su hija.
—Dámelo, rápido, papá; puede ser de él.
—No lo creo, Maud. Aquí, lo abriré por ti. —Rasgó el sobre y le entregó la hoja doblada. Ella la miró rápidamente.

“Tuve un accidente y estoy muriendo. Ven de inmediato, o puede ser demasiado tarde. Estoy en el número veintisiete de Mill Street,

Factorytown."

Eso era todo, pero era suficiente.

—¡Mira, papá! ¿Qué extraño acto de la Providencia es este? Debemos ir de inmediato.

Corrió hacia el armario del vestidor, mientras él llevaba la nota a la ventana.
—¡Humph! Un accidente, y muriendo… —El coronel miró afuera—. Es un día terrible, Maud…

—¿Y qué importa, papá? Iría sin importar el clima. ¿Enviarás a Nancy por mí y ordenarás el coche? ¿Cómo puedo llegar más rápido?

Ella se movía frenética. Él la miró y comprendió que sería inútil discutir. Pero no debía ir sola.
—Ese lugar está a cien millas por barco y tren. Iré contigo —dijo.

Ella murmuró su agradecimiento, pero nada más; estaba demasiado ocupada arreglándose. Él bajó a despedir al mensajero y a ordenar el gran automóvil. Un cuarto de hora después avanzaban a toda velocidad por la nieve, haciendo que la máquina se balanceara de lado a lado. Faltaban pocos minutos para la salida del barco, y el coronel había dado órdenes de que debían alcanzarlo. Y lo alcanzaron, aunque fueron los últimos pasajeros en subir. Pronto la nave avanzaba por el lago rumbo a Mackanack Junction.

Padre e hija consultaron juntos un horario y supieron que en el Junction podían conectar con un tren que los llevaría a su destino.
—Me alegra —dijo Maud—; debo verlo antes de que muera.

El viaje tomó casi cuatro horas y ya era anochecer cuando el tren se detuvo y bajaron. El mensajero estaba allí y se ofreció a guiarlos hasta la casa donde yacía el moribundo. No había carruajes y caminaron la distancia, Maud aferrada al brazo de su padre. Al llegar, la casera, la señora Canberry, los recibió.

—Si usted es la dama que él espera, suba de inmediato, señora. La habitación del fondo. La otra dama…

No terminó la frase. Una puerta arriba se abrió y Violet Harding salió al rellano, llorando amargamente.
—Vaya con él, señorita Willowby —dijo en voz baja—. Lo está esperando. Y sea buena con él—por mí.

Maud retrocedió asombrada. ¿Quién era esa mujer? ¿Qué significaba aquella extraña frase? Estaba por preguntar cuando Violet pasó junto a ella, salió por la puerta principal y se perdió en la calle nevada.

—No hay tiempo que perder, señora—se está hundiendo rápido, dice el doctor —fue la voz de la casera. Maud giró y subió las escaleras, seguida de su padre.

El enfermo yacía en una cama baja entre la puerta y la ventana. Su frente estaba vendada y su rostro se veía pálido y demacrado. Maud corrió a su lado, pero él le hizo señas para que no se acercara.

—No te acerques… no sería correcto —murmuró, con una voz tan débil que apenas podían oírlo—. Siéntate allá. Ese debe ser tu padre, supongo.
—Sí, soy el coronel Willowby. —Sentimientos encontrados le impidieron decir más.
—Estoy muriendo. El doctor dice que no pasaré la noche —continuó el enfermo—. Yo… caí de un puente y fui arrastrado por la represa, y eso me acabó. He estado esperando por ti, Maud, y sé exactamente lo que quiero decirte. ¿Tu padre…?
—¡Él sabe todo, Dick! —la joven lloraba—. ¿No sientes remordimiento…?
—Sí, lo siento. Pero siento más otra cosa… algo que me hizo mandarte llamar. No quería morir con dos grandes crímenes en mi alma, por endurecida que esté. ¿Viste a Violet? Ella acaba de salir.
—Sí; vimos a la joven que acaba de dejarte.

El enfermo suspiró largamente.
—Ella es mi hermana. ¡Ahí está! No te sobresaltes, Maud—todavía no sabes todo. Es una de las mejores y más puras muchachas del mundo. Está completamente sola, y quiero que me prometas que serás su amiga de ahora en adelante. No pienses que porque yo soy malo ella lo es. Sé que está con el corazón roto; ha intentado perdonarme,

bendita sea. Ahora… un poco de agua, rápido.

El enfermo jadeó buscando aire. Maud no pudo moverse, tan sobrecogida estaba por lo que había oído. El coronel tomó un vaso de agua de la mesa y lo acercó a los labios del moribundo. La bebida fresca lo reanimó un poco.

—Violet ha salido a buscar un abogado, que tomará mi confesión. No involucraré a nadie más que a mí mismo, para que nadie sufra excepto yo. Y ahora escucha bien: no puedo decir mucho, y quiero contártelo antes de que llegue el abogado. He sido un villano completo desde el principio. Nunca fui tu esposo; mi nombre no es Dick Harley; es Dick Harding, y Dick Harley y yo éramos primos hermanos. Siempre nos parecíamos, y de no ser por el mismo nombre de pila, habríamos pasado por gemelos.

—No maté a Allen Chesterbrook por ti, sino por mí mismo; discutimos por un asunto de dinero. De todos modos, él no era tan bueno como pensabas. Lo seguí hasta Lakeview; había estado bebiendo y estaba en circunstancias desesperadas, y pensé que debía darme un fajo de dinero, solo para callar ciertas cosas que yo sabía. Esperé mi oportunidad y, entrando en su cuarto aquella mañana de la boda, le pedí dinero. No quiso darme nada; entonces le dije que era tu esposo. Eso lo enfureció más; peleamos, y en la lucha lo maté. Agua, más agua —¡rápido!

El coronel, con el rostro ahora más sereno, volvió a acercarle el vaso. Maud se había adelantado y estaba junto a ellos.
—Antes de matarlo, escuché todo lo que pasó entre Chesterbrook y tú. —Sus ojos se posaron en la joven—. Supe que hablaban del pobre Dick, que estaba muerto, y conocí las dudas de Chesterbrook. Esa charla y la escena en el tribunal me dieron una idea. Decidí hacerme pasar por mi primo Dick, y si no sacaba dinero de él, pensé que podría sacarlo de ti de alguna manera, aunque tuviera que fingir ser tu esposo, y luego desaparecer. Ahora lo sabes todo. Tu perdón es lo único que pido.

Maud tomó su mano e intentó hablar. Se oyeron pasos en la escalera. Ella apretó su mano con fuerza.
—Por el pobre Dick, te perdono —murmuró con esfuerzo. No pudo

decir más. La revelación la había dejado aturdida.

Un caballero mayor entró, llevando un rollo de papel legal y materiales de escritura, listo para trabajar.
—Me han llamado para tomar una confesión… —empezó.
—Sí; siéntese y escriba rápido —dijo Dick Harding. El abogado se sentó, y un silencio repentino cayó sobre el pequeño grupo.

—Escriba esto. —La voz del enfermo apenas se oía—. Estando a punto de morir, como me dice el doctor, confieso y juro, esperando el perdón de Dios en el mundo venidero, que maté a Allen Chesterbrook, de Lakeview, en este Estado. —El abogado se sobresaltó, pero su pluma siguió escribiendo—. Lo maté en defensa propia, pues me había golpeado varias veces—aunque no sin motivo. Entré en su cuarto por la puerta. Discutimos, y lo apuñalé con una daga que estaba sobre su buró. Escapé por una ventana hacia la habitación contigua. Hago esta confesión para limpiar mi alma y salvar a un inocente, Henry Cross, de la silla.

La voz del enfermo se apagó por completo.
—¡Agua, agua! Levántenme para que pueda firmar. Yo… no veo… denme… la… pluma. ¡Violet, dónde estás! ¡Violet!

Una figura en la puerta, temblando de sollozos, se acercó y tomó su brazo, aquel brazo casi sin vida, cuya mano sostenía la pluma.
—Pon mi mano sobre el papel donde debo firmar. La habitación está tan oscura… no veo nada. —La pluma dejó una gran mancha en la hoja, pero nada más—. No puedo hacerlo… ¡no puedo! Dios tenga misericordia de mí, pobre pecador. ¡Oh, Violet, Violet! ¡Perdóname!

Se aferró a ella convulsivamente, aún con la pluma en la mano. Ella lo miró al rostro.
—Intenta firmar, Dick—por el inocente. Y recuerda, te amo y te perdono.

El moribundo apretó de nuevo la pluma. La mano buscó el papel; los dedos temblorosos garabatearon el nombre—Richard Harding. Un estremecimiento sacudió su cuerpo; la pluma cayó; un estertor salió de su garganta, y el asesino de Allen Chesterbrook estaba muerto.

CAPÍTULO 27

Después

No harán falta muchas palabras para llevar nuestra narración a su fin. La conmoción en Lakeview al día siguiente —en realidad, en todo el país— fue enorme. Aquí estaba un hombre condenado que no era culpable en absoluto; otro, cuyo nombre jamás se había relacionado con el asesinato, había cometido el crimen y ya estaba muerto. Los periódicos publicaron extensos comentarios sobre el caso y editoriales severos acerca de la fragilidad de las pruebas circunstanciales; en cada tienda y lugar público el asunto se discutía con vehemencia.

Hubo un hombre que quedó completamente disgustado tanto con la noticia como consigo mismo: Jack Hull. Había tejido una elaborada red alrededor de Henry Cross, y esta fue barrida como una escoba que limpia la telaraña de una araña. Intentó justificarse para aliviar la nube de desprecio que sentía haber atraído sobre sí, pero la opinión pública se volcó hacia Cross como una ola gigantesca. Ni siquiera el fiscal quiso escucharlo, y Hull nunca llegó a comprender el verdadero significado del papel que había encontrado dirigido a Maud Willowby.

Henry Cross mismo no pudo, al principio, asimilar su buena fortuna. Había pasado días en su estrecha celda esperando la sentencia, que sabía solo podía ser una; cuando abrieron la puerta y le dijeron que un hombre había confesado el asesinato y que sería libre tan pronto como se firmaran los documentos necesarios, se quedó aturdido, negándose al principio a creer que sus oídos no lo engañaban.

No hubo dificultad en presentar pruebas contra Dick Harding ahora que había confesado. Media docena de personas lo recordaban en el hipódromo; un hombre había visto a Chesterbrook azotarlo con un látigo de coche, y otro lo había visto cerca de los apartamentos de soltero la mañana del crimen. Todo esto reforzó la confesión hasta que quedó firme, como debía ser.

Al día siguiente de su liberación, Henry Cross recibió una nota de Maud Willowby:
"Me alegra, desde lo más profundo de mi corazón, que seas libre", escribió. "Algún día pienso contarte todo—pero no ahora."

Su corazón se estremeció de dolor al recordar que alguna vez había pensado que ella podía ser culpable. Una semana después fue a la mansión Willowby, pero descubrió que el coronel y su hija se habían marchado al sur y no regresarían hasta la primavera siguiente. Más tarde supo que habían llevado consigo a Violet Harding y también a un pequeño niño, a quien nadie parecía conocer.

Cross intentó dedicarse al trabajo en la nueva línea de ferrocarril propuesta, pero le resultaba tedioso. Lo intentó dos semanas y luego lo abandonó. Tres días después también se marchó al sur, tras insistirle a Nancy Motley hasta conseguir la dirección de Maud.

Se encontraron en un naranjal de Florida; mientras Violet Harding se alejaba con el pequeño Roy y el coronel dormitaba en una mecedora en la veranda, hubo numerosas explicaciones que debieron ser enteramente satisfactorias para ambos, pues cuando regresaron de un largo paseo bajo las palmeras lo hicieron brazo con brazo —corazón con corazón— y con el rostro iluminado de sonrisas.

—Sí —decía Maud—, Violet se quedará conmigo como una especie de compañera. Tiene buena educación y la he convencido de que sea la maestra de Roy. Ha estado muy descuidado y necesita a alguien que lo guíe constantemente.
—Y yo también ayudaré en eso —respondió Henry Cross—. Oh, todo irá de maravilla cuando tú y yo estemos…
—¡Calla! —susurró ella, sonrojándose intensamente—. Alguien podría escucharte, y… y… aún no estoy del todo preparada, ya sabes.
—No importa, querida —contestó él—. Creo que puedo esperar… solo un poco.